

# Crisis sanitaria en Europa: aspectos económicos y sociales

## Health crisis in Europe: economic and social aspects

Journal of Economic Literature (JEL):  
D1, E65, H51, I18, O5

**Palabras clave:**  
Comportamiento de las economías  
Estudios de episodios concretos  
de política económica  
Gasto público de la Administración  
central y sanidad  
Política gubernamental.  
Regulación. Sanidad pública  
Estudios económicos globales

**Keywords:**  
Household Behavior  
Studies of Particular Policy Episodes  
Government Expenditures  
and Health  
Government Policy; Regulation;  
Public Health  
Economywide Country Studies

**Fecha de recepción:**

25 de febrero de 2022

**Fecha de aceptación:**

21 de mayo de 2022

### Resumen

La pandemia de Covid-19 no debe ser percibida como un fenómeno sorprendente e inesperado, ni como un fenómeno únicamente sanitario. Es un suceso que a la vez se fundamenta y tiene efectos en todos los dominios de la vida humana. La crisis sanitaria no se define por un solo aspecto, sanitario u otro, sino como un hecho social total. La crisis, a la vez sanitaria, social, económica, política, afecta todos los aspectos de la vida humana: la familia, el trabajo, las distracciones, la educación... Se puede subrayar que el impacto de la pandemia es muy diferenciado. Es tanto más fuerte en las personas que acumulan diferentes formas de vulnerabilidad. La resistencia y la resiliencia de la sociedad a la crisis no reposan solamente en la preparación material centrada en los aspectos sanitarios. Apuntan también a las políticas globales de protección social, respondiendo a desigualdades sociales entremezcladas que no cesan de aumentar en términos de empleo, alojamiento, acceso al conocimiento, distribución de tareas, etc. La crisis provocada por la Covid-19 acentúa situaciones ya presentes, en un tiempo habitual.

Héctor Guillén Romo  
Universidad de París 8,  
Vincennes Saint-Denis  
h.guillen@wanadoo.fr

### Abstract

The Covid-19 pandemic should not be perceived as a surprising and unexpected phenomenon, nor as a purely health phenomenon. It is an event that is both grounded and has effects in all domains of human life. The health crisis is not defined by a single aspect, health or another, but as a total social fact. The health, social, economic, and political crisis affects all aspects of human life: family, work, entertainment, education... It can be underlined that the impact of the pandemic is very differentiated. It is all the stronger in people who accumulate different forms of vulnerability. The resistance and resilience of society to the crisis do not rest solely on material preparation focused on health aspects. They also point to global social protection policies responding to intermingled social inequalities that continue to increase in terms of employment, housing, access to knowledge, distribution of tasks, etc. The crisis caused by Covid-19 accentuates situations that are already present, in a usual time.

### Introducción

La pandemia de la Covid-19 sumergió la economía mundial en estado de choque, en una crisis de una amplitud histórica, sin equivalente en tiempos de paz al menos desde la depresión de los años 1930.

# 174

*ECONOMÍA* *Aunam* vol. 19, núm. 56,  
mayo-agosto, 2022

© 2022 Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Economía. Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

En efecto, la pandemia de la Covid-19 provocó una caída sin precedente del producto interior bruto desde los años treinta.<sup>1</sup> Claro está, en la historia de la humanidad hubo otras epidemias como la gripe de Hong-Kong y el Ebola, si nos limitamos a la post-guerra. Hasta entonces, su costo económico era proporcional al número de muertos, lo que explica por qué eran generalmente inflacionistas: una mortalidad elevada aumentaba las tensiones del mercado de trabajo.<sup>2</sup> La crisis de la Covid-19 es diferente: es para prevenir una catástrofe sanitaria por lo que las economías se desplomaron, antes que el mal sea hecho y no después. El primer semestre de 2020 fue particularmente espectacular en este aspecto. El grupo de países más impactados, del que Francia forma parte, registró una pérdida de producción de casi 20% relativamente al primer semestre de 2019. Para el conjunto de países del G20, la baja de producción fue del orden de 10% (Algan, Y., / Cohen, D., 2021:2). Tal cataclismo económico paralizó brutalmente la actividad económica a una escala sin precedente. La pandemia interviene en una coyuntura marcada por la difícil salida de la crisis de 2008, que no desembocó en un control estricto de la finanza. La crisis sanitaria abruptamente interrumpió el curso de la actividad mundial a partir de las medidas de confinamiento de la región de Wuhan, decididas el 23 de enero de 2020<sup>3</sup> y extendidas en los días siguientes a lo esencial de China.<sup>4</sup> Menos de dos meses más tarde, lo que acababa de ser reconocido oficialmente por la OMS<sup>5</sup> como una pandemia hacía estragos

- 1 El impacto acumulado sobre el Producto Interno Bruto (PIB) en 2020 fue superior en todos los países europeos, salvo Alemania, al de la crisis de los *subprimes* de 2008-2009. Así, mientras que el PIB de la zona euro había retrocedido solo 4.5% en 2009, bajó 8.1% en 2020, cerca de dos veces más (Antonin *et al.*, 2021 a: 18-19).
- 2 Se identifican varios canales a través de los cuales una epidemia puede transmitirse a la economía: a corto plazo (pérdida de oferta de trabajo, choques de comportamiento, políticas públicas restrictivas) y a largo plazo (reducción de capital humano, de educación, de productividad, efectos de recomposición técnica y sectoriales) (Algan, Y., / Cohen, D., 2021:2).
- 3 Tras “los oídos sordos que hicieron las autoridades a los avisos de una posible pandemia emitidos por diversos médicos desde finales de noviembre de 2019” (Chesnais, F., 2020:13).
- 4 El país que, desde hace muchos años, dejó multiplicarse nuevos virus en sus mercados húmedos, que pretendió reglamentar las cuestiones sanitarias industrializando la cría de ganado, que acaba de dejar el último virus propagarse en el mundo entero, que castigó a los lanzadores de alerta en Wuhan como el médico muerto de la Covid-19, que disimuló a la OMS miles de muertos, y que con el modelo de confinamiento destruyó económicamente la vida de millones de individuos así como su salud física y mental, fue citado en ejemplo por su gestión de la crisis y su sentido de la salud pública. China es a la vez el lugar de emergencia del coronavirus y la base industrial de la producción de material médico (como los cubrebocas que importan los países europeos), y de la mayoría de los principios activos de los medicamentos susceptibles de ser movilizados para combatir la epidemia. Esta contradicción atenúa las voluntades de repliegue sobre el espacio nacional y de xenofobia con respecto a China, tanto más que el gobierno chino practicó desde el principio una “diplomacia del cubrebocas” y posteriormente de las vacunas, testimoniando así su solidaridad internacional. Se miden así las contradicciones que atraviesan el espacio mundial. Más aún, el virus abre un frente suplementario en la rivalidad que opone Estados Unidos y China en materia de comercio y de derechos de propiedad intelectual. Esto, bien entrado el siglo XXI, marcado por la declinación de la potencia hegemónica que había reconfigurado las relaciones internacionales desde 1945, y el auge de un país que intenta imponerse en un régimen que habría eliminado la centralidad del dólar (Steigler, B., 2021:12; Boyer, R., 2020:38-39).
- 5 La Organización Mundial de la Salud (OMS) es el organismo encargado de dar una respuesta coordinada a escala internacional en materia de salud. Desgraciadamente está lejos de

en Europa,<sup>6</sup> antes de abatirse sobre el continente americano y extenderse en particular a Asia del Sur, sin que ningún país del mundo se salvara, incluso si el contagio fue al principio limitado en África y Oceanía.<sup>7</sup> En Europa, Italia fue el primer país que tomó medidas para restringir las interacciones sociales y las actividades profesionales en las regiones de Lombardía y Venecia el 8 de marzo de 2020. España hacía lo mismo en las regiones de Madrid y Cataluña el 13 de marzo. Después, las restricciones progresivamente se reforzaron y se generalizaron al conjunto de territorios y países. Dos días después de España y ocho días después de Italia, Francia impuso un confinamiento sobre el conjunto de su territorio a partir del 17 de marzo, lo que se tradujo por el cierre de comercios no esenciales, establecimientos de enseñanza y fuertes restricciones de desplazamiento.<sup>8</sup> Sin embargo, las medidas tomadas en los diferentes países no fueron homogéneas. Así, las tomadas en Alemania a partir del 23 de marzo fueron un poco menos restrictivas. Finalmente, Suecia se distinguió por la ausencia de medidas restrictivas, incluso si se emitieron recomendaciones para limitar las interacciones entre los individuos (DAP. Blot, C., 2021:6). Un virus venido de los confines de oriente nos obligó a enclaustrarnos como en los tiempos de la peste de la Edad Media (Coriat, B., 2020: 11). “Quédate en casa era la consigna”<sup>9</sup> dirigida por las autoridades a cinco

disponer del poder y de recursos de que gozan el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o incluso la Organización Mundial del Comercio. Frente a la incapacidad de la OMS para coordinarla eficazmente, la lucha contra la pandemia se desarrolló a nivel nacional bajo la égida de los gobiernos a los cuales la población otorgaba, en algunos casos, su confianza. La voluntad de cada uno de ellos de encontrar una solución puramente nacional negó la interdependencia mundial del virus y no facilitó una coordinación internacional necesaria en el dominio de la información y en la investigación sobre los medicamentos y las vacunas (Boyer, R., 2020:25, 114, 121).

- 6 Una crisis crea desorden, desorganiza la sociedad (Gaille, M. /Terral, P, 2021: 23-24).
- 7 Si un virus aparecido en China central pudo dar nacimiento a una pandemia planetaria en pocas semanas, se debe evidentemente a la extensión e intensificación de la circulación de mercancías y de hombres, inherentes a la mundialización (Bihr, A., 2021a:39).
- 8 Nunca nuestras sociedades tuvieron la experiencia de un tal confinamiento en un periodo tan largo, con numerosas consecuencias en cadena. De golpe todas dieron un vuelco a una situación inédita que indujo una pérdida de referencias, ya que una mayor incertidumbre reina entre los sujetos por lo que toca a la vida cotidiana y al futuro. A esta pérdida de sentido se agrega una gestión dessectorizada de la crisis: entre las diferentes autoridades en la cima del Estado, como a escala local, las fronteras no son claras y suscitan luchas de jurisdicción (Gaille, M. /Terral, P, 2021: 29). “Así, podemos apreciar la magnitud del giro que los gobiernos se vieron obligados a dar a causa de la pandemia, obligándolos a decretar confinamientos, a hacer obligatorios ciertos comportamientos en el espacio público o a normalizarlos... unas medidas que constituyen un reconocimiento de facto del carácter de bien público de la salud. Sin, por supuesto, autocriticarse y sobre todo sin dar marcha atrás en su política anterior de asfixia financiera del hospital público que la pandemia también habrá puesto de manifiesto” (Bihr, A., 2021b:5).
- 9 “Quedarse en casa parece ser un privilegio para quienes trabajan en una empresa o un organismo público preparados para el teletrabajo (más la excepción que la regla) y para quienes tienen algunos ahorros acumulados y por lo tanto pueden darse el lujo de no trabajar. ¿Y para el resto? En el mejor de los casos, vacaciones obligatorias y licencia parental pagada a 50%; en el peor de los casos, importantes reducciones de los ingresos por trabajo y, en muchos casos, trabajo a tiempo parcial y precario” (Dosi, G.,2020: 188).

mil millones de personas confinadas en cinco continentes.<sup>10</sup> Los especialistas de la salud pública, a partir de la observación del SARS (*severe acute respiratory syndrome*, síndrome respiratorio agudo grave) y del H1N1 (influenza), habían llegado a la conclusión de que había que prepararse para un regreso de epidemias cuya probabilidad aumentaba con la movilidad internacional.<sup>11</sup> El mensaje fue recibido en Asia pero no en Estados Unidos ni en Europa.<sup>12</sup> Muy por lo contrario, los gobiernos buscaron limitar el crecimiento del costo de la salud (considerada cada vez más como una mercancía en vez de un bien colectivo), incluso sub-invirtiéndose en los equipos de base de lucha contra las epidemias.<sup>13</sup> Desde los años 1990, el aumento de los costos de la salud en Francia fue interpretado, no como la manifestación del progreso de los conocimientos médicos y de la demanda de ciudadanos de una sociedad rica que quiere vivir con buena salud, sino como el fruto de una mala gestión (centralización: reglas únicas de la función hospitalaria y competencia: de los modos de financiamiento a la organización de la investigación) y el rechazo de los métodos modernos de gestión de los hospitales, como la taylorización

- 10 Como lo ha explicado Robert Boyer, apoyándose en Keynes, en una situación de incertidumbre, los agentes económicos, carentes de toda información, tienen tendencia a copiar a su vecino, según el principio psicológico simple que considera que más vale equivocarse todos juntos que tomar el riesgo de equivocarse solo. Eso es exactamente lo que se observó a partir de marzo de 2020: ante las incertidumbres que rodeaban al coronavirus, casi todos los países del mundo copiaron a China recurriendo al confinamiento, no por fascinación por el modelo chino, sino porque no tenían otros útiles para pensar otras soluciones (Saint-Geours, Y., 2020: 69).
- 11 La intensidad de los intercambios comerciales mundiales (el comercio mundial en volumen fue multiplicado por 2.4 desde 1998) y la importancia de los viajes (el turismo representa 10.5% del PIB mundial) aceleraron la transmisión entre continentes de la pandemia, aunque las experiencias históricas muestran que antes de la globalización contemporánea las pandemias atravesaban el mundo (Artus, P. / Pastré, O., 2020:21).
- 12 Si la difusión del virus es mundial, la intensidad de la amenaza que representa y las políticas sanitarias varían considerablemente según las sociedades. Tras la epidemia del SARS, los países y territorios vecinos de China (Singapur, Hong-Kong, Taiwán) tomaron disposiciones para evitar que el próximo virus sea igual de peligroso. Centralizaron las informaciones y medios de acción en un centro encargado de la gestión de las epidemias. Esos dispositivos son rápidamente movilizados con el anuncio de la Covid-19: su difusión es limitada y la actividad económica puede seguir su curso. Otros gobiernos consideraron, por el contrario, que las epidemias golpeaban sobre todo países lejanos y que, en todo caso, la calidad de su sistema de salud les permitiría hacer frente. O incluso que resultaba demasiado costoso almacenar medios de lucha contra las pandemias, por lo demás benignas en la mayoría de los casos. La covid-19 no fue inmediatamente reconocida como una amenaza grave, las decisiones tardaron y los cubrebocas, los respiradores y medicamentos faltaron. La amenaza de una explosión de la mortalidad condujo a utilizar la medida más pesada, un severo confinamiento que paraliza todas las actividades no esenciales. Los costos humanos, económicos, sociales y finalmente políticos son considerables (Boyer, R., 2020:179-180).
- 13 Con el paso del tiempo el servicio público de salud se degradó al grado de que, frente a la pandemia de la Covid, nada de lo que era necesario estaba disponible: ni cubrebocas, ni vestimentas de protección para el personal médico, ni respiradores, ni siquiera camas para los pacientes (en Francia, en los últimos veinte años desaparecieron 100,000 camas en los hospitales)... Ese momento doloroso dijo mucho sobre la importancia y la profundidad de la crisis a la que los poderes públicos condujeron a la salud pública, cuando los años precedentes las epidemias del SARS-CoV1 o del H5N1, para solo citar estas, constituyeron serias alertas (Coriat, B., 2020:191; Stiegler, B., 2021:31).

de las prácticas médicas<sup>14</sup> y la medicina ambulatoria.<sup>15</sup> Basta tener en mente la respuesta negativa del gobierno francés a las demandas reiteradas de

- 14 Resultó arriesgado negar la especificidad del hospital, que no es el equivalente de un centro de beneficio de una multinacional de la distribución, aunque fuera por el hecho de que la calidad de la cooperación entre profesionales está en el origen de la calidad de la atención médica y de sus resultados, y no en la aplicación de un modelo de negocios inventado en una prestigiada escuela de comercio, así fuera HEC (Escuela de Altos Estudios Comerciales). La limitación de las inversiones conduce a la imposibilidad de responder a los riesgos imprevistos en materia médica: catástrofes naturales, guerras, pandemias, etc. El inicio de una colaboración en la urgencia entre hospital público, privado y medicina general fue un buen testimonio de la superación de la ilusión según la cual la privatización representaría el porvenir del sistema de salud (Boyer, R., 2020:87).
- 15 La mutación del sistema de cuidados se caracteriza, en particular en varias sociedades, por un “*viraje ambulatorio*”, en el sentido de un cambio en la orientación y modos de dispensar los cuidados, iniciado en los años 1970 en América del Norte y que después se difundió a Europa. En el caso francés, la aceleración de este viraje en las políticas de salud pública se dio en los últimos diez años. Se habla también de des-hospitalización, lo que traduce claramente la lógica de este viraje ambulatorio y la manera de que, al menos en Francia, la noción se inserta en las políticas de salud pública. El hospital ya no es el espacio donde se ocupan de uno en las patologías que requieren una admisión y donde uno sale curado. Ahora se le define como uno de los eslabones de un continuo de cuidados. Con el viraje ambulatorio, hay una voluntad fuerte de hacer del hospital un centro técnico donde la mayoría de los pacientes son tratados sin pasar la noche. La recuperación de los cuidados hospitalarios debe hacerse en otros espacios. El viraje ambulatorio permite a los pacientes limitar su exposición a las infecciones nosocomiales y garantiza entonces una mayor seguridad de los cuidados. Además, el paciente regresa más rápidamente a su domicilio. En consecuencia, esto permite reducir los gastos de cuidados. En efecto, el costo del cuarto de hospital es muy elevado, dado que incluye no solo el nivel de especialización del personal médico, sino también la amortización, que toma en cuenta toda la tecnología de la estructura sanitaria y el ritmo de obsolescencia de los equipos, que se acelera con la velocidad de innovación. El aumento del número de pacientes que no pasan la noche en el hospital, siendo el objetivo del viraje ambulatorio, implica una reducción de la superficie para acoger a los pacientes, incluyendo una reducción del número de camas y personal. Antes de que la pandemia se declare, la constatación de una insuficiencia de medios se había establecido, llevando a dificultades para hacer frente a la crisis, a pesar de un despliegue de buena voluntad de los equipos médicos y no médicos a todos los niveles. La penuria de camas en los hospitales, punto de focalización en lo más fuerte de la crisis sanitaria, solo fue la parte emergente del iceberg de los efectos de la pandemia sobre el sistema de salud francés en plena mutación y ya vulnerable. Más allá de las urgencias, la falta de efectivos era evidente antes de la pandemia, con equipos insuficientes e infraestructuras vetustas. Estos fenómenos se observaban desde los cuartos de hospital hasta las salas de operación. Se constataba una baja continua de las camas de reanimación, el cierre de hospitales, la externalización de productos farmacéuticos de primera necesidad hacia China. Se trataba de una verdadera situación de crisis de la oferta sanitaria, a la cual la pandemia vino a agregarse. La gestión de la pandemia en Francia, en la primavera 2020, constituye sin duda un episodio mayor para comprender las prácticas selectivas de la medicina y las tensiones éticas que suscitan, vinculadas a la visión de selección como prueba de que todas las vidas no valen lo mismo. A todo esto hay que sumar los “daños colaterales de la pandemia”: disminución de los cuidados rutinarios, detección, vacunas, tratamientos; la alerta dada por los psiquiatras con respecto a los pacientes con síntomas severos, rupturas de tratamientos y sentimiento de abandono durante el confinamiento, así como la pérdida de pacientes. Las alertas fueron numerosas y recurrentes en el caso de los jóvenes, llegando hasta suicidios en los campus universitarios. Globalmente, más allá del balance directo de mortalidad vinculado al virus, la pandemia tuvo efectos indirectos desreguladores sobre el estado de salud de las poblaciones en razón de su impacto social, económico y geopolítico global (Gaille, M., /Terral. P., 2021:80-89, 158, 166).

los servicios de urgencia del sector público.<sup>16</sup> En 2011, en la Unión Europea, después de la crisis de las deudas públicas, bajo la influencia del dogma del equilibrio de las finanzas públicas como condición de la salida de la crisis, se decidieron *políticas de austeridad* caracterizadas por el aumento de la fiscalidad y el control de las finanzas públicas. Dichas políticas produjeron lo inverso de lo que se esperaba, ya que el crecimiento fue penalizado, el desempleo elevado persistió y las tensiones sociales se acentuaron; y finalmente los servicios públicos sirvieron de variable de ajuste (Boyer, R., 2020:170).<sup>17</sup> El coronavirus vino a recordar que la finalidad del hospital es salvar vidas, curar a los enfermos y qué medios considerables pueden ser necesarios. La historia de las políticas pasadas determina en gran medida las posibilidades abiertas en 2020 a los diferentes gobiernos, y la desigual letalidad de la pandemia<sup>18</sup> se-

- 16 El proyecto perseguido, con perseverancia para contener el costo de la salud, tuvo por consecuencia que se vinieran a pique los salarios del personal médico con respecto a otras profesiones en Francia y sus homólogos en Europa, al grado de desalentar las vocaciones y alimentar reivindicaciones y protestas, incluso huelgas administrativas. El poder político estuvo obligado a reconocer este callejón sin salida con un homenaje a estos héroes modernos, y una ligera revalorización de sus remuneraciones. El papel determinante de los hospitales y el cuerpo médico, en la limitación de la mortalidad vinculada al coronavirus, validó sus reivindicaciones de una mejor consideración y remuneración. Así, invocar el principio en virtud del cual “cada uno debería ser remunerado en función de la utilidad social de su trabajo” es un regreso a las fuentes del reconocimiento de la relación salarial después de la Segunda Guerra Mundial. Si este principio es adoptado, representaría una ruptura con el crecimiento de las desigualdades vinculadas en particular con la explosión de las remuneraciones del sector financiero. Cabe preguntarse si el presupuesto público, asaltado con demandas múltiples de los asalariados amenazados con desempleo de masa y empresarios al borde de la quiebra, permitirá mantener con el paso del tiempo esta mínima revalorización del sector salud (Boyer, R., 2020:87-88, 149).
- 17 Desde el establecimiento de los regímenes socioeconómicos dominados por la finanza en Estados Unidos y en el Reino Unido y su impacto sobre los otros regímenes, el pilotaje de las economías reposa sobre una jerarquía particular: el sistema financiero evalúa las firmas, y entonces los gobiernos deciden políticas que favorecen el dinamismo de las firmas (es decir su cotización en bolsa), y finalmente los gastos públicos tienen que ajustarse a estas prioridades. En esta secuencia, el sistema público de salud (y la educación y la cultura) sirve de variable de ajuste (Boyer, R., 2020:181-182).
- 18 El envejecimiento en Europa es particularmente vulnerable frente al virus. La literatura médica confirma una tasa de letalidad que aumenta de manera exponencial con la edad. Varios elementos explicativos se deben resaltar: el envejecimiento es sinónimo de comorbilidades y de degradación del sistema inmunitario. Las personas de *edad avanzada* son entonces más vulnerables frente a este nuevo virus y más susceptibles de desarrollar formas graves de insuficiencia respiratoria. Como indica la OMS, la Covid-19 se propaga principalmente por partículas respiratorias entre personas en contacto directo y estrecho (menos de un metro de distancia). La difusión del virus es entonces favorecida por la frecuencia de los contactos humanos. Estos contactos *a priori* se facilitan más en comunidades fuertemente urbanas que en zonas rurales o intermedias. De manera muy singular, los dos países con una débil población urbana son Dinamarca y Noruega, con tasas de 22.9 y 24.5%, cuando la media de países europeos del oeste estudiados es de 47.5%. En resumen, la *proporción de población urbana* aparece fuerte y significativamente correlacionada con la mortalidad vinculada al virus con una tasa de 0.68. Las dos preconizaciones sanitarias, limitación de contactos humanos y respeto de la distancia barrera, parecen más bien discriminantes para limitar la pandemia. Un estudio realizado en Seine-Saint-Denis, departamento más pobre de Francia metropolitana, muestra que ahí las preconizaciones sanitarias son a menudo más difíciles de respetar por las poblaciones más desfavorecidas. La sobreocupación de

gún las grandes zonas de la economía mundial y entre países geográficamente cercanos como, por ejemplo, Francia y Alemania.<sup>19</sup> Desde los años 2000, la mayoría de los gobiernos multiplicaron las denominadas reformas para controlar un crecimiento de los costos de salud muy superior a los de la industria y los servicios. Por este hecho, la pandemia vino a golpear un sistema hospitalario bajo tensión, dado que la aplicación de métodos de gestión en vigor en el resto de la economía había frenado la contratación de personal y a menudo desarticulado los colectivos de trabajo. En los países europeos, la cobertura de salud es parte integrante de un régimen de cobertura social a vocación universal, cuyo financiamiento es asegurado por las cotizaciones pagadas por las empresas y los asalariados en los sistemas inspirados en Bismarck, o en la fiscalidad en los sistemas inspirados en Beveridge. En uno como en otro caso, el crecimiento de los gastos de salud es percibido como un obstáculo a buenos resultados macroeconómicos. Si la renovación frecuente de los equipos que son las computadoras, tabletas y teléfonos es considerada como algo natural, no acontece lo mismo con los gastos de salud, ya que resultan de una mutualización de riesgos que se supone son fuente de ineficacia económica, si no es que de abusos, ya que los costos repercuten sobre el resto de la sociedad. Esto es lo que explica que la privatización de la seguridad social sea a menudo considerada como la solución, incluso si eso implica multiplicar a los “olvidados”

alojamientos es más fuerte, favoreciendo la trasmisión del virus. Además, la cohabitación multigeneracional es ahí más frecuente, lo que explica una más fuerte trasmisión del virus a las personas mayores más susceptibles de desarrollar formas graves y morir. El estudio subraya que las poblaciones más pobres están sobrerrepresentadas entre los obreros y los empleados, de poblaciones no elegibles al teletrabajo y luego entonces potencialmente más expuestas al virus. Así, las diferencias nacionales de tasas de pobreza (proporción de individuos cuyo ingreso es inferior a 50% del ingreso mediano) podrían explicar sensibilidades diferentes de exposición al virus. Se observa, por un lado, que Dinamarca y Noruega, dos países escandinavos particularmente poco afectados por la pandemia, se caracterizan por una baja tasa de pobreza. Por otro lado, España e Italia tienen tasas de pobreza más elevadas entre los países de Europa del Oeste estudiados. Así, la asociación entre pobreza y mortalidad de la Covid-19 se confirma con una tasa de correlación de 0.53 significativa. El índice de la *eficacia de las políticas públicas* calculado por el Banco Mundial se reveló fuertemente correlacionado con la mortalidad: Dinamarca y Noruega tienen los índices de eficacia gubernamental más elevados de los países de Europa del Oeste, mientras que Bélgica, España y sobre todo Italia tienen los índices de eficacia más bajos. La correlación es elevada (-0.64) y muy significativa (Gannon, F. *et al.*, 2021).

- 19 La pandemia es mundial, pero toma formas diferentes en cada uno de los países que golpea. Esto tiene que ver con varios elementos: una distribución desigual de los factores de comorbilidad en el seno de las poblaciones de una misma sociedad y de sociedades diferentes; elementos organizacionales preexistentes a la pandemia, ya sea que se trate de la organización urbana, de la densidad de las redes de transportes públicos, de la posición de los territorios en las redes de movilidad internacional, o de la oferta de cuidados hospitalarios; y finalmente respuestas contrastadas de las autoridades públicas que remiten contextos jurídicos, sanitarios y políticas diferentes. En el plano de la acción política, tanto las autoridades nacionales como los observadores no se contentan con seguir la situación en sus países, sino que miden constantemente está a la luz de lo que se observa en otros lados. Además de que esto da lugar a controversias científicas sobre la manera de interpretar los datos, esto permite igualmente observar la manera en que las decisiones que son tomadas en un país no son disociables de lo que hacen sus vecinos. La gestión de la crisis es un asunto de soberanía nacional que se inscribe en un espacio global, contribuyendo así a nutrir los aspectos de reputación y atracción (Gaille, M. / Terral, P., 2021: 44-45).

del sistema de salud, como en Estados Unidos.<sup>20</sup> Antes de 2020 en los grandes países ricos, el pilotaje de la política de salud se hacía en función de los objetivos de política económica general y no sanitaria (Boyer, R., 2020: 10, 29,84).

En marzo de 2020, para evitar una crisis sanitaria –una mortalidad por falta de medios médicos en los hospitales– muchos gobiernos deciden detener la economía, es decir todas las producciones consideradas no esenciales. Se manifiesta a plena luz el *conflicto* entre el imperativo sanitario y el imperativo económico.<sup>21</sup> Por un lado, el ministro de Salud tiene como objetivo minimizar los daños sanitarios de la pandemia. Intenta decidir las modalidades y duración del confinamiento en función de la erradicación del coronavirus. Por otro lado, el ministro de Finanzas pone en marcha un generoso plan de apoyo a las empresas y los asalariados, pero ve profundizarse el déficit de finanzas públicas a prorrata de la caída de la actividad y la duración del confinamiento.<sup>22</sup> Es el Primer ministro quien debe arbitrar, considerando que la duración de restricciones a la movilidad debe corresponder al momento en que el

20 “La tragedia más profunda se observa en países con una asistencia sanitaria predominantemente privada, como Estados Unidos, donde los ingresos y el color de la piel son excelentes predictores de la probabilidad de vivir o morir a causa del virus” (Dosi, G., 2020: 188).

21 Desde el principio, las declaraciones de los responsables fueron marcadas por una tensión, incluso una contradicción entre dos imperativos difíciles de conciliar. Por un lado, la consigna “quédate en casa” movilizó el miedo de contraer el virus y recibió un eco favorable de los ciudadanos, convencidos por los médicos que apuntaban la gravedad de la amenaza vinculada al coronavirus. Por otro lado, la demanda de “continúen trabajando” dirigida a los sectores esenciales (salud, agroalimentación, logística) suponía que los trabajadores de dichas actividades pudieran superar el miedo de ser víctimas de su devoción, lo que es difícil si faltan los medios de una protección eficaz. Solo los asalariados menos favorecidos tomaron el riesgo de retomar el trabajo y algunos fueron efectivamente contaminados. El coronavirus reveló las desigualdades típicas de cada sociedad, y las acentuó extendiéndolas a la salud y la esperanza de vida. Exagerando un poco, se puede decir que los ciudadanos mejor dotados fueron confinados y tele-trabajaban, mientras que los otros debían producir bienes y servicios necesarios a la sobrevivencia de todos en tanto durara la urgencia sanitaria (Boyer, R., 2020: 64).

22 En Francia, el choque de la pandemia de la Covid-19 tras la movilización de los “Chalecos Amarillos” obstaculizó la baja del gasto público, considerada a inicios del quinquenio de Macron. Sin embargo, a pesar de que el choque económico de la pandemia fue particularmente fuerte, el plan de reactivación de 100 billones de euros parecía muy modesto en comparación con los de otros países. El plan estaba principalmente orientado hacia la satisfacción de las demandas de los patrones. La reacción del presidente del Medef (Movimiento de Empresas de Francia) –“es globalmente lo que habíamos solicitado”– es una prueba de que el gobierno se desinteresaba de los ingratos. Las medidas no preveían ningún apoyo al consumo de las familias fuera de la prolongación de la actividad parcial, y contaba con la liquidación del “ahorro forzoso”, debido a las medidas de confinamiento, para alimentar la reactivación. El FMI estimaba, contando los gastos suplementarios comprometidos y las pérdidas de ingresos en 2020, que el plan francés era del orden de 7.6% del PIB, lo que es muy poco comparado con los planes alemán (11%), japonés (16%), o americano (25.5%) cuando estos tres países conocieron en 2020 un retroceso del PIB sensiblemente menos elevado (de -3.5% a -4.9%) que Francia (-8.2%). Incluso las ayudas a la liquidez no parecían particularmente importantes comparadas con las de los otros países, con la excepción de las de Estados Unidos. El gobierno francés argumentaba que el sistema de protección social paliaba la aparente debilidad de las medidas específicas, relativamente a los países en que esta protección era menos extendida. Si este argumento puede comprenderse cuando se compara el modelo social francés con el de Estados Unidos, es, por el contrario, menos comprensible cuando se compara Francia con Alemania (Amable, B., 2021:272-273).

valor de las vidas humanas ahorradas (calculadas según un modelo tradicional con información perfecta<sup>23</sup>) es igual a la pérdida de ingreso en la economía. Este simple útil explica que, conforme las medidas sanitarias rinden sus frutos –disminución de casos, de hospitalizaciones y de muertos, sin que el coronavirus sea vencido– y sobre todo que la duración de la pandemia se revele más larga que lo anticipado, los gobiernos tienden a dar la prioridad a la reapertura de las actividades compatibles con el respeto de las precauciones necesarias para evitar una reactivación de la difusión del coronavirus. Sin embargo, la decisión no es solo técnica, es también política: los empresarios de las pequeñas y medianas empresas, los independientes, los asalariados más precarios, los habitantes de las zonas geográficas marginalizadas encuentran cada vez más intolerables las decisiones que los condenan a la quiebra, a la pobreza, y agravan las tensiones en el seno de las familias más frágiles (Boyer, R., 2020: 69-70). La decisión de numerosos gobiernos de dar prioridad a la defensa de las vidas humanas, relacionada con la continuación de la normalidad económica, invierte la jerarquía tradicional instituida en los programas anteriores de liberalización que habían debilitado el sistema de salud. El Estado, con algunas excepciones, se presenta en todos lados como el defensor de la vida y la salud de la población, aunque con diferencias. Los países ricos, y relativamente igualitarios en términos de salud (Francia, Italia, Alemania), aceptan una pérdida económica privada temporal, debido a la socialización del ingreso por el Estado y la cobertura social. La opinión pública y las empresas pueden aceptar un confinamiento largo, en ausencia, en un primer momento, de otros métodos de lucha contra el virus. Los países ricos y desiguales, en particular Estados Unidos, se caracterizan por la primacía de la riqueza creada por las empresas, una sobre-mortalidad de las clases populares y de las minorías, un sistema médico que excluye a los más pobres. Estos rasgos implican una gran impaciencia en cuanto a la reactivación de actividad de parte de los más privilegiados. Se debe subrayar a este respecto el conflicto abierto entre Washington, defensor de los intereses económicos dominantes, y algunos gobernadores de los Estados, defensores de la salud de sus ciudadanos (Boyer, R., 2020: 71).

De hecho, todos los gobiernos intentan alcanzar tres objetivos imposibles de conciliar: preservar la salud de la población minimizando la sobre-mortalidad, minimizar las pérdidas económicas, y respetar la integralidad de los derechos individuales. El dilema de que hablamos anteriormente se convierte en un trilema, descrito por el profesor Olivier Sibony en los siguientes términos: como no se pueden alcanzar al mismo tiempo los tres objetivos, los gobiernos deben escoger el objetivo que deben abandonar para intentar alcanzar los otros dos:

- conciliar la victoria sobre la pandemia y una prudente reactivación económica con la condición de **renunciar a ciertas libertades** (de movimiento, de reunión, de relación con los cercanos incluso en el momento de la muerte),<sup>24</sup> con el fin de reducir el riesgo de un regreso al confina-

23 El costo de una vida humana se evalúa por el valor actualizado del flujo de ingreso en una vida entera (Boyer, R., 2020: 68).

24 La crisis sanitaria recordó que, en el dominio epidemiológico, la salud era un asunto público debido a la interacción entre la contaminación de unos y el comportamiento sanitario

miento gracias a la estrategia de “examinar, trazar, aislar”; es el caso de Singapur y China;<sup>25</sup>

- **sacrificar la salud pública** de una parte desfavorecida de la población para apoyar mejor una alianza política construida sobre la libertad individual, en términos de movilidad de los individuos y espíritu de empresa, con el fin de suscitar un rápido regreso al crecimiento; es la estrategia seguida por dos presidentes, Trump y Bolsonaro, a menudo calificados de populistas, a la cabeza de países cuyos regímenes socioeconómicos son completamente diferentes: Estados Unidos y Brasil;
- **sacrificar la producción** de bienes tradicionales para lograr una minimización de los daños del coronavirus en materia de salud, siempre que no tarde mucho el control de la pandemia; tal es la elección de las sociedades ricas y democráticas (la mayoría de los países de la Unión Europea), construidas alrededor de un pacto que instituye una solidaridad ampliada, incluso si los resultados de sus políticas variaron considerablemente (Boyer, R., 2020: 75-76).

La crisis contribuyó a volver más visible el funcionamiento de la sociedad. Como señala Robert Boyer (2020: 96), se asiste a una “ruptura de regularidades económicas” en materia de producción, consumo, inversión productiva y demanda pública:

En materia de **producción**, la aparición a nivel nacional de escasez de cubrebocas,<sup>26</sup> principios activos, respiradores,<sup>27</sup> hizo tomar conciencia del ex-

de otros. Subrayó así el límite de las libertades individuales cuando las externalidades son demasiado fuertes (Gannon, F. *et al.*, 2021: 42).

- 25 Desde el primer año de la pandemia se distinguieron dos estrategias de lucha. La primera seguida –entre otros en Europa– es la de “*stop and go*”. Cuando el número de casos se vuelve elevado, medidas restrictivas (toque de queda, después confinamiento) son impuestas; cuando el número de casos vuelve a ser bajo, estas medidas son eliminadas por lo que después de un tiempo, el número de casos aumenta y de nuevo son impuestas medidas restrictivas. Una segunda estrategia es la de cero covid. De hecho varios países adoptaron esta estrategia: confinamiento inicial muy estricto, llevando el número de casos de la Covid-19 a una cifra muy baja, después capacidad de “examinar, trazar y aislar” el pequeño número de casos que reaparecen, lo que implica un seguimiento de los desplazamientos de la población, reglas estrictas de aislamiento de los enfermos y casos contacto, re-confinamientos locales muy estrictos cuando hay reaparición de casos. Se puede considerar que China, Australia, Camboya, Islandia, Nueva Zelanda, Taiwán, Vietnam, Japón, Corea, Laos y Tailandia siguieron esta estrategia (Artus, P. / Aghion, P., 2020:2021)
- 26 A este respecto, en Francia el gobierno prefirió dejar aumentar las contaminaciones –diciendo que los cubrebocas no sirven para nada– que reconocer los errores del pasado en materia de constitución de stocks de cubrebocas. Recordemos que la firma Honeywell había cerrado a finales de 2018 su unidad de producción de cubrebocas de protección Plaintel (Bretagne) para relocalizarla en Túnez, despidiendo al mismo tiempo a los asalariados. La crisis del coronavirus puso en primer plano a los alcaldes y al hospital, en tanto que las administraciones centrales no supieron responder a las expectativas de los ciudadanos. Las autoridades locales pudieron organizar la producción o la compra de cubrebocas tan esperados, compensando parcialmente las fallas del Estado central. Igualmente, el hospital, acusado por los políticos de derecha de ineficaz en su organización, demostró en la urgencia una sorprendente capacidad de adaptación (Steigler, B., 2021:38; Amable, B., 2021:292; Boyer, R., 2020: 165-166).
- 27 La fábrica podía producir 200 millones de cubre bocas por año. La unidad de producción de Luxfer, en Auvergne, era la única que producía en Francia botellas de oxígeno médico. Fue

tremo alargamiento de las cadenas globales de valor<sup>28</sup> y de concentración de los aprovisionamientos correspondientes en ciertos países como China e India. Los administradores redescubrieron que el “justo a tiempo” solo garantiza bajos costos si el contexto es estable y previsible;<sup>29</sup>

El **consumo** debió ajustarse a las restricciones que imponía el confinamiento sobre la producción, reducida a los bienes considerados como esenciales (alimentación, salud, servicios públicos de base, transporte para los que continuaban yendo a trabajar). Se descubrió un estilo de vida frugal en el que desaparecían muchos servicios que alimentaban la vida social (entrenamiento, espectáculos, restauración, turismo), servicios en los cuales el encuentro físico entre productor y cliente forma parte del servicio rendido;<sup>30</sup>

La **inversión productiva** registró una interrupción brutal, dado que la empresa tuvo que responder a una serie de incertidumbres radicales: ¿Cuánto tiempo iba a durar la pandemia? ¿Las ayudas estatales serán suficientes para evitar la quiebra? ¿Cuál será la demanda al finalizar la crisis? ¿Los proveedores sobrevivirán?;<sup>31</sup>

---

cerrada en 2019 por los dirigentes de la empresa inglesa. Las peticiones dirigidas al gobierno en 2020 por los diputados de izquierda de nacionalizar y reabrir el sitio se enfrentaron al rechazo del ministro de la Economía, según el cual ni los asalariados ni las maquinas estaban disponibles para retomar la actividad, lo cual era inexacto (Amable, B., 2021:292).

28 La crisis una vez más reveló la fragilidad de las cadenas globales de valor. La segmentación de los procesos de producción entre lugares dispersos, situados en diferentes Estados, recurriendo a fuerzas de trabajo desigualmente calificadas, productivas y remuneradas, dio así una dimensión planetaria a la “fabrica fluida”, flexible, difusa y nómada que afecionan las empresas transnacionales. Cuando un coche tiene piezas y componentes fabricados en 35 países diferentes, basta con que un solo país se pare para que toda la cadena se detenga. Para evitar esta fragilidad se observa ya el regreso a las cadenas de valor regionales: se producen en cada continente los componentes necesarios a las ventas regionales. Esta evolución, que va a ser acelerada por la crisis, se ha iniciado ya. Se constata así que las importaciones, sin tomar en consideración las materias primas, de los países de la OCDE desde los países emergentes, incluyendo China, no progresan más desde la crisis de los *subprimes*; que las inversiones directas de empresas en China, que alcanzaba 400 billones de dólares por año en 2013-2014, no superan hoy entre 150 a 200 billones de dólares por año (Artus, P. / Pastré, O., 2020: 87-88; Bihl, A., 2021a:38).

29 La pandemia perturbó la logística tanto en los transportes como en los puertos y algunas veces en las fábricas o las bodegas. De ello resultaron escaseces, entre las que destacan las de los contenedores y los semi-conductores. En el primer caso, se tradujeron en un alza vertiginosa de los costos del transporte marítimo. Los índices del precio del flete en contenedor vieron su nivel multiplicado por 2 a 3.5 con relación a enero de 2020. En el caso de los semi-conductores su oferta insuficiente afectó mucho la producción de autos (Jean, S., 2021:14).

30 La adopción por muchos gobiernos de medidas de confinamiento tuvo una consecuencia importante e inesperada. Bajo la presión de la necesidad, fue posible detener transportes y actividad industrial, lo que redujo brutalmente las emisiones de CO2 a tal punto que las metrópolis más contaminadas reencontraron por un tiempo el cielo azul. Así, un modo de vida más frugal, impuesto en nombre de la salud y no del ambiente, tuvo consecuencias sobre la salud del planeta. Pero, claro está, las circunstancias eran excepcionales y el confinamiento no podía ser prolongado. Con el paso del tiempo todos los gobiernos que habían aceptado sacrificar la economía a la salud pública tomaron conciencia de que la economía debía repartir para limitar la explosión del desempleo y sostener el nivel de vida (Boyer, R., 2020: 122-123).

31 La decisión de recurrir a una solución inédita, el confinamiento, que no había sido prevista en ningún plan, sumerge al país en una incertidumbre radical. El mundo no había sido

La **demanda pública** también fue obstaculizada por la interrupción de las actividades no esenciales. Por lo contrario, las transferencias a las empresas y las familias se dispararon, ya que el Estado se convirtió en el “asegurador en última instancia” frente a la incertidumbre sistémica.<sup>32</sup> La restricción financiera que pesaba sobre el Estado pareció brutalmente abolida, ya que los bancos centrales se declararon listos para apoyar a los gobiernos “cueste lo que cueste”.<sup>33</sup> Como durante la crisis financiera de 2008-2009, los bancos centrales

nunca antes tan incierto. Las incertidumbres y fragilidades, constatadas durante los primeros meses de la pandemia, son consideradas no como el resultado de una amenaza sanitaria misma, sino más bien como inducidas por contextos políticos, económicos y sociales, juegos de actores, culturas organizacionales. Desde el desencadenamiento de la crisis sanitaria, las autoridades se confrontaron a múltiples incertidumbres, cruciales y a menudo persistentes. La primera concierne, claro está, con la definición inicial de la situación, como la ilustraron diversas declaraciones de las autoridades y de diversos expertos entre diciembre de 2019 y marzo de 2020: ¿“simple gripita” exótica y lejana, o pandemia gravísima y eminente? ¿Cómo se propaga el virus, incluyendo a través de las superficies inertes? ¿Cuál es la letalidad? ¿Se volverá estacional? ¿Mutará y, después de que mute, cuáles serán sus variantes? ¿Cuáles son las secuelas de la enfermedad asociada y que se designa bajo el nombre de “Covid-largo”? ¿Quién esta inmunizado y cuánto dura la inmunización? ¿Qué tratamiento o que vacuna es eficaz? ¿Cuáles son los medios de prevención durante las oleadas sucesivas? Otras numerosas incertidumbres marcan la gestión de una crisis sanitaria: ¿Cuáles acciones implementar? ¿Cómo serán acogidas por la población? ¿Qué actores y cuales medios movilizar? ¿Podrán hacer frente? ¿Confinar? ¿Re-confinar? ¿Cómo movilizar el sistema de cuidados? ¿Resistirá? ¿La población apoyará las campañas de vacunación? A menudo son estas incertidumbres las que nutren la crisis, ya que son factor de desestabilización. Las reacciones del público forman parte de las incertidumbres de la crisis, e inversamente otras incertidumbres nutren la desconfianza del público con respecto a las autoridades, y desde luego su adhesión a las órdenes preventivas. Incluso si un arsenal represivo apoya estas órdenes, no podrían tener éxito sin una adhesión fuerte de la población (Gaille, M. /Terral, P., 2021:30, 47, 100-103).

- 32 Los seguros privados no cubren numerosos riesgos, como las guerras, los accidentes naturales y las epidemias. Tal fue el caso del coronavirus, cuyos daños no estaban asegurados, con el riesgo de precipitar el desplome completo de la economía por las quiebras en cadena. De manera indirecta, el Estado tuvo que intervenir asegurando de diversas formas los riesgos sistémicos. Es en este contexto como se llegó a invocar una “guerra” contra el coronavirus, incluso si la comparación es analíticamente incorrecta, ya que ello permitió justificar intervenciones de todo tipo del Estado, en ruptura con el orden jurídico en tiempos de paz. Como estaríamos en guerra y de hecho estamos en “estado de urgencia”, no nos queda más que aceptar sin discutir, la suspensión de todas las actividades consideradas demasiado arriesgadas. El derecho de cuestionar las decisiones políticas y de interrogarse sobre lo bien fundamentado de una norma, el derecho también de ir y venir a su antojo en el espacio público, finalmente de manifestar su opinión en la calle –todos derechos imprescriptibles– se volvieron ahora “inconvenientes”, en el límite de la legalidad, y se encuentran progresivamente suspendidos (Boyer, R., 2020: 109-110; Stiegler, B., 2021:13-14).
- 33 Con una importante excepción, la directora del Banco Central Europeo (BCE), Christine Lagarde, quien el 12 de marzo de 2020 marcó los espíritus durante una conferencia de prensa, declaró “puedo asegurarles... que utilizaremos todas las flexibilidades que están integradas en el cuadro del programa de compra de activos”, precisando que “no estamos aquí para disminuir las diferencias de tasas”. Esta última aserción fue inmediatamente interpretada como el contraejemplo perfecto del famosos “cueste lo que cueste” de Mario Draghi, y condujo a un brinco de las diferencias de tasas de los países del Sur de Europa con respecto a Alemania, una caída de cerca de 17% de la Bolsa de Milán y otras plazas financieras europeas. En tanto que Mario Draghi había en su tiempo anunciado que el BCE haría todo lo que está en su poder para reservar la integridad de la zona euro y había, con

estuvieron en primera línea para aportar una respuesta a la crisis de la Covid 19.<sup>34</sup> Reaccionaron rápidamente desplegando el conjunto de instrumentos de que disponían para flexibilizar la orientación de la política monetaria, evitar una crisis de liquidez y el agotamiento de los financiamientos acordados a las familias y las empresas.<sup>35</sup> El objetivo de estas medidas no era únicamente

su simple declaración calmado los mercados, Christine Lagarde exoneraba su institución de la responsabilidad de asegurar, a los gobiernos más frágiles de la zona euro, la posibilidad de financiarse en los mercados sin tener que pagar primas de riesgo consecuentes. Christine Lagarde precisa, durante la conferencia de prensa con respecto a la disminución de la diferencia de tasas, que “No es una función o misión del BCE. Existen otros útiles para esto y otros actores para tratar estas cuestiones”. Una conferencia de prensa se organizará en CNBC para intentar corregir este error de comunicación, durante el cual la directora del BCE precisará “Me comprometo plenamente a evitar cualquier fragmentación en un momento difícil para la zona euro. El paquete aprobado hoy puede ser utilizado con flexibilidad para evitar las perturbaciones en el mercado de obligaciones, y estamos listos para probar la determinación y la fuerza necesarias”. La agenda de Philip Lane, economista en jefe del BCE, aclara la amplitud de las tensiones creadas el 12 de marzo: como lo reveló el *Wall Street Journal*, tuvo once entrevistas telefónicas con bancos y fondos de inversión para clarificar el mensaje del BCE (Ortmans, A. /Tripier, F., 2021:2).

34 En mayo de 2020, se consideraba que los bancos europeos eran más sólidos que en vísperas de la crisis financiera de 2007-2008, gracias a las reformas implementadas después. ¿Pero lo serán suficientemente frente a la crisis sanitaria más cercana a la gran depresión de los años 1930 que de los escenarios de estrés considerados por la Autoridad bancaria europea para 2020? El acceso a la liquidez del banco central evita posiblemente el riesgo de iliquidez de los bancos, pero no es impensable que no haya que administrar una crisis de insolvencia bancaria. El no reembolso de un crédito sobre cinco bastaría para agotar el nivel actual de fondos propios. Habría que movilizar el Mecanismo de resolución, que no bastaría, probablemente en el contexto en que, según el Comité europeo del riesgo sistémico, el riesgo de quiebra de los bancos aumentó fuertemente desde el inicio de la crisis de la Covid-19. Quedaría entonces la posibilidad de movilizar el Mecanismo europeo de estabilidad. Pero si este complemento fuera insuficiente, el riesgo de que resurgiera una crisis de deudas soberanas de la zona euro aumentaría. La probabilidad de que al menos dos grandes bancos europeos incumplan superó la barra de 5%. Si estamos lejos de los niveles récord, superiores a 15%, observados durante la crisis de las deudas soberanas: la rapidez con la cual este indicador progresa y las perspectivas económicas sombrías para el futuro sugieren un riesgo substancial de contagio de la crisis de la Covid-19 al sector bancario (Couppey-Soubeyran, J. *et al.*, 2020).

35 Un aspecto del apoyo público para enfrentar la crisis concierne a las políticas monetarias. Desde la irrupción de la crisis, los bancos centrales de las economías desarrolladas reaccionaron con políticas excepcionalmente acomodaticias, caracterizadas por bajas de tasas, ahí donde el nivel dejaba la posibilidad (en particular en Estados Unidos) y, sobre todo, con programas masivos de recompra de títulos de la deuda pública y otros activos. De marzo de 2020 a junio de 2021, el balance del banco central, expresado en porcentaje del PIB, aumentó de una quincena de puntos en Estados Unidos, de más de 20 puntos en la zona euro y de cerca de 25 en Japón. Estas medidas permitieron financiar los gastos públicos excepcionales de manera ordenada y sin aumento importante y duradero de las tasas de interés, incluso en la zona euro. También protegieron a las empresas manteniendo las tasas a un bajo nivel y estimulando la actividad de crédito, incluso si es la garantía del Estado la que fue decisiva en la materia en la mayoría de países. Finalmente, aseguraron una liquidez abundante en los mercados financieros, lo que sostuvo los precios de los activos. Tras el desplome inicial, las Bolsas se recuperaron vigorosamente, recuperando su valorización de antes de la crisis desde julio 2020 en China, en noviembre en Estados Unidos y Japón, y en el primer semestre de 2021 para la media europea. Los precios del alojamiento aumentaron 8% en promedio en las economías desarrolladas en 2020, y 5% en los países emergentes, a pesar de la crisis y en particular de la baja del precio de los inmuebles comerciales. Una última consecuencia: el sector bancario resistió bien esta crisis, su nivel de capitalización

estimular la demanda, sino también evitar una amplificación financiera del choque. Este nuevo episodio de crisis también recordó el papel que tienen las políticas de compra de títulos soberanos para acompañar las medidas presupuestales implementadas por los gobiernos (Blot, C. /Hubert, P. 2021:45).<sup>36</sup> En efecto, frente a esta situación inédita, los gobiernos implementaron apoyos presupuestales de gran amplitud para evitar el desplome de sus economías. Esto se tradujo por el despliegue de diversas medidas de urgencia destinadas a empresas y familias: implementación de la actividad parcial, medidas específicas para el empleo, compensaciones financieras para las empresas en dificultad y los independientes, posposición del pago de impuestos, facilidades de crédito a las empresas gracias a garantías aportadas por los Estados, apoyo monetario directo a las familias o refuerzo a los subsidios por desempleo. En un segundo momento, la mayoría de los países adoptaron planes de reactivación apuntando a una recuperación rápida de sus economías, ya sea gracias a políticas de inversión pública, medidas orientadas para dinamizar el empleo, reducciones de impuestos a las familias y las empresas, providencias específicas para ciertos sectores o la implementación de medidas sociales. Estas disposiciones de urgencia y reactivación son cruciales a corto plazo para evitar un desplome de las economías con pérdidas irreversibles, y también para eliminar una parte de la incertidumbre sobre la reactivación, preservar los ingresos de las familias que permanecen expuestas al riesgo de desempleo o a una reducción de actividad, aportar un apoyo a los sectores en dificultad y evitar quiebras de empresas que no logran absorber el choque (Antonin, C. *et al.*,: 2021 b: 54-55).

La crisis de la Covid-19 igualmente afectó a los trabajadores no asalariados, que incluyen a los trabajadores individuales cuyos comercios fueron golpeados con cierres administrativos o actividades suspendidas por falta de demanda. Su parte varía fuertemente entre países. Así, representan 8.6% del empleo total en Alemania y 25.5% en Italia. Como no cotizan para el desempleo, no pueden pretender ninguna prestación en caso de paro o baja de actividad. Nótese, sin embargo, que se implementaron ayudas, en particular para los no asalariados afectados con cierres obligatorios o una baja de activi-

umentando incluso en casi todas las grandes economías, a pesar de las incertidumbres sobre la evolución posible de los préstamos dudosos (Jean, S., 2021:11-12).

36 Los bancos centrales fueron creados para asegurar el rol de prestamista en última instancia, cuando los sistemas de crédito y de pago son amenazados durante una crisis financiera. A partir de 1990, su independencia con respecto a los gobiernos fue consolidada para luchar más eficazmente contra la inflación, supuestamente provocada por el laxismo de las políticas económicas. Pero la gran crisis americana de 2008 mostró que un blanco de inflación no basta para definir el papel de un banco central: el banco es fundamentalmente el guardián de la estabilidad financiera. En la urgencia, si no es que en el pánico, se inventó una nueva política que aceptó monetizar incluso los activos tóxicos que provocaron la crisis. La ortodoxia monetarista salió completamente desacreditada. El coronavirus legitimó una etapa suplementaria en este movimiento histórico: no solo el volumen de diversos refinanciamientos aumentó más rápidamente que en 2008, sino que los circuitos del Tesoro Público y el Banco Central fusionaron, lo que hubiera sido impensable un año antes. El Estado apareció como el prestamista en última instancia, más allá de la ficción jurídica de una separación de los poderes fiscal y monetario (Boyer, R., 2020: 110).

dad importante. Varios instrumentos se movilizaron, destinados, sobre todo, a hacer frente a dificultades de tesorería: sumas fijas pagadas por un fondo de indemnización para las empresas muy pequeñas e independientes, que conocieron una baja de su cifra de negocios superior a un cierto umbral, la suspensión de algunas facturas de gas, de electricidad o de renta (en Alemania y en Francia durante el primer confinamiento), la posposición o la exoneración de cotizaciones sociales, o incluso facilidades de crédito de tesorería a través de préstamos garantizados por el Estado (Antonin, C. *et al.*, 2021 a: 21).

En Francia, la crisis de la Covid-19 cuestionó temporalmente al menos dos orientaciones de la estrategia política del poder: la confianza ciega en la mundialización y el desmantelamiento del Estado social. La reacción del poder en 2020 fue análoga a la de Nicolas Sarkozy durante la crisis de 2008: simular un cambio radical de política y de perspectiva con grandes declaraciones (“‘el mercado tiene siempre razón’, se ha terminado” proclamaba Sarkozy en su famoso discurso de Toulon). El mes de marzo de 2020 vio a Emmanuel Macron hacer una declaración parecida anunciando un cambio radical, tanto de doctrina como estratégico. Así, el 12 marzo declaraba: “Mañana tendremos que sacar las lecciones del momento que atravesamos, interrogar al modelo de desarrollo en el cual el mundo se ha embarcado desde hace decenios, y que muestra las fallas a plena luz del día [...] Lo que revela ya esta pandemia, es que la salud gratuita sin condición de ingreso, de trayectoria o de profesión, nuestro Estado-providencia no son costos o cargas sino bienes preciosos, sino ventajas indispensables cuando el destino golpea. Lo que revela esta pandemia es que hay bienes y servicios que deben ser colocados fuera de las leyes del mercado”. En el mismo discurso Macron anunciaba “decisiones de ruptura” para restablecer la soberanía económica, depender menos de las importaciones y producir más en Francia (Amable, B., 2021: 309).

El coronavirus fue un revelador de tensiones acumuladas y un acelerador de mutaciones, habitualmente bloqueadas por la rutina de las prácticas. A partir del otoño 2020, la puesta en evidencia de las consecuencias de la pandemia, para todos los aspectos de la vida humana, le dio visibilidad a la idea de una crisis sanitaria no simplemente definida por un solo aspecto, sanitario u otro, sino como un **hecho social total** (Gaille, M. / Terral, P., 2021: 30-31). Según Robert Boyer (2020:97-98, 149) todas las formas institucionales fueron afectadas:

La organización del trabajo y más generalmente la **relación salarial** sufrieron transformaciones considerables durante la parálisis de la producción. Una de las más espectaculares es el brinco en el uso del tele-trabajo:<sup>37</sup> antes

<sup>37</sup> Poco desarrollado antes de la crisis y objeto de interés casi condescendiente, el tele-trabajo por razones sanitarias verdaderamente explotó desde febrero de 2020. Se descubrieron sus virtudes: limitación del tiempo de transporte, posibilidad de organizar una vida familiar más equilibrada en ciertos casos, economía de espacios en la empresa... Pero también se percibieron mejor sus inconvenientes: dificultad de organización en el seno de la empresa, problemas vinculados a la ruptura entre vida profesional y vida familiar... Lo que es seguro es que el tele-trabajo va a continuar desarrollándose después del fin de la pandemia, por lo que será necesario un auténtico marco jurídico más allá del existente elaborado en la urgencia (Artus, P. / Pastré, O., 2020:53-54).

limitado a algunas empresas innovadoras y a la jerarquía salarial, rápidamente se difundió al conjunto de tareas que no implican la transformación de la materia o el “frente a frente” entre proveedores de servicios y clientes. Ciertas empresas anunciaron que el tele-trabajo podría volverse la norma y la presencia en la empresa parcial.<sup>38</sup> Así, el episodio del coronavirus acentúa la división en el seno de los asalariados, en función de sus aptitudes para manejar las técnicas de la información y de la comunicación, y del tipo de contrato que los vincula a la empresa;<sup>39</sup>

El **régimen de competencia** fue fuertemente afectado. Por un lado, las empresas digitales prosperan, dado que apoyan una parte creciente de un consumo reducido en volumen pero redespiegado en las necesidades del momento. Por otro lado, las actividades retrasadas en el comercio electrónico, y más aún todos los servicios tradicionales, solo evitan la quiebra gracias a los programas públicos de apoyo a las empresas y los asalariados. Además, sectores enteros, como el transporte aéreo, la construcción aeronáutica, el automóvil, el turismo y la restauración, temen nunca recuperar el nivel anterior de actividad. En efecto, puede acontecer que la destrucción supere las virtudes creadoras del proceso de selección y aprendizaje observado durante las grandes crisis;

La **inserción internacional** fue también objeto de una reevaluación más o menos radical, según las sociedades. La constatación de una interdependencia aguda, lejos de suscitar una coordinación internacional, precipitó un movimiento típico de “sálvese quien pueda” y “cada cual para sí”: bloqueo de

38 ¿Qué se vuelven las relaciones sociales en la época del tele-trabajo, las video-conferencias, los web-seminarios y los exámenes a distancia? La centralidad de los contactos en el lugar de trabajo desaparece, lo que tendrá consecuencias sobre la formación de las identidades sociales: primacía del individuo con relación al colectivo. Además, se borran las fronteras entre trabajo para el empleador, actividad familiar, incluso distracciones. El ejercicio de la autoridad del empleador sobre su subordinado se vuelve más completo, sin que sea percibido como un atentado a la vida privada. Finalmente, y sobre todo, la posibilidad de desconexión temporal de los diversos contribuyentes a un mismo producto o proyecto, avanza más la descomposición del trabajo en una serie de tareas que ya no tienen que estar sincronizadas. Las técnicas digitales abren un territorio insospechado a un taylorismo del siglo XXI (Boyer, R., 2020: 160-161).

39 La pandemia hizo surgir conflictos capital-trabajo originales. Por ejemplo, a partir de mayo 2020, las empresas europeas hicieron presión sobre los gobiernos para relajar las barreras a la propagación del virus, cuando su erradicación aún no se había logrado. En algunas empresas golpeadas por casos de infección, algunos asalariados rechazaron regresar al sitio de trabajo, dado que su salud se ponía en peligro por la insuficiencia de precauciones sanitarias. Los tribunales debieron arbitrar entre dos derechos en conflicto: los patrones invocaban el derecho de despedir a todos los que no ejecutaban su orden de regresar al trabajo, los asalariados argumentaban que la ley obligaba a los patrones a garantizar su seguridad, incluso sanitaria, cuando trabajaban en el seno de la empresa, lo que justificaba su derecho a retirarse. Según los casos y los países, los jueces decidieron de manera diferente la solución del conflicto. De cualquier manera, no cabe la menor duda de que surgirán conflictos sociales, en primer lugar, porque el restablecimiento de la rentabilidad de las empresas, incluso a niveles más modestos que antes de la crisis, o incluso su sobrevivencia, va a conducir a reducciones de empleo, a una austeridad salarial y a una presión sobre los salarios para aumentar la productividad y la duración del trabajo. Resulta evidente que los sindicatos van a encontrar ahí materia para reivindicaciones. Pero los conflictos no serán solo sociales. Opondrán también las empresas al Estado. Las demandas de reducción de impuestos entrarán en contradicción con las nuevas necesidades de gasto público, al igual que el rechazo de normas climáticas y de medio ambiente se enfrentará a la presión política y social (Boyer, R., 2020: 161-162; Artus, P. / Pastré, O., 2020:30-31).

las exportaciones nacionales de bienes vinculados a la lucha contra la pandemia, puja para adquirir estos mismos bienes, recompras de *start-up* prometedoras, y recíprocamente bloqueo de estas recompras. El hecho de que el virus circule a través de la movilidad internacional de los individuos justificó un cierre, primero selectivo y luego general, de las fronteras, incluso en Europa.<sup>40</sup> El coronavirus acentuó las tendencias ya presentes desde al menos una década: fin del papel motor de las exportaciones en el crecimiento mundial, redespigüe de las inversiones directas, reducción de la diversificación internacional de las colocaciones financieras, conflictos recurrentes en torno a la protección de los derechos de propiedad intelectual;

El regreso de un **Estado masivamente intervencionista**, observado no solo en Europa, tierra tradicional de economía mixta, sino también en Estados Unidos, considerado como defensor del mercado como condición de eficacia económica.<sup>41</sup> En 2020, las intervenciones movilizan toda la panoplia de instrumentos de los poderes públicos: garantía de créditos, subsidios, reducción o aplazamiento del vencimiento de impuestos, transferencias sociales y relajamiento de los límites al refinanciamiento del banco central. En pocas palabras, el Estado socializa las pérdidas como asegurador frente a una incertidumbre radical sistémica.

La aparición de la pandemia y el congelamiento de la economía, aunada al cierre de los espacios públicos, desencadena un inicio de pánico en la Bolsa, una interrupción momentánea de las transacciones. Con el anuncio del virus, el pánico se amparó no solo de los mercados financieros, sino de la mayoría de los actores a todos los niveles. Los servicios hospitalarios fueron desbordados por el flujo de nuevos enfermos angustiados, los “traders” debieron liquidar sus posiciones, corriendo el riesgo de precipitar una caída de las cotizaciones en bolsa, que haría dudar de la solidez de las empresas y de los

40 El cambio más neto para luchar contra la difusión de la pandemia fue el bloqueo casi general de la movilidad internacional. El imperativo de salud pública proveyó un argumento adicional a todos los gobiernos que ya habían introducido frenos a la inmigración. La decisión de confinamiento se acompaña de un bloqueo a la entrada de extranjeros al territorio nacional. El cambio es espectacular en Europa ya que, en el corazón de la crisis del coronavirus, el espacio Schengen se fracciona de nuevo, y las reaperturas de fronteras solo son parciales, y a menudo bilaterales, contrario a lo que implica la libertad de movimiento de las personas, pilar del mercado único. Lo que solo era una medida transitoria puede perdurar en nombre de la defensa de la soberanía nacional en materia de salud. La crisis de la covid-19, ocasionando un cierre temporal de fronteras, hace recordar que los acuerdos de Schengen no son nada evidente, y que se trata de un tesoro que hay que conservar (Boyer, R., 2020: 128; Cohen, E. / Robert., 2021:70).

41 Se puede apreciar el desastre social y político a que conduce la concepción de un antagonismo irreconciliable entre mercado y Estado, que postula demasiado la disciplina económica vista desde la perspectiva Friedmaniana de la Universidad de Chicago. La sobre-estimación de las capacidades del mercado, y la incomprensión de lo que es el Estado, salieron de nuevo a luz durante la crisis del coronavirus. Como nos lo había enseñado Friedrich List, el Estado debe crear las condiciones de una modernización acelerada, gracias a la protección del mercado interno asociada a una inversión en la educación y las infraestructuras. Tal fue el caso no solo en la Alemania del siglo XIX, sino también en Japón y, después de la Segunda Guerra Mundial, en Corea del Sur y los dragones asiáticos. Todos estos ejemplos demuestran que el Estado instituye el mercado y no es su alternativa (Boyer, R., 2020:111).

bancos, de tal suerte que los poderes públicos debieron aumentar el volumen de sus promesas, en términos de subvenciones en materia de tiempo parcial como garantía de los activos financieros amenazados. Los ajustes a la baja se transmitieron de sector en sector: la caída del transporte aéreo repercutió sobre la demanda de petróleo, lo que amenazó de quiebra a numerosos productores,<sup>42</sup> y eso reactivó el movimiento a la baja de la Bolsa. Progresivamente, todos los sectores fueron afectados, y raros fueron los que prosperaron: investigación médica, comercio en línea, entregas a domicilio... Este proceso de desplome en cadena se debe a la conjunción de dos incertidumbres radicales, rebeldes al cálculo racional: por un lado, los epidemiólogos están desorientados por este nuevo virus del que descubren las propiedades paso a paso; por el otro, los gobiernos se aproximan en su política de apoyo a la actividad, lo que suscita primero el asentimiento de los financieros y en un segundo tiempo sus dudas, dado que, entre tanto, el número de decesos aumentó (Boyer, R., 2020:76-77). Se implementan rápidamente una serie de medidas: un plan masivo de apoyo al ingreso de los asalariados y de garantías de crédito para las empresas, prórroga del pago de impuestos para las pequeñas y medianas empresas, reescalonamiento de las cotizaciones sociales, suspensión del reembolso de las deudas, presión sobre las aseguradoras para que participen en el esfuerzo nacional, y un completo relajamiento del acceso al refinanciamiento de los bancos centrales,<sup>43</sup> particularmente en Estados Unidos, para sostener la economía y parar el pánico financiero. Se trata de una auténtica **socialización de pérdidas privadas** por cuenta del Estado. Las inquietudes se reportan sobre la sostenibilidad de las deudas públicas.<sup>44</sup> La de-

42 Se llegó al extremo de alcanzar un precio negativo del petróleo para un contrato de entrega en mayo de 2020, ya que las capacidades de almacenamiento se habían saturado. Economías tan diversas como Arabia Saudita, Rusia y Argelia no tienen los medios de su política de gasto público, ya que sus ingresos de petróleo y gas constituyen lo esencial de los ingresos del Estado (Boyer, R., 2020: 95-96, 132).

43 Los bancos centrales que se habían vuelto independientes, responden a la urgencia y a las demandas de los gobiernos: abren casi sin límite el refinanciamiento de los activos privados y los títulos de la deuda pública, renovando así la consigna que había permitido salvar el euro en 2012: “¡Cueste lo que cueste!” El Banco de Inglaterra decide incluso comprar directamente los títulos de la deuda pública, y no solamente en el mercado secundario de títulos. Los balances del Sistema de la Reserva Federal y del Banco Central Europeo registran también un alza brutal. Por lo contrario, la proposición de la creación de eurobonos hecha por Italia, Francia y España no llega en un principio a tener el acuerdo de los gobiernos de Europa del Norte. Sin embargo, la reacción a un peligro común habría justificado esta innovación, que habría podido constituir una etapa importante en la construcción de la viabilidad del régimen de política económica instituido por el Euro. Ahí se media hasta qué punto la Unión Europea estaba lejos de constituir una entidad capaz de rivalizar con Estados Unidos y China. Las intervenciones conjugadas de los bancos centrales y de los presupuestos públicos son espectaculares, por su volumen. En Estados Unidos, el primer plan de apoyo de marzo de 2020 es de 1,000 billones de dólares. El 15 de mayo el Congreso vota un plan de estímulo 3,000 billones de dólares, sometidos a la firma del presidente. En Francia, el grado de compensación de la parálisis de la producción es particularmente elevado, en respuesta a la intuición de que era mejor sobreestimar que subestimar el peligro, como había acontecido en 2008 (Boyer, R., 2020: 65-66).

44 El total relajamiento de la creación monetaria tiene como contrapartida mantener las tasas de interés extremadamente bajas, si no es que ligeramente negativas en algunos países. Numerosos expertos consideran que la situación puede durar, dado que las precedentes ten-

cisión política de prácticamente detener la economía corría el riesgo de provocar la quiebra de las empresas más frágiles y pauperizar a los más débiles, de tal suerte que debe acompañarse de medidas de apoyo a los resultados de las empresas y los ingresos de los asalariados. En Francia, la aportación masiva del Estado rompe con el proyecto de regreso al equilibrio de las finanzas públicas: es el imperativo de salud pública y la urgencia, si no el pánico, quien justifica esta reapreciación de la doctrina gubernamental.<sup>45</sup> Así, el año 2020 fue marcado por la afirmación del regreso del Estado a través del gasto público orientado a sostener el ingreso, el otorgamiento de garantías de crédito para las empresas, la exención de impuestos y cotizaciones sociales, y también las decisiones de cierre de fronteras<sup>46</sup> y las medidas protectoras de la producción doméstica (por ejemplo, la prohibición de la exportación de bienes médicos estratégicos en la lucha contra la pandemia).<sup>47</sup> Simultáneamente, muchos gobiernos aparecieron en competencia en el mercado mundial para ofrecer más por la adquisición de cubrebocas,<sup>48</sup> ventiladores, medicinas, que

tativas de enderezamiento de las tasas de interés por los bancos centrales inmediatamente hicieron resurgir el espectro de una crisis financiera mayor. En consecuencia, el pago de intereses de la deuda, suscrita en un horizonte de varias décadas, se estabilizó durablemente, lo que garantiza la sostenibilidad de las finanzas públicas (Boyer, R., 2020: 170-171).

45 Las reacciones públicas que desencadenó la pandemia mostraron la justeza de las luchas del personal médico y de la educación, que durante mucho tiempo se enfrentaron a la invocación de restricciones presupuestales, consideradas insuperables y que repentinamente se abandonaron frente al pánico y la urgencia (Boyer, R., 2020: 94).

46 La responsabilidad de la movilidad internacional de las personas, en la universalización del coronavirus, justifica la generalización de los controles en las fronteras, y después su cierre para frenar una explosión de la contaminación. Esta política fue acogida favorablemente por gobiernos que habían hecho del bloqueo de la inmigración el centro de su política, y confortaron las ideologías xenófobas y nacionalistas. No se podría subestimar el impacto del cierre de las fronteras europeas en el seno del espacio *Schengen*: para las jóvenes generaciones del programa Erasmus, es una regresión preocupante, incluso si se concibe de manera transitoria, ya que se está cuestionando de manera transitoria una de las principales conquistas de la construcción europea. Justamente, para algunos gobiernos de Europa central, ardientes defensores de una concepción integrista de la soberanía nacional, solo es la premisa del abandono de cualquier proyecto federalista. La pandemia fue entonces portadora de una aceleración de tendencias de la década 2010: reforzamiento del poder de los Estados sobre los ciudadanos, incluso autoritarismo, restricciones de ciertas libertades en nombre de la seguridad colectiva, reforzamiento de la xenofobia, transformación del patriotismo en un nacionalismo sin complejos, proteccionismo como útil recurrente de defensa de los intereses económicos de cada nación. Como vemos, un minúsculo virus, nacido en un mercado lejano, tuvo consecuencias extremas sobre el fraccionamiento del mundo (Boyer, R., 2020: 67).

47 La lucha competitiva en el mercado mundial se dobló de medidas proteccionistas nacionales. La salida del confinamiento se asoció a la obtención de medicamentos y/o vacunas. Algunas grandes farmacéuticas firmaron contratos para reservar su eventual futura vacuna a los países que los financiaron en detrimento de los países de origen, lo que sorprendió mucho a los que creían en el patriotismo económico (Boyer, R., 2020: 67).

48 Es un médico chino formado en Cambridge, Wu Lien-Teh, quien impone el cubrebocas de tejido en el espacio público durante la peste neumónica de 1910, antes de que los médicos americanos la popularizaran durante la pandemia de gripe de 1918. El cubrebocas en plástico desechable solo aparece en Europa y Estados Unidos en los años 1960. Este tipo de dispositivos corporales de "protección" se inscribe, entonces, en una larga historia que corre pareja al mantenimiento de la actividad económica y la posibilidad de trabajo y vida social. El cubrebocas es un objeto material polimorfo, del que se discute la textura, la capacidad de

se volvieron centrales en el tratamiento de los enfermos que afluían a los servicios de urgencia (Boyer, R., 2020: 11, 13,55). Según las estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), hacia fines de marzo de 2020, cerca de 90% de los trabajadores en el mundo vivían en un país que recomendaba o imponía medidas de cierre de los lugares de trabajo. Estas medidas de confinamiento, testimonio del valor que las sociedades ricas acuerdan a la preservación de la vida humana, tomadas para contener un contagio galopante, paralizaron la actividad económica de varias maneras: la limitación estricta de los desplazamientos de personas, y el cierre de numerosos sitios de producción, de intercambio o de reunión, impidieron a muchas empresas mantener su actividad, mientras que el confinamiento a domicilio de las personas limitaba su consumo al estricto mínimo.<sup>49</sup> Sin embargo, cuando la situación sanitaria empeoró demasiado, fue necesario recurrir a la limitación o incluso la prohibición de reuniones como mítines o manifestaciones, el cierre de determinados lugares como parques públicos y playas, toques de queda, etc. A este respecto, “hay un parámetro que ha servido constantemente como índice regulador de las medidas anteriores: la capacidad

filtrar, la forma, y encarna una interfaz entre el saber y la sociedad civil, remitiendo concretamente a la naturaleza del aire contaminado y al modo de transmisión del virus. Ponerse el cubrebocas en ausencia de vacunas o de tratamiento para limitar la transmisión del SARS-CoV-2, en los primeros tiempos de la pandemia o cuando los gobiernos no tienen los medios de implementar una campaña de vacunación, es la principal modificación impuesta por la pandemia en la vida cotidiana de las gentes para limitar su propagación. Sigue siendo de actualidad, incluso cuando una proporción significativa de la población está vacunada, como es el caso en muchos países. El cubrebocas, aliado de la reactivación, desplaza la responsabilidad y el costo sobre el individuo (cada uno debe fabricar su cubrebocas; se trata de una tecnología *low-tech*). La pandemia marca, sin embargo, un viraje o un desplazamiento desde el punto de vista de las libertades individuales. En efecto, lo que se presentaba como una elección personal de protegerse o no, se vuelve una protección de los otros, y luego entonces un medio de vivir juntos. El cubrebocas, lejos de negar nuestra humanidad, vino por lo contrario y paradójicamente a reforzarla, ya que manifiesta espectacularmente nuestra preocupación por los otros (Gaille, M. / Terral, P., 2021: 109-111).

<sup>49</sup> El confinamiento hizo tomar conciencia del carácter superficial de un gran número de necesidades corrientes de las sociedades de consumo para las que, sin embargo, beneficiaron de un confort mínimo durante el confinamiento. Los debates a propósito de la utilidad de los viajes intercontinentales para las conferencias, sobre los modos de trabajo (teletrabajo) que limitarían los desplazamientos cotidianos desconcentrando las ciudades, más ampliamente sobre un conjunto de maneras de reducir las emisiones a nivel del consumo, sin duda alguna se acelerarán. Pero en los países en desarrollo y emergentes (Brasil, México, India, África del Sur...) el confinamiento generalizado reveló más bien la inmensa fragilidad de la mayoría frente al acceso a los bienes de primera necesidad. En dichos países, las pérdidas económicas de un confinamiento son importantes debido al trabajo informal, pero con una población relativamente joven, fuertes desigualdades sociales en materia de valor de la vida atraviesan la sociedad, y hacen que la mortalidad recaiga en los más pobres que son más numerosos. En consecuencia, el confinamiento es corto y poco exigente. Por otro lado, la jerarquía de las ocupaciones parece fundamentalmente haberse invertido por la crisis de la Covid-19. Enfermeras, barrenderos, agricultores, médicos, cajeras se revelan, a ojos de todo el mundo, como preciosos garantes de la preservación de funciones esenciales de la sociedad, aunque mal retribuidos por la valorización otorgada por el mercado de trabajo. Con la irrupción de la pandemia, resultó evidente que la preservación de la vida y la salud era una precondition de la actividad económica, y que una finanza de mercado sin actividad económica era un oxímoron (Aglietta, M., Espagne., E., 2020: 76; Boyer, R., 2020: 22, 71).

del sistema hospitalario para atender los casos más graves de contaminación, en un contexto de capacidad reducida por décadas de austeridad presupuestaria en el marco general de las políticas neoliberales” (Bihr. A., 2021b:2). En estas condiciones, es entonces a la vez la **oferta** y la **demanda** que fueron golpeadas de manera concomitante por una causa **exterior** a la esfera económica. Las actividades más afectadas han sido las que son tributarias de la movilidad de las personas y de la capacidad de reunirlos, comenzando por los hoteles y restaurantes, el transporte, el turismo, los espectáculos y diversiones, pero la fabricación de materiales de transporte fue igualmente muy afectada, a la vez en razón de los cierres de sitios y del desplome de las ventas, y muchos otros sectores industriales sufrieron, al igual que el comercio de detalle no alimentario (exceptuando el comercio en línea). Por el contrario, la producción agrícola y agroalimentaria fue generalmente mantenida, mientras que la de productos de salud aumentaba vertiginosamente para luchar contra la pandemia. El impacto es entonces muy desigual, pero los daños económicos son masivos, ya que una gran parte de las empresas y trabajadores independientes se vieron confrontadas con un desplome brutal de sus ingresos. Los poderes públicos registran los daños del confinamiento sobre la producción, el empleo, las finanzas públicas y la vida social.<sup>50</sup> En Estados Unidos, la tasa de desempleo pasó en un trimestre de 4% a 16%, las pequeñas y

50 Como lo subrayaba la OIT en abril 2020, la crisis sanitaria vinculada a la Covid-19 tuvo repercusiones importantes en el mundo del trabajo: en términos de pérdidas de empleos, de horas trabajadas y de ingresos (particularmente para los asalariados de los sectores parados); pero también en términos de exposición a los riesgos de contaminación para los trabajadores que continúan su actividad (en la salud y en las actividades esenciales al funcionamiento de la economía y la sociedad) y en términos de condiciones de trabajo (paso al teletrabajo o, por lo contrario, trabajo presencial con intensidad creciente). Además, esta crisis interviene en un contexto de transformaciones a mediano plazo del trabajo y del empleo, bajo el efecto de la difusión de Internet y de la inteligencia artificial en el marco de la “4° revolución industrial”. Además del choque a corto plazo, viene a revelar tendencias ya en marcha: desigualdades entre calificaciones y oficios, desarrollo del trabajo a distancia para los cuadros, necesidades crecientes de calificación... Tomando en cuenta fuertes diferencias sectoriales en los efectos de las restricciones implementadas, las consecuencias de la crisis sobre el trabajo son marcadas por una fuerte heterogeneidad y desigualdades. Algunos trabajadores son de hecho impedidos de ejercer su actividad (turismo, cultura, restauración, etc), mientras que otros la continúan en teletrabajo, y otros trabajan en presencial con una intensidad a veces creciente (personal de salud, agricultores, obreros y artesanos de la alimentación, vendedores, cajeros y empleados del libre servicio del comercio; transportistas, operadores de almacén, agentes de limpieza, policías, militares, etc.). En este contexto, un enfoque por familia de oficios es necesario para aprehender todas las dificultades y riesgos corridos por los trabajadores. Vulnerabilidad económica y social para los oficios de los sectores detenidos o en actividad parcial, riesgos de sobrecarga de trabajo para los cuadros en teletrabajo, riesgos sanitarios para los “oficios de primera línea”. Las políticas públicas del empleo han buscado limitar estas dificultades y atenuar los riesgos: han intentado restringir las consecuencias sociales de los paros y reducciones de actividad manteniendo en empleo a los asalariados gracias al desempleo parcial, a la actividad parcial, la posesión temporal de la reforma del seguro de desempleo y la adopción de medidas de apoyo al ingreso de los más frágiles. También buscaron implementar una protección de los asalariados en su lugar de trabajo con reglas sanitarias reforzadas e incitando a un mejor reconocimiento para los trabajadores de primera línea, esenciales para el funcionamiento de la economía y al mismo tiempo expuestos al riesgo de contaminación, debido a su presencia en el lugar de trabajo y a los contactos sociales con público o entre colegas (Gaille, M. / Terral, P., 2021: 179-181).

medianas empresas de servicios hicieron frente a un riesgo elevado de quiebra, sectores enteros corrían el riesgo de nunca recuperar su nivel anterior de actividad (turismo, transporte aéreo). En estas condiciones, se volvió difícil creer que la recuperación de la Bolsa, aunque parcial en Europa, fuera un indicador avanzado de la reactivación económica. Sería más bien la prueba de un divorcio entre *Wall Street* y *Main Street*, término que designa a las clases populares en los *media* americanos, presente a lo largo del capitalismo dominado por la financiarización. Cuando el virus no había sido vencido, en mayo de 2020, la mayoría de los gobiernos apuntan a un des-confinamiento progresivo en respuesta a la petición de los empresarios e independientes que temen la quiebra, incluso considerando la ayuda para apoyar su ingreso gracias al presupuesto público. Se toma conciencia del proceso que vincula salud pública y economía: preservar la vida por una cuarentena puede crear una penuria que, a su vez, afecta no solo su aceptación por la población sino también la salud pública. El Estado tuvo que decidir las modalidades y la duración del confinamiento y después del des-confinamiento.<sup>51</sup> Solo se sale de una incertidumbre sistémica, es decir radical, anunciando un punto focal, que permite que se ajusten las numerosas economías individuales en un mercado, hecho que hasta Hayek reconoce cuando habla de una acción colectiva correctora para que, lo que él denomina *catalaxia*, pueda operar. Frente al pánico y a la perplejidad de los actores, las demandas se polarizan sobre el Estado, en el cual se delega la formación de una anticipación colectiva que permita sincronizar las decisiones día con día, y más aún la inversión. Cuando el confinamiento congela los tiempos sociales, el Estado debe volverse el “maestro de los relojes”, y anunciar una sucesión de fases en la lucha contra el virus con respecto a las cuales los actores privados pueden volver a hacer planes y tomar decisiones. Acontece lo mismo con el des-confinamiento. Se trata de reanudar con los procedimientos de planificación indicativa a la francesa,<sup>52</sup> cuyo propósito era sincronizar los puntos de vista de los interlocu-

51 Las medidas extraordinarias de confinamiento “son insoportables para las personas que tuvieron y tienen que encerrarse en viviendas en las que ya viven hacinadas o cuyo confort es insuficiente, además de verse privadas de toda vida social y a menudo privadas también de una parte de sus ingresos. De ahí la necesidad de flexibilizar esas medidas al cabo de cierto tiempo, en cuanto la situación sanitaria mejora o parece mejorar; una flexibilización que, sin resolver el problema de fondo, solo puede conducir a un mayor deterioro de la misma, lo que lleva a reanudar las medidas restrictivas anteriores, etc.” (Birr, A., 2021b:2).

52 Como apunta Robert Boyer, la situación actual en Francia revela el fracaso del modelo estatal, que conoció su edad de oro en los años 1960-1970 antes de entrar en un largo proceso de descomposición. Se dejó perecer el capitalismo estatal y planificador que era la fuerza de ese país, por al menos dos razones, tan perversa una como otra: primero, la idea de que como Francia era demasiado pequeña para no afrontar sola la mundialización, se necesitaba exportar el modelo a la escala europea, lo que era una ilusión total; después, el *a priori* terrible, pero bien asimilado por numerosos economistas, según el cual el sector público es por definición menos eficaz que el sector privado. Este estado de espíritu minó la acción pública, en particular en los hospitales. Que el Estado sea incapaz de producir cubrebocas para proteger a su población es un fracaso increíble, que solo se puede comprender si nos referimos a la destrucción lenta y metódica del capitalismo estatal y a la pérdida de competencias que lo sostenían (Saint-Geours, Y., 2020: 70). Francia es el único país miembro per-

tores sociales alrededor de un sendero de crecimiento en la época de los Treinta Gloriosos (Jean, S., 2020: 9-11; Boyer, R., 2020:8, 34, 52-53,55, 109).

El curso de la crisis tomó un giro imprevisto en el verano de 2020. La remontada fue, en todos lados, espectacular, el crecimiento registrado, borrando en todos lados una parte de la pérdida del primer semestre. Francia siguió la evolución general: en el tercer trimestre la producción creció de casi 19%, borrando lo esencial de la caída del primer semestre. Este repunte es un testimonio de la plasticidad de la economía. Es falso pensar que un mes de PIB perdido lo es irremediablemente. Lo que cuenta más es que las empresas y los trabajadores conserven su capacidad de producción. El mérito del “cueste lo que cueste” se encuentra confirmado, y los errores cometidos durante la crisis financiera de la zona euro no fueron repetidos. El primer confinamiento había logrado bajar la tasa de incidencia a niveles particularmente bajos, y se pudo pensar a inicios de verano que la crisis había terminado. Desgraciadamente, las contaminaciones remontaron inexorablemente durante el mes de agosto y no cesaron de crecer en otoño. La estrategia de “testar-trazar-aislar”, que se suponía iba a tomar el relevo del primer confinamiento, fracasó en la mayoría de los países occidentales, al grado de que se volvió ineluctable un segundo confinamiento. A pesar de la reactivación de la infección, el confinamiento de otoño fue, en Francia como en la mayoría de los países que lo implementaron, muy diferente del de primavera. Todo se hizo para evitar una caída de producción tan brutal como la de abril. A pesar de una baja importante, el cuarto trimestre registró una pérdida limitada a 1.4% con relación al tercer trimestre de 2020. Los países aprendieron a administrar mejor las consecuencias económicas de la crisis sanitaria (aumento del teletrabajo,<sup>53</sup> mejor atención a los pacientes, permanencia de las escuelas abiertas, cierre

manente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidad que hasta el momento en que escribimos estas líneas ha sido incapaz de producir su propia vacuna contra el coronavirus.

53 La crisis sanitaria igualmente contribuyó a resaltar la cuestión del teletrabajo y sus consecuencias para las empresas y los asalariados. Si el teletrabajo apareció como una solución en el contexto de la crisis sanitaria, su desarrollo se había ya emprendido, vinculado a la difusión de tecnologías digitales que lo permitían. Todas las formas de digitalización del comercio, de los servicios y las telecomunicaciones encontraron, en las restricciones, los contactos directos impuestos por la pandemia como condiciones extremadamente favorables a su desarrollo, modificando las condiciones de empleo y de trabajo que imponen a sus asalariados: las empresas “uberizadas” y las GAFAM fueron las grandes ganadoras. En Francia, 3% de los trabajadores lo practicaban regularmente en 2017 y 4% ocasionalmente, entre ellos una mayoría de cuadros, en particular ingenieros y técnicos en computación. La proporción de teletrabajadores regulares se situaba encima de la media europea, pero debajo de Países Bajos y Finlandia. Durante la crisis sanitaria, esta proporción aumentó fuertemente para alcanzar 25% en mayo de 2020, los sectores más afectados siendo la información y la comunicación, las actividades financieras y las actividades inmobiliarias. Incluso la organización del sistema sanitario, social y médico-social mostró una gran adaptabilidad proponiendo tele-consultas y tele-seguidos de acompañamiento social y médico-social. Ciertamente el teletrabajo permitió limitar la caída de actividad, pero igualmente profundizó las desigualdades entre los trabajadores, en particular porque los empleados en la incapacidad de practicarlo estuvieron más expuestos a los riesgos de contaminación y tuvieron más riesgos de perder su empleo, ya sea en Francia, en Europa o Estados Unidos (Gaille, M., / Terral, P., 2021:85, 182-183; Bihr, A., 2021a: 56-57; Antonin, C., 2021 a: 20-21).

de comercios mejor seleccionados en varios países...). La gestión del riesgo sanitario fue mucho más eficaz, desde un punto de vista económico, en el segundo semestre (El paso del primer al segundo semestre traduce un cambio de paradigma: no se trata ya de evitar la crisis sanitaria, cualquiera que sea el costo económico, sino evitar la crisis económica minimizando el impacto sanitario). La otra interpretación, no contradictoria, es que los países tomaron más riesgos sanitarios en el segundo semestre, privilegiando más la economía que la salud. Así, se constata que la dinámica de la crisis sanitaria y económica es muy diferente en el primer y en el segundo semestre 2020 (Algan, Y. / Cohen, D.;2021:2-4).

A este respecto, con justa razón, se ha señalado que para caracterizar la situación se utilizó un vocabulario impropio heredado de las crisis del pasado. Así, por ejemplo, la agencia Bloomberg anunció, el 29 de abril 2020, que “La caída del PIB americano de 4.8% durante el primer trimestre marcó la entrada en recesión después de 11 años de expansión”. Ahora bien, el término recesión evoca el paso endógeno del freno del crecimiento a su reducción durante más de dos trimestres, según la definición consagrada del *National Bureau of Economic Research* (NBER). Nada parecido en la decisión de los gobiernos de detener todas las actividades económicas no esenciales para intentar contener la difusión de la Covid-19. Como dice François Chesnais, se trata “de un choque anómalo que no tiene nada que ver con el vaivén coyuntural habitual” (2020:1). Sería más justo hablar de “congelación” de la actividad económica, dado que la causa es la respuesta política a una amenaza sanitaria.<sup>54</sup> Se opera una profunda caída sincronizada de la actividad económica, dado que “en el espacio de algunas semanas el confinamiento se aplicó en todos los países del mundo, con efectos inmediatos en los intercambios comerciales (productos y servicios)” (Chesnais, F., 2020:6). Como la desaceleración se produjo al mismo tiempo en todo el mundo, se ampliaron las perturbaciones económicas en cada país.<sup>55</sup> La misma aproximación dudosa en la caracterización de los planes gubernamentales, denominados “de estimulación” cuando solo se trata de programas de indemnización de las empresas y de apoyo al ingreso de las familias. En 2008, el apoyo del Estado a las empresas financieras en bancarrota fue crucial para el regreso de la confianza, después de la actividad

54 Como señala Robert Boyer, en 1918-1920 la pandemia de gripa española ocasionó decenas de millones de muertos a través del mundo, pero no desembocó en un paro de la economía. De hecho, el caso que se aproxima más a la situación del confinamiento de 2020, es la situación de guerra, cuando el Estado ordena un paro brutal de la producción privada y una transferencia hacia la producción militar. Sin embargo, incluso en este caso, la intervención de la fuerza pública no se traduce por un paro puro y simple de la actividad, sino por una reorientación temporal, seguida de un regreso a la normalidad (Saint-Geours, Y., 2020:69).

55 “Para quienes quieran comparar esta situación con la Gran Depresión que siguió el *crash* de 1929 en Wall Street, en la década de 1930, se observará que no tuvo lugar una sincronización similar. Gran Bretaña y la segunda potencia industrial de la época, Alemania, no se vieron afectadas hasta 1931. La crisis de la década de 1930 no fue mundial en el sentido en que la crisis actual se desarrolla en el marco de la globalización del capital del siglo XXI. La URSS se hallaba fuera del mercado mundial al igual que China, embarcada en una guerra civil prolongada. Argentina y Brasil pudieron protegerse a base de barreras comerciales y de la reducción de su dependencia de las exportaciones” (Chesnais, F., 2020:6).

económica y finalmente del empleo. Nada de eso en 2020, cuando la explosión del gasto público y el laxismo de los banqueros centrales solo fueron un simple paliativo para superar el bloqueo, consecuencia de la crisis sanitaria. Su superación supone el éxito de las investigaciones de los epidemiólogos, de los médicos y de los biólogos que, dicho sea de paso, solo reciben una parte modesta de las ayudas públicas (Boyer, R., 2020:20). En estas condiciones, “la salida de la crisis no depende de la mejora de la tasa de beneficio, sino del retroceso de la pandemia, es decir, en primer lugar, de los avances de la medicina (tests y vacunas) y, en segundo lugar, de la eficacia de la acción de los gobiernos” (Chesnais, F., 2020:1).

Con la pandemia estalló en mil pedazos la cómoda hipótesis del equilibrio económico. La desarticulación de las ofertas y las demandas originó múltiples procesos que, lejos de converger hacia un nuevo equilibrio, profundizaron los riesgos de escasez, provocando la inestabilidad de las bolsas y afectando los proyectos que se inscriben en el largo plazo: en todos los dominios se difundieron las estrategias de “sálvese quien pueda”. Es esto lo que trataron de detener los inmensos planes de apoyo gubernamental, que no podían inspirarse con el regreso a una macroeconomía pre-keynesiana fundamentada en los automatismos postulados por las teorías, ayer dominantes, de una economía de mercado. Ahora se impone razonar en situación de incertidumbre radical (¿Cómo decidir cuándo se sabe que no se sabe aun lo que se terminará por saber, pero demasiado tarde?), y admitir que no se conoce una solución óptima.<sup>56</sup> Cada persona aisladamente intenta forjarse un juicio para saber si la crisis sanitaria será breve y poco costosa o, por lo contrario, larga y dramática.<sup>57</sup> Las decisiones tanto privadas como públicas deben fundamentarse sobre otra racionalidad, limitada, a partir de un razonamiento informado por el contexto histórico e institucional propio a cada esfera de

<sup>56</sup> Desde marzo de 2020, la previsión económica debió apoyarse en el saber de los epidemiólogos, biólogos especialistas de los virus y médicos de los hospitales. Como los gobiernos necesitaban prever, fueron los elaboradores de modelos epidemiológicos quienes pasaron a primer plano. Rápidamente dichos modelos mostraron su extrema fragilidad: falta de información necesaria para calibrar las ecuaciones, inadecuación de las hipótesis que no toman en cuenta la heterogeneidad de las redes a través de las cuales circula el virus, y a fin de cuentas, y sobre todo, la extrema imprecisión de las previsiones. Sea como sea, estos modelos, incluso falsos, permitieron eliminar la indecisión de las políticas paralizadas por la incertidumbre radical (Boyer, R., 2020:181).

<sup>57</sup> En enero de 2020, los conocimientos son embrionarios, dado que todos los especialistas tienen que descubrir las propiedades de este nuevo virus. Los encargados de tomar las decisiones públicas no pueden entonces determinar cuál es la estrategia óptima en la lucha contra este último. Claro está que pueden regresar a las pandemias precedentes, pero cada una tiene sus características, sus vectores y sus terapias, sin que la experiencia sea completamente aplicable al caso que nos ocupa. Frente a esta incertidumbre radical, la decisión es más una apuesta, informada con pocos conocimientos, que el cálculo de una solución óptima. Esta última solo será conocida una vez la pandemia esté vencida, es decir demasiado tarde. En todo caso, los responsables de la lucha contra la pandemia parecen comportarse miméticamente, y adoptar los mismos procedimientos (un consejo científico pluridisciplinario), un vocabulario idéntico (distanciación social o sana distancia) y la misma estrategia (en marzo de 2020 el confinamiento y después, a partir de mayo, el levantamiento prudente de las restricciones a las libertades individuales) (Boyer, R., 2020: 27).

actividad. De hecho, todo análisis debe situarse en el tiempo y en el espacio, ya que raras son las regularidades dotadas de universalidad. En este contexto, los políticos que deciden tienen que navegar entre tres imperativos difíciles de conciliar: la defensa de la salud de la población, el mantenimiento de una actividad económica para satisfacer las necesidades más esenciales y, finalmente, la legitimidad que resulta del asentimiento de los ciudadanos (Boyer, R., 2020:21-22, 50).

Las interdependencias, tanto sectoriales como geográficas (de las que hablaremos a continuación), provocan una serie de reacciones en cadena. En efecto la cuasi detención de los transportes y de la mayoría de las actividades industriales provoca una caída brutal de la demanda de energía y, por lo tanto, de los precios del petróleo. Este movimiento fragiliza las compañías petroleras, que suspendieron sus inversiones, tanto más que los bancos dudaban de su salud económica. Así, el estrés se desplazó hacia los bancos comerciales y de inversión, que debieron recurrir menos al crédito. De ahí las ventas de pánico en la Bolsa en Estados Unidos, movimiento que se difundió inmediatamente al resto del mundo (Boyer, R., 2020:24).

A finales de enero de 2020, cuando se volvió claro que las medidas de confinamiento tomadas por las autoridades chinas bloqueaban ampliamente la producción del país, fue evidente que esta parálisis iba a ser contagiosa. Desde el 4 de febrero, Hyundai, quinto constructor mundial, anunció que la ruptura del aprovisionamiento de piezas y componentes provenientes de China la obligaban a suspender las operaciones de sus fábricas en Corea, y la preocupación por repercusiones similares se expandió al mundo entero, en tanto que muchos industriales se inquietaron por la pérdida de sus mercados en China. Cuando la pandemia se abatió sobre Europa, fue la capacidad de adaptar la producción de medicamentos a esta circunstancia excepcional lo que se reveló como condición tributaria de China, y también de la India, ya que de esos países proviene lo esencial de los principios activos.<sup>58</sup> En los

<sup>58</sup> En marzo de 2020, la progresiva difusión del coronavirus de China a Europa, después a Estados Unidos y finalmente a América Latina, pone en evidencia una escasez mundial de cubrebocas, respiradores e incluso de ciertos genéricos. Las autoridades nacionales constatan entonces que la producción nacional casi ha desaparecido, y que están en competencia frontal para encargar en urgencia los equipos necesarios para limitar la mortalidad. El coronavirus precipita la toma de conciencia del grado de dependencia internacional de la mayoría de las economías, en términos de principios activos entrando en las medicinas susceptibles de curar a los enfermos. Esto es el resultado de una serie de decisiones de relocalización tomadas por las empresas con el fin de reducir sus costos y asegurar su rentabilidad. Las autoridades sanitarias nacionales descubren la amplitud de las escaseces, y se libran a una puja para adquirir materiales y productos indispensables para tratar a los enfermos, sobre todo en China y, en menor medida, en India donde se concentra su producción. Al mismo tiempo, muchos países prohíben la exportación cuando por suerte aún producen. Los aparatos sanitarios nacionales no solo no cooperaron entre ellos, sino que la OMS se contentó con hacer el papel de lanzador de alertas repetidas y emisor de recomendaciones de buenas prácticas. Los Estados rápidamente entraron en competencia, en la medida en que se dirigían al mismo tiempo a las únicas industrias capaces de proveer medicinas y equipos sanitarios para luchar contra la Covid-19. Así, se vio, a inicios de la pandemia, Estados miembros de la UE disputarse lotes de cubrebocas como vulgares ropavejeros. Su competencia fue tanto más aguda y feroz que, además, la “mundialización” del capital había operado

dos casos, la crisis del coronavirus puso en evidencia las interdependencias estrechas entre las actividades productivas situadas en diferentes lugares del planeta. En las últimas tres décadas, se constata la importancia creciente de las producciones coordinadas a nivel internacional. Las interdependencias y la fragmentación de las cadenas de producción (o **cadenas de valor mundial**)<sup>59</sup> son cuestionadas por la pandemia de la Covid-19. Las cadenas de valor, productos de la mundialización y portadoras de ganancias de productividad, fueron cuestionadas por la pandemia. La crisis del coronavirus plantea la cuestión de la vulnerabilidad a los choques que afectan los países socios, así como a las perturbaciones de los transportes internacionales, y a las condiciones legales e institucionales en las cuales los flujos de mercancías pueden circular. Mientras las tensiones comerciales se exacerban, y en tanto nos podemos preguntar en qué medida esta crisis sanitaria puede prefigurar otras, esta constatación lleva a considerar con atención la naturaleza de los arbitrajes realizados entre la optimización de los costos y la vulnerabilidad de las cadenas de valor.<sup>60</sup> Para los Estados, la realización del grado de dependen-

en el seno de estas industrias conduciéndolas a relocalizarlas concentrándolas en algunos “Estados emergentes” (China e India en particular), privando de golpe numerosos Estados centrales (incluso en Europa) de todos los recursos de este orden en su propio territorio. Se dieron cuenta en este momento, cuanto este proceso, alentado por las políticas neoliberales de restricciones presupuestales, los había vuelto dependientes y había precarizado la seguridad sanitaria de sus poblaciones (Boyer, R; 2020:66,85; Bihl, A., 2021a: 40-41).

59 El término cadena de valor mundial se utiliza para designar el hecho de que diferentes etapas de producción, repartidas entre varios países, encuentran su lógica en una estrecha complementariedad, el encadenamiento de las fabricaciones intermediarias y de las transformaciones, desembocando en un producto terminado. Las relaciones comerciales más intensas permiten una más grande división del trabajo, es decir, una distribución de tareas entre los países en función de sus ventajas comparativas, según el concepto clásico de David Ricardo, ilustrado por el ejemplo del vino producido por Portugal, y del paño fabricado en Inglaterra, que son intercambiados en beneficio de los dos países. Sin embargo, esta visión simplificada de la producción y del comercio no ha sido nunca completamente exacta: el paño tejido en Inglaterra utilizaba algodón importado de Estados Unidos, un ejemplo de comercio de insumos intermedios. El tejido inglés era después exportado al mundo entero donde a menudo se le utilizaba para fabricar ropa revendida en otros países. Las cadenas de valor son internacionales, incluso mundiales, en cierta medida desde hace mucho tiempo. La fragmentación internacional de los procesos de producción puede tomar muchas formas, pero se distinguen dos principales: la cadena en forma de serpiente y la cadena en forma de araña. La cadena en forma de serpiente designa la transformación sucesiva de un mismo producto, por ejemplo, cuando el algodón es tratado en un primer país, después tejido en un segundo y confeccionado en uno tercero. La cadena en forma de araña designa la convergencia de componentes viniendo de países diferentes hacia el país de ensamble, como el caso de los iPhone ensamblados en China. Naturalmente, la realidad es más compleja, mezclando las dos lógicas (Jean, S., Reshef, A., Santoni, G., 2020).

60 La pandemia hizo tomar conciencia de la importancia de la salud y la alimentación, pero también de muy numerosos sub-sectores que constituyen “nudos estratégicos”, para asegurar la soberanía de un país. Se redescubrió así el papel principal de los subcontratistas, a menudo subestimado en el pasado reciente. Es el caso del automóvil, la química, la mecánica y muchas otras industrias. A este respecto, se recomienda –en el caso de Francia– el regreso a la previsión y la medida gracias a la planificación indicativa. Conocer precisamente la tasa de dependencia exterior de una economía, producto por producto, y debatir democráticamente al respecto, parece una evidencia (Artus, P. / Pastr, O., 2020:32).

cia de China y de otros proveedores alejados sonó como un recordatorio de duras realidades. Para proveerse de implementos de protección (cubrebocas), pero también procurarse los principios activos indispensables al aumento de la producción de ciertos medicamentos esenciales, los Estados se vuelven tributarios de países alejados geográfica y políticamente.<sup>61</sup> Situación que recuerda que, para tales productos indispensables al ejercicio por el Estado en sus misiones soberanas –como en el caso de los productos alimenticios, los materiales de defensa y las infraestructuras numéricas–,<sup>62</sup> la dependencia debe de ser controlada. En la hora en que la Unión Europea muestra su voluntad de afirmar su autonomía estratégica, es un desafío de talla. Que se considere un motor de desarrollo y de innovación o un desvío con muchas consecuencias, el auge de las cadenas de valor mundiales es el signo –quizás– el más destacado de las transformaciones económicas de las tres últimas décadas, que abrieron una nueva era de la mundialización. La deflagración económica provocada por la crisis sanitaria arrojó una luz sobre las interdependencias que de ello resultan (Jean, S., Reshef, A., Santoni, G., 2020).

La pandemia de la Covid-19 mostró la impotencia de los regímenes de crecimiento neoliberales para responder a las crisis sociales, sanitarias, del medio ambiente de envergadura mundial. El calentamiento climático en curso forma parte de un problema aún más amplio, de viabilidad de las interac-

61 El comercio de productos farmacéuticos trasparenta las estrategias industriales de los grandes grupos del sector. Sometidas a una fuerte presión sobre los costos, y a exigencias restrictivas en materia de medio ambiente, las empresas multinacionales escogieron dejarle a Asia las actividades más básicas y con más débil valor agregado, y recenterar sus actividades en Europa en sustancias terminadas, requiriendo un saber-hacer específico. En estas condiciones, se constata una dependencia creciente “hacia atrás” con respecto al Asia emergente, donde la concentración de los proveedores fragiliza la seguridad de los aprovisionamientos. Actualmente, la poderosa industria farmacéutica europea ya no es capaz de garantizar un acceso continuo a los cuidados de salud en su propio continente. La estrategia de las empresas, privilegiando el control de los costos y la rentabilidad financiera, fragilizó la seguridad de los aprovisionamientos. La crisis sanitaria solamente actuó como un revelador de vulnerabilidades estructurales aparecidas en los años 2000 (Cotterlaz, P. *et al.*, 2022).

62 Cuando llega la pandemia, la situación es radicalmente nueva para la mayoría de los actores, pero no para la economía digital que se revela bien adaptada al contexto del confinamiento. En la época de la distanciamiento física, las empresas que se habían adherido al e-commerce pudieron continuar respondiendo a las demandas de sus clientes, siempre y cuando se asegure la continuidad de la logística, dominio clave, por ejemplo, para Amazon. Así, se opera una bifurcación entre las empresas que plenamente incorporaron los instrumentos de gestión integrada y digitalizada (incluyendo el tele-trabajo), y las que debieron adaptarse rápidamente en un contexto de cuasi desaparición de su demanda y riesgo de quiebra. El carácter transnacional de las redes organizadas por los GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft) permite contrarrestar parcialmente las medidas proteccionistas que el pánico sanitario sugiere a los gobiernos: en un sentido, limitan el freno y después la contracción del comercio mundial. De paso, el capitalismo de plataforma extiende su influencia reclutando nuevos clientes, hasta ayer reticentes. La insolente salud financiera de los GAFAM se opone a la fuerte dependencia del crédito de las otras empresas. El agotamiento de la tesorería de estas últimas vuelve necesarias las garantías de crédito acordadas con los planes de apoyo, y su solvencia se vuelve problemática a medida que dura el confinamiento. Las GAFAM tienen grandes posibilidades de sobrevivencia y de reforzarse, lo que no es el caso para todas las empresas cuya rentabilidad desaparece si perdura la distanciamiento social (transporte aéreo, turismo, restauración, espectáculos, cultura) (Boyer, R., 2012:101).

ciones entre el medio ambiente natural y la lógica capitalista, que domina hoy las sociedades. En materia de crisis sanitarias, es necesario distinguir las causas primarias que las hacen **emerger** de los vectores de **difusión**. Los brotes epidémicos no son nuevos<sup>63</sup> ni forzosamente más numerosos, pero su naturaleza cambió. Las enfermedades infecciosas, habiendo emergido en la segunda mitad del siglo xx, fueron identificadas como ampliamente vinculadas al mundo animal: hasta 60% de estas enfermedades eran en efecto zoonosis, es decir, enfermedades transmitidas habitualmente entre animales y humanos, de las cuales tres cuartos se debían a la fauna salvaje. Se trata de enfermedades emergentes de origen animal, vinculadas al traspaso de las “barreras de las especies”, profundamente fragilizadas por los perjuicios al medio ambiente. La destrucción masiva de la biodiversidad abre diversas avenidas a la difusión de las zoonosis.<sup>64</sup> El Antropoceno, entendido como Capitoloceno, es decir la edad en la cual el capital y sus operadores (financieros e industriales) tomaron el comando y el control del extractivismo, y abrieron así una era de destrucciones encadenadas y engarzadas unas en otras, en la cual estamos hoy sumergidos. La edad del Antropoceno es también la de las epidemias y pandemias “emergentes” a repetición (Coriat, B., 2020: 14, 18,42).<sup>65</sup> Cuatro factores esenciales de emergencia de estas zoonosis pueden

63 La pandemia de la Covid-19 provocada por el virus SARS-CoV-2 forma parte de una larga sucesión de pandemias virales, cuya frecuencia se aceleró durante los últimos años. El VIH/sida (aparecido en 1981), el síndrome respiratorio agudo severo (SRAS) que hizo estragos entre noviembre de 2002 y julio de 2003 (ya ocasionado por un coronavirus), la gripe aviaria en 2004 debida al virus H5N1, la gripe debida al virus H1N1 en 2009, el MERS-CoV que hace estragos en Medio Oriente desde 2012, sin siquiera evocar los brotes de Ebola en África del Oeste y de Zika en Brasil, o el dengue cuya prevalencia no deja de extenderse a nivel planetario, son los ejemplos más conocidos de algunas de las decenas de enfermedades emergentes o periódicamente re-emergentes (Bihl, A., 2021a:47).

64 La multiplicación de las zoonosis se debe a la actividad de los hombres, especialmente a las destrucciones efectuadas cada vez más profundamente en el corazón de los bosques, para desplegar actividades económicas diversas, poniéndolos en contacto con especies animales y los focos de virus que alojan, contra los cuales ninguna inmunidad se ha constituido. Sobre todo, la destrucción de la bio-diversidad a la cual dan lugar estas actividades –que a menudo consisten en monocultivo– aniquila los delicados equilibrios ecológicos locales y crea la difusión de nuevos virus. Mientras más se destruya la Amazonia para plantar soja transgénica, más se talen los bosques de Malasia o Indonesia, y mañana los del Congo para implantar el monocultivo de aceite de palma, más se pretenda hacer de los bosques quemados pastizales para producir carne bovina, en pocas palabras, mientras más se destruyan los ecosistemas, más se multipliquen las zonas de contacto, más se abre la vía y el camino a estas zoonosis (Coriat, B., 2020:33).

65 El Antropoceno se entiende generalmente como una “edad” de la evolución geológica del planeta, caracterizada por el hecho de que la actividad humana-económica e industrial- se manifiesta de manera muy fuerte e intensa perturbando sus equilibrios eco-sistémicos. El Antropoceno es la palabra clave que se ha impuesto para pensar esta edad en la cual el modelo de desarrollo actualmente dominante se volvió una fuerza telúrica, al origen de los desarreglos ecológicos profundos, múltiples y sinérgicos a escala global. En una palabra en su acepción más general designa el momento en que las actividades humanas se volvieron la principal fuerza actuante del devenir geológico de la Tierra trayendo con ello un conjunto de desajustes mayores. Se considera que es el modo de desarrollo nacido del capital y de la propiedad privada, de la prosecución desenfrenada de la explotación de recursos del planeta por los mega-actores que son las grandes multinacionales, quienes están en el

ser detectados: 1) La mayor penetración de los hombres en espacios preservados. Deforestación y comercio y consumo de especies salvajes. Si el contacto con patologías que existían en la fauna salvaje ha tenido siempre tendencia a engendrar epidemias, incluso pandemias en la historia, el número de especies implicadas en el paso de patógenos entre humanos y animales no cesa de multiplicarse. El problema no proviene de las especies portadoras de patógenos, sino del empobrecimiento de los ecosistemas, que reduce los

origen de los desarreglos constatados. Según esta visión de las cosas, el Antropoceno es un Capitoceno en el sentido de que es el modo de desarrollo impuesto a la “humanidad” por el capital y sus operadores quienes están en el corazón de la explicación de las destrucciones constatadas y de la entrada en una nueva edad geológica. Dicho de otra manera, no es la actividad humana en si quien amenaza con destruir nuestro planeta sino la actividad humana como es acondicionada por el modo de producción capitalista. A este respecto se ha señalado que el modo de acumulación “fordista” caracterizado por una articulación entre producción y consumo de masa, por su extensión en el espacio, condujo a un nivel de consumo de energía y de materias primas sin precedente, empujando el extractivismo a niveles nunca alcanzados antes. El extractivismo se entiende aquí como el conjunto de actividades (y de industrias que le sirven de apoyo) para extraer, directamente y en masa en el medio natural y sin regreso a él, recursos naturales que no se renuevan o poco, lentamente, difícilmente, costosamente. Para decirlo mejor, el extractivismo consiste en la destrucción de la bio-diversidad con la irrupción de la actividad humana en ecosistemas complejos y por naturaleza frágiles, sea para extraer un recurso ya disponible en el ecosistema (madera, pescado, petróleo o gas en medio subterráneo...), sea para después de destrucción del medio natural y del ecosistema prevalente implantar una mono-actividad (aceite de palma, soya, a menudo transgénica, rebaños de animales para carne...), con efectos destructivos, a menudo irreversibles, sobre bastos conjuntos naturales. El extractivismo no consiste en la única actividad de “extracción” concebida en el sentido estrecho de exacción de recursos, dado que para ser eficaz, o solo operativo, el extractivismo supone la implementación de vías de evacuación, de transporte y de circulación mundializadas. En efecto, el extractivismo requiere inmensas redes de transporte (carreteras, vías férreas, canales, pistas de aterrizaje, gasoductos, oleoductos, líneas de alta tensión, barcos y cargueros mercantiles...). Los confines del planeta son así unidos por vías de penetración múltiples que constituyen atentados a la integridad de los espacios naturales artificiales desde ahora instalados y distribuidos en el conjunto del planeta. En el corazón de los bosques destruidos y “destripados” penetran y se amontonan flujos ininterrumpidos de migrantes, jornaleros empleados de las grandes multinacionales de la extracción puestos en contacto con las poblaciones indígenas aun aisladas y con especies animales que constituyen focos de infección de donde surgirán y se expandirán las futuras zoonosis. Las dos denominaciones (Antropoceno y Capitoceno) no son contradictorias. Se necesitan las dos. El Antropoceno –un modo de relación de los hombres entre ellos y con la naturaleza centrado en el extractivismo- ha sido caracterizado a partir de un inmenso trabajo efectuado por investigadores de ciencias de la naturaleza y de la vida para determinar criterios objetivos de cambios (temperatura y clima, estado de la capa de ozono, velocidad del derretimiento de los glaciares y de los polos, reducción de la bio-diversidad...). Por otro lado, la noción de Capitoceno que emana de investigadores en ciencias sociales pone en evidencia como los cambios observados pueden y deben ser puestos en relación con los cambios en los modos de explotación de la naturaleza que han conocido trastornos masivos y han totalmente cambiado de escala con la emergencia y después el desarrollo del capitalismo. En este sentido, la aportación de las ciencias de la vida y la naturaleza por un lado y de las ciencias sociales por el otro se completan, incluso si se pueden constatar numerosos puntos de tensión en el encuentro de los dos discursos, lo que nutre y alimenta el debate sobre temas de gran importancia (Coriat, B., 2020:18-24, 34, 36-37, 48).

efectos de dilución de las posibilidades de paso hacia los humanos;<sup>66</sup> 2) Los desequilibrios de un ecosistema pueden favorecer la emergencia de los virus o de patógenos que proliferan. Así, el empobrecimiento de sus predadores permite a los moscos proliferar y con ellos las enfermedades que transmiten; 3) El aumento de la promiscuidad humana-animal, vinculada al comercio de animales domésticos, y sobre todo a la ganadería industrial, crea incubadoras para la producción de pandemias con la selección de razas productivas, genéticamente homogéneas y muy poco resistentes a las enfermedades, pero aseguradas con instalaciones cerradas o usos preventivos de productos anti-parásitos o antibióticos. La propagación de un virus emergente es entonces muy rápida, debido al número y la sensibilidad de los animales infectados;<sup>67</sup> 4) La emergencia de pandemias futuras bien podría provenir de la evolución del clima.<sup>68</sup> Esto se debe, por un lado, al reforzamiento de enfermedades de

66 Dicho de otra manera, la transmisión es favorecida por la presión de la especie humana en los medios naturales, que multiplica las ocasiones de contactos entre esta última y las especies animales salvajes (mamíferos, pájaros, serpientes, insectos, artrópodos) que ahí viven. Este es evidentemente el caso cuando se desarrolla el apetito por la carne de estos animales. Pero, más ampliamente, es la destrucción de sus nichos ecológicos bajo el efecto de la deforestación, engendrada por la extensión de los cultivos, de la ganadería, de la extracción minera, del hábitat, de las carreteras y supercarreteras, etc., en pocas palabras por la extensión inconsiderada del proceso global de reproducción del capital en detrimento de la biosfera, que obliga a las especies a encontrar refugio en los medios regularmente frecuentados o incluso ocupados en permanencia por los seres humanos. La multiplicación de estos contactos favorece la transmisión de agentes que, aunque son benignos en los animales salvajes en cuestión, pueden volverse patógenos pasando al hombre (Bíhr, A., 2021 a: 47-48).

67 A este respecto, se ha señalado que el *agrobusiness* capitalista contribuye de múltiples maneras a engendrar pandemias virales en el seno de la especie humana. El mecanismo es siempre el mismo. El agente infeccioso se encuentra generalmente albergado de manera benigna en una especie animal salvaje. Es tanto más susceptible de transmitirse a animales domésticos que estos se encuentran densamente concentrados en macrogranjas, como a las que da origen el *agrobusiness* por razones de economías de escala y de conquista de partes crecientes de mercado. Además, la frecuente localización de estas macrogranjas a proximidad de zonas de habitación popular desheredadas, que les proveen el grueso de su mano de obra, favorece las zoonosis que se expanden de las periferias hacia los centros urbanos, de donde pueden dispersarse más lejos todavía. Además, globalizando los intercambios, el *agrobusiness* abre la vía a la difusión planetaria de los virus y, en consecuencia, multiplica las ocasiones de contagio en el interior de una especie y de transmisión entre especies (Bíhr, A., 2021 a : 49).

68 El clima, junto con los océanos, los polos, la atmósfera y la capa de ozono, son los grandes bienes comunes globales en el sentido de Elinor Ostrom, Premio Nobel de Economía 2009. Dichos bienes se han vuelto ecosistemas, cuyos principios de reproducción son ahora golpeados por fuerzas resultantes de la actividad humana y de su industria. La mundialización, conducida bajo la égida del capital y de sus exigencias, ha operado de manera tan poderosa que entramos hoy en un mundo donde, bajo el efecto del cambio climático, rupturas con efectos catastróficos son, sin embargo, de ahora en adelante certeras. Y si nada cambia aumentarán en intensidad y en frecuencia. El extractivismo se apoya en dos fenómenos asociados: por un lado, la mercantilización cada vez más extendida de la naturaleza y en general de las actividades humanas y, por el otro, el derecho de propiedad, entendido como un “derecho absoluto a disponer de las cosas” que le sirve de fundamento. El extractivismo, la expoliación de la naturaleza, la destrucción de la biodiversidad, se han vuelto posibles porque en nuestras sociedades el derecho de propiedad es ante todo absoluto y exclusivo. Fuera de esta concepción, que incluye en el derecho de propiedad el de destruir los ecosistemas para extraer de ellos masivamente recursos singulares, no hay salvación. Cómo salir de esta trampa es la primera condición para pensar otro mundo, otra marcha de las cosas.

trasmisión vectorial, es decir que conciernen los animales (pájaros migratorios, insectos) transmitiendo enfermedades a otros animales o a los humanos, contaminando a otros humanos, y que desplazan sus zonas de distribución a causa del cambio climático. Por otro lado, el deshielo acelerado del permafrost hace correr el riesgo de que se despierten virus congelados desde los tiempos que superan la historia humana, y contra los cuales los humanos están desprovistos de todo tipo de inmunidad. El segundo aspecto de esta crisis es la rapidez de difusión a través del planeta. En solo dos meses se convirtió en una pandemia mundial. A este respecto, se ha señalado el rol de las megalópolis, la aceleración de los intercambios y las poluciones. En efecto, la densificación de las poblaciones humanas y la aceleración de los intercambios fueron características de la última mundialización. Más de la mitad de la población mundial vive en ciudades. A esto se agrega una aceleración de la circulación de personas, animales y productos, las oportunidades de difusión de enfermedades emergentes vinculadas a esta aceleración son inmensas. Aunado a esto, en el caso del coronavirus, la intensidad de la polución en las megalópolis puede crear condiciones de comorbilidad para los ciudadanos (Aglietta, M., Espagne, E., 2020).

El ascenso general de las desigualdades tiene un papel principal en el impacto de la pandemia en las sociedades. Según la teoría de los ciclos seculares de Peter Turchin, existe una correlación histórica entre el nivel de las desigualdades, la intensidad de vínculos entre territorios alejados y la virulencia de las pandemias. Según Turchin, las pandemias son más frecuentes durante los periodos de crecimiento de las disparidades sociales. Mientras más se afirma una clase en su abundancia, más gasta en consumo ostentatorio, a menudo productos de lujo de lugares alejados. Ahora bien, los virus viajan ante todo con el comercio a larga distancia. Este hecho no es nuevo: el desplome casi simultáneo de los Imperios chinos y romano en los primeros siglos de nuestra era se explican en parte por la virulencia de las epidemias que se difundían a lo largo de las rutas comerciales. Pero las movi­lidades eran entonces sin común medida con las de hoy. En los flujos humanos mundiales, la diferencia es particularmente marcada en las clases superiores. Su sociabilidad ha sido siempre internacional. Su movilidad, sin embargo, tomó una nueva dimensión bajo el efecto de la globalización y la urbanización planeta-

---

No habrá límites al extractivismo y no se preservarán los ecosistemas mientras el derecho de propiedad no sea replanteado. La corriente de pensamiento y análisis –conducida en términos de comunes y bienes comunes, iniciada por Orstrom– se consagró precisamente a pensar las condiciones en que las comunidades humanas, insertas en diferentes tipos de ecosistemas, pueden tanto vivir de los recursos que extraen en estos ecosistemas como vigilar a favor de su reproducción a largo plazo, es decir a favor de su sostenibilidad. Este vínculo central entre derecho (o facultad) de extraer y gozar de un recurso, bajo condición de preservación del ecosistema en su conjunto, es así pensado de una manera totalmente diferente a la que prevalece en la relación descrita entre derechos de propiedad, extractivismo y biodiversidad. Para la Premio Nobel, el desafío central, concerniendo los bienes comunes (que sean globales como la atmósfera o el clima) o locales (como es el caso de un bosque abierto y no protegido), consiste en transformarlos en “comunes”, es decir, dotarlos de una gobernanza que asegure su permanencia y su integridad (Coriat, B., 2021:24-25, 94-98, 113).

ria.<sup>69</sup> Entonces, las clases superiores se volvieron un super-difusor colectivo. Y este fue su papel durante el invierno 2020: cuando se retoma la cronología de los diferentes focos de infección identificados en el mundo, sorprende la importancia de los lugares frecuentados por las clases superiores. Si la pandemia de la Covid-19 saca a luz una cruel vulnerabilidad de los más pobres y los más marginales, sus modalidades de difusión fueron asociadas a las regiones más conectadas y mejor insertadas en la mundialización, y sus apariciones a las elites, incluso si, posteriormente, esta difusión se vuelve fuera de control entre los más desfavorecidos, como por ejemplo fue el caso en Chile y Perú.<sup>70</sup> En un segundo momento, el virus se difundió en forma amplia, tanto espacial como socialmente, sacando a luz en todos lados las condiciones de vida en los barrios pobres (promiscuidad, cohabitación generacional, etc.). De una manera general, la distanciamiento social es difícil en las ciudades perdidas, figuras mayores de la urbanización planetaria, que abrigan una considerable población de las grandes metrópolis africanas, latinoamericanas o asiáticas. Pero el virus igualmente se difundió siguiendo las redes constituidas por los sistemas metropolitanos (Gaille, M. / Terral, P., 2021:48-49).

El coronavirus va a agravar las desigualdades, sobre todo en los capitalismos dominados por el principio de la competencia. En efecto, como lo ha demostrado Thomas Piketty (2013, 2019), las desigualdades de ingresos y más aun de patrimonios son el talón de Aquiles de sociedades que llevaron más lejos la desreglamentación, la descentralización y la reducción de transferencias sociales. Por otro lado, los economistas del trabajo explicaron como el nivel de educación era un factor de segmentación del estatuto de los

69 De la emergencia de la Covid-19 a su difusión y de la respuesta pública a la crisis sanitaria a sus consecuencias económicas y sociales, muchos sucesos recientes pueden ser leídos y mejor comprendidos con el prisma de la urbanización planetaria. Muy esquemáticamente, esto se expresa en cuatro procesos estrechamente interconectados: la desaparición de los “mundos salvajes” (la urbanización extendida explica la frecuencia acelerada de la emergencia de nuevas zoonosis), la interconexión mundial de territorios (que explica esta vez la rapidez mundial de los nuevos virus), el ocultamiento de la dicotomía entre ciudad y campo (en Europa, el virus primero transitó por lo periurbano y las estaciones de esquí antes de ganar el centro de las ciudades) y finalmente la planetarización de las desigualdades urbanas. La principal enseñanza de una lectura de la pandemia de la Covid-19, con el prisma de la urbanización planetaria, es que los espacios son más que nunca interdependientes (Gaille, M. / Terral, P., 2021: 153-154).

70 La vulnerabilidad social vinculada a la pandemia se manifestó. En Europa, los mecanismos de protección social actuaron plenamente, aunque de manera diferenciada según los países. En Estado Unidos, el liberalismo económico se manifestó brutalmente con una explosión del desempleo (22 millones de demandas de inscripción en dos meses), lo que implica una extrema precarización de las personas, ya que la pérdida de su empleo significa por lo general también la pérdida de su seguro de salud. En muchos otros países de América, donde las poblaciones que dependen de empleos informales para su subsistencia representan al menos la mitad de la población, el freno de la actividad o el confinamiento simplemente agotó las fuentes de ingreso, originando una dependencia brutal de la ayuda alimenticia del Estado, cuando existe. Si la mundialización había podido dar la impresión de una homogenización de las situaciones económicas, la crisis vino a recordar brutalmente que las diferencias de niveles de vida y de desarrollo no han desaparecido (Gaille, M. / Terral, P., 2021: 54-55).

asalariados. Igualmente una larga tradición de la sociología francesa, entre quienes destacaba Pierre Bourdieu, mostró que el sistema educativo, lejos de reducir las desigualdades vinculadas a la familia y al medio social, las amplificaba. Finalmente, las investigaciones de los urbanistas mostraron que las desigualdades se manifestaban en los territorios, al grado de que aparezcan procesos que conducen a la formación de cuasi-guetos o a zonas de marginalización con respecto a los servicios públicos, como lo manifestaron de manera explosiva en Francia las revueltas de los suburbios desde 2005 y de los “chalecos amarillos” en 2018-2019. La pandemia del coronavirus sacó a luz otra fuente de desigualdades: el acceso a atención médica que, por ejemplo, en Estados Unidos está condicionada a la ocupación de un empleo garantizando cobertura de salud. Esta brecha en el principio de igualdad se tradujo por una frecuencia mayor de enfermos del coronavirus entre los afroamericanos y los inmigrados latinoamericanos. La pandemia de 2020 encerró aún más estas minorías en la pobreza. Se verifica en este aspecto la diferencia con respecto a la situación en Europa, muy generalmente fundamentada en un mejor respeto del criterio de justicia social y en el universalismo de los derechos sociales (Boyer. R., 2020:44-45). La crisis de la Covid va, sobre todo, a ser desfavorable con los jóvenes. Resulta claro que en Francia, como en los otros países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), los jóvenes van a ser los grandes perdedores de la crisis de la Covid. El primer efecto de la crisis de la Covid sobre los jóvenes proviene de las dificultades de las empresas. Las empresas que conocen un retroceso de beneficio (al menos 40% de baja en 2020) se endeudan mucho para compensar su pérdida de cifra de negocios. En muchos sectores (industria, construcción, distribución, restauración...) la empresa sufre el alza de costos de producción debido a nuevas reglamentaciones sanitarias. Muchas empresas congelaron las contrataciones, lo que implica que los jóvenes que salen del sistema educativo no van a encontrar empleo, y va a haber una muy fuerte alza del desempleo de los jóvenes que ya era muy elevado antes de la crisis (la tasa de desempleo de los jóvenes era de 19.6% en Francia y de 10.2% en el conjunto de los países de la OCDE). Por otro lado, la crisis va a golpear fuertemente a los jóvenes ya que, a menudo, tienen contratos de trabajo cortos, empleos precarios y son los primeros en perder su empleo cuando la actividad económica retrocede. Actualmente, en Francia, 7% de los jóvenes activos son temporales, 17% son aprendices, 25% tienen contratos de trabajo cortos y serán fuertemente afectados por el retroceso del empleo. El tercer problema al cual van a confrontarse los jóvenes proviene de la política monetaria muy expansionista seguida por los bancos centrales.<sup>71</sup> El aumento considerable de

<sup>71</sup> La política macroeconómica implementada es la misma en todos los países de la OCDE: un alza masiva del déficit público (14% del PIB en 2020 para el conjunto de la OCDE) y una monetización masiva del déficit público por el Banco Central (el Banco Central compra títulos públicos emitidos y paga creando moneda). La monetización facilita enormemente la implementación de déficits públicos tan importantes, ya que las deudas públicas emitidas son vendidas a los bancos centrales y no deben ser vendidas a inversionistas privados, lo que haría aumentar las tasas de interés a largo plazo y reduciría la demanda. Pero es necesario

la oferta de moneda (+ 70% en un año para el conjunto de países de la OCDE, + 33% en un año en la zona euro) es propicio a la aparición de burbujas, entre las cuales destaca la burbuja inmobiliaria, lo que se convierte en un problema crucial para los jóvenes que quieren rentar o comprar un alojamiento (Artus.P., /Pastré.O., 2020: 61-62).

Cualquiera que sea la salida de la crisis de la Covid-19, esta debería volver más modestos a los economistas, sensibilizándolos a las aportaciones de otras disciplinas de las ciencias sociales. Aunque están bien armados para aconsejar cómo debería idealmente funcionar una economía de mercado, son menos claros para analizar el proceso de acumulación que está en el corazón de la dinámica de los capitalismos. Las crisis son analizadas como choques exógenos: los economistas debían entonces sobresalir en el análisis de las consecuencias de la pandemia efectivamente venida del exterior. Pero no es así, ya que el paro de la economía colocó en mala situación la mayoría de los arreglos institucionales y las reglas que aseguraban, sin que se tomara conciencia, una coordinación eficaz: la seguridad sanitaria, la confianza en las autoridades públicas,<sup>72</sup> la previsibilidad de los mercados, las comple-

preguntarse cuál será el efecto de esta colosal creación monetaria, es decir, de este colosal aumento de la base monetaria. La explosión de la creación monetaria puede conducir a la pérdida de confianza de los agentes económicos en la moneda, a la percepción de la desvalorización de la moneda. Aparece entonces la “fuga ante la moneda”, es decir el intento de los agentes económicos de “deshacerse” de la moneda ya que piensan que su valor va a deteriorarse. La fuga puede tomar tres formas: Primero, si un solo país practica una política monetaria ultra-expansionista, los residentes de ese país convierten su riqueza en otras divisas. Hay entonces, enormes salidas de capitales, una muy fuerte depreciación del tipo de cambio e inflación debida a la depreciación del cambio. Es lo que se observa, por ejemplo, en el periodo reciente en Argentina. Pero hoy, todos los grandes países de la OCDE (Estados Unidos, zona euro, Reino Unido, Japón) practican una política monetaria extremadamente expansionista. No hay entonces razón de pasar de una divisa a otra entre el dólar, el euro, la libra esterlina, el yen, y es por ello que en el periodo reciente los tipos de cambio entre estas divisas se mantuvieron muy estables. En segundo lugar, los agentes económicos pueden intentar deshacerse de la moneda comprando bienes y servicios; el alza importante de la demanda de bienes y servicios origina inflación. Es el mecanismo habitual de la hiperinflación, pero desde hace 30 años, en los países de la OCDE, ya no hay correlación entre la creación monetaria y el alza de precios de bienes y servicios. Una nueva correlación apareció entre creación monetaria y alza de los precios de los activos financieros e inmobiliarios. Se trata del mecanismo de “reequilibrio de carteras”: la creación monetaria implica que los ahorradores mantienen inicialmente demasiada moneda en relación con sus deseos; intentan entonces –como una tercera posibilidad– “deshacerse” de esta moneda comprando otros activos (acciones, obligaciones, bienes inmuebles). En el equilibrio, la cantidad de moneda permanece sin cambio, pero la estructura de carteras y de los patrimonios se reequilibra gracias al alza de los precios de los activos debido a estas compras. La enorme cantidad de moneda creada por los bancos centrales va entonces a provocar, cuando la confianza de los ahorradores-inversionistas mejore, este flujo de compra de activos y la aparición de burbujas, sobre todos los precios de los activos: fuerte alza de las cotizaciones bursátiles, de los precios de los bienes inmuebles, más allá de lo que implicaría el valor fundamental de estos activos (Artus, P. / Pastré, O., 2020:88-90, 93-95).

<sup>72</sup> Además de la confianza gubernamental, existe la confianza interpersonal, medida por el porcentaje de ciudadanos en cada país que declaran tener confianza en los otros, fuera del círculo privado. En los países donde la confianza interpersonal es elevada, los individuos tienen más confianza por lo que toca al respeto voluntario de la distanciaci3n social en el es-

mentariedades sectoriales, la sincronización de los tiempos sociales –escuela, transporte, trabajo, distracciones–, un cuadro jurídico que define las responsabilidades de quienes deciden en materia de incertidumbre radical. Son muchas variables que superan el campo económico implicando las diversas disciplinas de las ciencias sociales. En términos prácticos si es fácil detener la actividad, es otra cuestión reactivarla. La pandemia puso en evidencia cómo la creencia en la virtud de los mercados progresivamente debilitó las competencias y capacidades de acciones colectivas, en particular a través del Estado central y las entidades locales. Esta laguna corre el riesgo de volver larga y difícil la salida de la crisis de la Covid-19 (Boyer.R., 2020: 17-18).

El ideal europeo de una economía sometida al control de los ciudadanos está lejos de salir engrandecido del episodio del coronavirus. En conjunto, Europa no fue capaz de crear un número suficiente de empresas de la economía de la información, lo que pesa sobre su dinamismo y consagra una dependencia tecnológica, cierto en forma parcial, pero preocupante. Contra lo que apuntaba el tratado de Lisboa, la Unión Europea no se volvió el polo más dinámico de la economía mundial, aunque encarnando un ideal de justicia social. En efecto, las desigualdades de ingresos y patrimonio –como lo demostró Piketty (2013, 2019)– no conocieron los aumentos observados en el mundo anglo-sajón, pero las transferencias sociales necesarias fueron difíciles tomando en cuenta la debilidad de la base industrial, particularmente en Europa del Sur. Además, el control democrático continuó ejerciéndose en los Estados miembros, pero bastante poco en Bruselas, Estrasburgo y Fráncfort. La debilidad de Europa como potencia mundial se manifestó a lo largo de las dos últimas décadas, y se corroboró con la irrupción del coronavirus. Estados Unidos y China fueron los dos polos con respecto a los cuales se vincularon las redes de investigadores, sin que apareciera en Europa un centro autónomo, lo que subraya la débil integración de la Unión Europea en materia de investigación, a pesar de los múltiples programas comunitarios. Fue necesario esperar tres meses para que la Comisión Europea lanzara un programa de apoyo a los Estados miembros que comportara una vertiente sobre la investigación y la innovación (Boyer, R., 2020: 129-130, 134-135).

La lucha contra el coronavirus no encuentra su lugar en la distribución de competencias de la Unión Europea. En efecto, en la distribución de competencias entre los países miembros de la Unión Europea, la salud pública obedece al principio de subsidiaridad,<sup>73</sup> al igual que la política social. Más allá de este argumento jurídico, no resulta claro que la responsabilidad de la

pacio público. Esto conduce a una menor demanda de restricciones formales estrictas como el confinamiento. Los países que entraron en la crisis con niveles de confianza interpersonal más elevados recurrieron a políticas de confinamiento menos estrictas en el primer semestre 2020, que reposaron más en la confianza en los ciudadanos. Además, es posible que, en situación de crisis, un débil nivel de confianza interpersonal vuelva más difícil la coordinación de los actores para continuar la actividad (Algan, Y. / Cohen. D., 2021:4).

<sup>73</sup> El principio de subsidiaridad es una máxima política y social según la cual la responsabilidad de una acción pública, cuando es necesaria, corresponde a la entidad competente más cercana de los que son directamente afectados por la acción.

lucha contra las pandemias pertenezca al nivel intermedio que es la Unión Europea. En efecto, por naturaleza, la salud pública vinculada a las epidemias es un bien público mundial que debería ser defendido y organizado a este nivel. Este es precisamente el papel de la Organización Mundial de la Salud. En estas condiciones, el reproche es entonces el de la poca importancia de esta organización internacional con respecto a otras instituciones del sistema de Naciones Unidas (Boyer, R., 2020: 140-141).

Desde hace mucho tiempo los países de Europa del Sur habían propuesto crear un fondo de solidaridad que permita superar la divergencia de trayectorias nacionales. Sin embargo, los dirigentes del Norte sistemáticamente bloquearon una Europa de las transferencias, ya que para ellos está en ruptura con respecto a su concepción de una integración fundamentada en el respeto de una regla común de buena gestión. En mayo de 2020, una iniciativa franco-alemana reactiva este debate: un fondo de 500 billones de euros debería ayudar a los países a superar la crisis del coronavirus. La Comisión Europea acepta el principio. El programa “próxima generación de la Unión Europea” propone a los gobiernos y al Parlamento Europeo **instituir un instrumento europeo** para proteger la vida humana, recuperar la economía y favorecer la resiliencia de las sociedades. La novedad es considerable. Se trata de ayudas, y no préstamos reembolsables, financiadas con la **emisión de títulos europeos**, que serán en cierto plazo reembolsados con impuestos directamente abonados al presupuesto comunitario. Este vuelco, con respecto a los principios de la ortodoxia del ordo-liberalismo, se debe a la percepción de la urgencia: en ausencia de iniciativa, la situación iba a desembocar en una nueva crisis del euro, como durante la crisis griega, con la perspectiva de un quiebre del mercado único. En estas condiciones, Alemania sería una de las primeras víctimas, en la época en que las empresas se retiran, en cierta medida, de la globalización, y se centran en el espacio europeo. El plan europeo se supone que es una respuesta transitoria al coronavirus y que debe acabarse con este episodio: antes que nada, se concibe para anticipar la oposición a una Europa de las transferencias, de parte de países que dudan de la aceptabilidad de su opinión pública de ayuda a países que no han sabido o no han podido respetar las reglas comunes. El cuadro presupuestal europeo es regularmente objeto de debates y cuestionamientos. Como sabemos, se construyó desde el tratado de Maastrich (1993), con la idea de que la conformidad de los presupuestos nacionales a reglas numéricas era suficiente para la sostenibilidad de las deudas públicas y la coordinación presupuestal europea.<sup>74</sup> El Pacto de estabilidad y crecimiento implementado en 1997 clarificó y completó los criterios

<sup>74</sup> Recordemos que los dos criterios aún en vigor son que el déficit público debe ser inferior a 3% del PIB, y la deuda pública bruta inferior a 60% del PIB. En previsión de la adopción del euro, un marco presupuestal trataba de evitar que un país, siguiendo una política presupuestal muy expansionista, conociera niveles insostenibles de deuda, llevándolo a solicitar una ayuda de otros países o una reestructuración de la deuda pública. Esta situación corría el riesgo de desestabilizar la zona euro, conduciendo a alzas de las tasas de interés que penalizaran a los países miembros.

presupuestales establecidos en el tratado de Maastrich. Las consecuencias de la crisis financiera de los subprimes en 2008 (Guillen Romo, H., 2013) condujeron a un primer movimiento de complejización, para dar más flexibilidad a los países en la gestión de su presupuesto.<sup>75</sup> Como en 2009, la amplitud del choque de la crisis de la Covid-19 condujo a ya no aplicar las reglas numéricas europeas movilizando la cláusula de salvaguarda general del Pacto de estabilidad y crecimiento (GEC por *general escape clause*). Así, el 23 de marzo de 2020, el Consejo activa por primera vez la GEC con el fin de dejar un amplio margen de maniobra a los Estados miembros para adoptar medidas de urgencia con importantes consecuencias presupuestales. Además, el 20 de mayo, la Comisión decide no colocar a los Estados miembros bajo el procedimiento de déficit excesivo, aunque se haya reconocido que ningún Estado miembro cumpla con el criterio de déficit (Ragot, X., 2021).

En el proceso de negociación que se abrió en mayo del 2020, los países “frugales” del Norte podrían aceptar el principio de ayuda, pero exigiendo en contrapartida condiciones estrictas impuestas a los países beneficiarios, como el tratamiento impuesto a Grecia en el pasado reciente.<sup>76</sup> La Unión Europea solo puede prosperar si la divergencia entre logros económicos y niveles de vida observados después de 2008, entre el Norte y el Sur, se interrumpe en favor de un crecimiento más igualitario en el seno de los países y entre ellos. A este respecto, las transferencias masivas en favor de Italia solo son una solución transitoria si, por ejemplo, una ambiciosa y perseverante política industrial no viene a reactivar las perspectivas de mejorar el nivel de vida de los italianos. Igualmente, los gobiernos de Europa central pretenden beneficiarse de las ayudas de la Unión, sin satisfacer sus exigencias en materia de democracia y Estado de derecho. La tensión entre “populistas” (nacionalistas soberanistas) y “progresistas” (federalistas) recorre Europa, y limita fuertemente la probabilidad de la formación de una identidad política común. A juicio de Robert Boyer, dos concepciones antagónicas de la sociedad en el seno de un mismo país se enfrentan: la identitaria-conservadora y la internacionalista-progresista. La primera defiende la nacionalidad, el Estado protector, la adversidad al riesgo, el impuesto y su redistribución, los servicios públicos provistos por el Estado, el rechazo a la inmigración y el Es-

<sup>75</sup> Se trataba de una integración progresiva del análisis económico para no conducir a recomendaciones pro-cíclicas que reclaman, en particular, alzas de impuestos en periodo de desempleo elevado. Un progreso importante fue la introducción de la noción de déficit estructural más bien que de déficit nominal: como sabemos, el déficit estructural subtrae del déficit nominal los componentes cíclicos, debidos en particular a la baja de ingresos fiscales cuando el crecimiento disminuye. Esta medida toma la brecha de producción como un dato. Esta última es la diferencia entre el nivel de PIB observado y el nivel potencial, que es el valor inducido por una utilización normal de factores de producción. Así, en recesión el nivel de actividad es inferior al nivel normal, por lo que la brecha de producción es negativa, los ingresos fiscales son inferiores a su nivel normal, el déficit nominal siendo entonces elevado, pero el déficit estructural más débil (Ragot, X., 2021:69-70).

<sup>76</sup> Además de ello, los países “frugales” obtuvieron una rebaja en sus contribuciones al presupuesto común, una reducción drástica al financiamiento de los bienes públicos europeos como la educación, el programa InvestEU y la salud (Bozou, C., 2022:24).

tado como instrumento de organización de la economía. La segunda está por la apertura internacional, el Estado empresario, el riesgo en el corazón de la economía, el impuesto a tasa única, la privatización de los servicios públicos (salud, educación...), una contribución positiva de la inmigración a la economía y el mercado como garantía de eficacia. Dicho de otra manera, a los que defienden la nación como espacio de solidaridad se oponen los partidarios de la integración a la economía mundial, que se supone es portadora de modernidad. Para mayoría de los identitarios, el Estado tiene por función proteger a los más débiles, mientras que para los internacionalistas-progresistas, debe ser el aliado de los empresarios que construyen un nuevo mundo. El riesgo es percibido de manera diferente: como una amenaza para los identitarios y como una fuente de progreso para los internacionalistas. Para los identitarios la redistribución, a través de la fiscalidad, debe implementar una progresividad del impuesto, mientras que los defensores de la internacionalización militan por un impuesto a tasa única, para alentar el beneficio y el dinamismo económico. Los identitarios están apegados a los servicios públicos asegurados por el Estado, mientras que los progresistas ven ahí una fuente de ineficacia, que las privatizaciones o las asociaciones privadas-públicas permiten superar. Las percepciones en materia de inmigración son completamente opuestas: una amenaza para unos, un beneficio para la economía nacional para los otros. Todas estas oposiciones se polarizan en dos concepciones de la economía muy diferentes: para unos, el Estado debe ser el regulador y el tutor de la economía, para los otros solo la competencia en los mercados puede promover el dinamismo económico y la mejora del nivel de vida (Boyer, R., 2020:142-144, 164-165).

En el otoño de 2020, dos amenazas económicas se cernían sobre la estrategia de salida de la crisis. ¿La explosión de gastos y de garantías del Estado, sin precedente desde los periodos de guerra, no corría el riesgo de desembocar sobre un resurgimiento de la **inflación** que pudiera amenazar el orden monetario o el incumplimiento de los Estados, incapaces de honrar el reembolso de la **deuda**? Sobre estas cuestiones el debate opuso dos clanes: por un lado, los defensores de la economía de mercado, y los adeptos del ordo-liberalismo, reafirmaban que un Estado no puede gastar más de lo que colecta en ingresos; mientras que los intervencionistas, por lo contrario, insistían en la capacidad del Estado a nunca reembolsar su deuda, ya que el más poderoso de ellos también emite la moneda internacional que es el dólar. De cualquier manera, durante la crisis sanitaria se constatan dos violaciones de la ortodoxia económica –refinanciamiento monetario de la deuda pública y aceptación de un déficit estructural en mediano plazo– que exploran una tierra desconocida para la teoría económica estándar (Boyer, R., 2020: 167, 171).

La rapidez de difusión de la Covid-19, la generalización de medidas de confinamiento y la cooperación de los investigadores para descifrar este nuevo virus, hizo tomar conciencia a los ciudadanos de todos los países de que se trata de un peligro de naturaleza mundial. Jamás había sido tan intensa la

percepción de un destino común, de una aldea global, al punto de volver finalmente audibles los discursos sobre la necesidad de luchar también contra el cambio climático y preservar la diversidad de las especies. Desafortunadamente, así como el FMI está bien armado para responder a la urgencia de las crisis financieras, y dispone de numerosos medios de intervención, la OMS no dispone de los mismos medios para luchar contra las pandemias. Se limita a centralizar los datos transmitidos por los Estados y a dar consejos de buenas prácticas a los responsables nacionales.<sup>77</sup> Más profundamente, esta debilidad de la OMS se inscribe en un lento desmoronamiento de las instituciones internacionales, acentuado desde 2017 por la política americana de Trump de retirarse o bloquear el multilateralismo (Boyer, R., 2020: 178).

El capitalismo trasnacional de la información sale reforzado por la pandemia. Dicho capitalismo desde hace mucho se ha apoyado en el e-comercio y el tele-trabajo. La distanciamiento físico en el corazón de su modelo productivo, y las medidas de confinamiento, le permiten rápidamente conquistar nuevos clientes, desarrollar nuevas aplicaciones para la medicina, la enseñanza a distancia,<sup>78</sup> la gestión de reuniones de trabajo. Los financieros ven en la investigación médica uno de los raros sectores que salieron reforzados con la pandemia. Los gobiernos populistas ganan terreno en el campo ideológico, ya que la amenaza del virus, venido de fuera, justifica el control de las fronteras, la defensa de la soberanía nacional y el reforzamiento del Estado en la esfera económica (Boyer, R., 2020:183). Bajo el ropaje del civismo, los hogares confinados son en realidad alentados a replegarse sobre ellos mismos para protegerse, estimulados a proseguir por zoom la carrera entre agentes competitivos para la conquista de los mejores puestos. La crisis, a la vez sanitaria, social, económica, política, afecta todos los aspectos de la vida humana, la familia, el trabajo, las distracciones, la educación... Tiene efectos mayores en la concepción y la organización social e institucional de ciertas actividades humanas. Los retos educativos en particular han estado, en Francia, en el centro de estas cuestiones de organización de la vida cotidiana, con escuelas

77 “Lo que ha faltado hoy para responder a la crisis pandémica es una organización política de la salud mundial, enteramente orientada a la cooperación internacional, una organización cuyos contornos apenas deja percibir la oms. El papel actual de esta última no ha sido ciertamente nulo, pero se puede ver que su doble dependencia de los Estados y de los fondos privados no le da ni la autoridad ni los medios para cumplir su tarea” (Laval, C., 2022).

78 “¿Es posible compensar el cierre de las escuelas con la educación en línea? Lamentablemente, la educación en línea no puede establecerse en diez días, grandes sectores de la población carecen de conexión a la red y de instrumentos adecuados para acceder a ella, y los programas no están ni remotamente estructurados. En cualquier caso, nunca será como la educación presencial, a menos que el objetivo sea formar una sociedad de sujetos con competencias muy diferentes y niveles de habilidades polarizados, lo que también implicaría una polarización de las ‘oportunidades’. La enseñanza a distancia es una fuente de grandes brechas de aprendizaje entre estudiantes de diferentes orígenes socioeconómicos, y aumenta el riesgo de aislamiento para los estudiantes que viven en contextos marginales. Obviamente no faltan anécdotas sobre experimentos (casi) exitosos, tal vez en las escuelas y colegios de los barrios más ricos, pero también deberíamos preocuparnos y preguntarnos si la educación a distancia funciona para los estudiantes de barrios más pobres y marginados, que suelen tener una tasa de asistencia escolar muy baja” (Dosi, G., 2020: 188-189).

cerradas durante el primer confinamiento, después abiertas, todo o en parte, en una especie de “excepción francesa” en Europa, los vecinos de Francia cerrando más sus establecimientos escolares. La escuela en casa, con padres más o menos disponibles y potencialmente acaparados con el teletrabajo, la problemática del uso y el dominio de las tecnologías por los alumnos y sus padres, pero también por los profesores: constituyen trastornos generadores de desigualdades e inquietudes a nivel de la formación y la calificación de los jóvenes. Además del temor de una pérdida de competitividad económica debido a una baja de calificaciones, se plantea también la cuestión del devenir político y social de la juventud, su confianza en el porvenir, en sus representantes institucionales, la adhesión a un proyecto de sociedad compartida. De tal manera que nos podemos preguntar si este virus no está realizando finalmente el sueño último de los neoliberales: cada uno confinado solo en su casa ante su pantalla, participando en la digitalización integral de la salud y la educación, mientras que toda forma de vida social y de ágora democrática es decretada vector de contaminación. Si había comenzado por echar abajo el discurso neoliberal sobre la mundialización, el virus parecía permitirle, con el viraje digital, volver sobre sus pasos (Gaille, M., / Terral, P., 2021: 89-90; Steigler, B., 2021:34).

De lo antes expuesto se puede deducir que la crisis de la Covid-19 manifiesta al menos seis diferencias con las crisis precedentes (Artus, P. / Pastré, O., 2020 :7-12) :1) **El origen del choque es diferente.** El choque al origen de la crisis de la Covid es un choque de oferta. Por lo contrario, la crisis de los *subprimes* fue originada por un choque de demanda: la disminución de la demanda fue ocasionada por una disminución del crédito resultado de la crisis financiera y bancaria. El crédito bancario en los países de la OCDE aumentó de 10% en un año, a inicios de 2008; para finales de 2009 disminuía de 5% en un año. Durante la crisis de la Covid, el crédito bancario, por lo contrario, se acelera; 2) **Los países emergentes son más violentamente afectados.** La crisis de la Covid afecta violentamente los países emergentes, con la crisis sanitaria y el confinamiento, pero también las salidas de capitales (dos veces más importantes que en 2008), que conducen a una crisis de liquidez, a una crisis de deudas y una crisis cambiaria; 3) **La estructura sectorial de la economía es deformada.** Con la disminución de las compras de bienes durables, el recurso creciente al tele-trabajo y a las compras en línea, la disminución del turismo de masa, las nuevas políticas públicas, algunos sectores van a sufrir durablemente (automóvil, transporte aéreo, aeronáutica, inmobiliario comercial, distribución tradicional, restauración, hotelería, cultura); por lo contrario, otros sectores van a tener una fuerte actividad (nuevas tecnologías, telecomunicaciones, distribución en línea, salud, farmacia, agroalimentación). En los países de la OCDE, los sectores en dificultad emplean 115 millones de personas, los sectores en crecimiento 55 millones. Esta distorsión sectorial complica la salida de la crisis, ya que se necesitará una fuerte reasignación del empleo del primer grupo de sectores hacia el segundo. Esto

implica la necesidad de recalificaciones y un alza del desempleo estructural en tanto la reasignación no ha sido operada; 4) **La respuesta de la política económica es violenta e impresionante.** Todos los países decidieron compensar la pérdida de ingreso de las familias y las empresas con déficits públicos masivos (14% del PIB para el conjunto de la OCDE)<sup>79</sup> y todos los bancos centrales decidieron monetizar estos déficits públicos (la oferta de moneda del banco central aumenta 80% en 2020) para facilitar su financiamiento. El costo de la crisis es entonces vinculado al exceso de creación de liquidez, por ejemplo, la aparición en el futuro de burbujas, en particular sobre los precios de los bienes inmobiliarios; 5) **El modelo económico y social es cuestionado de manera más profunda y amplia que en 2008-2009.** La crisis de la Covid-19 hizo aparecer un debate generalizado sobre numerosos puntos de organización de las economías y las sociedades: el clima, las relocalizaciones,<sup>80</sup> las nacionalizaciones, la gobernanza de las empresas. El choque vinculado a la crisis desencadena estos debates, incluso si estas diversas cuestiones tienen poca relación directa con la pandemia; 6) **La crisis provoca efectos políticos**

79 Las intervenciones públicas fueron masivas, totalizando 16 billones de dólares hasta el verano 2021. La mayoría de los gobiernos comprendieron rápidamente que, si la lucha contra la pandemia imponía paralizar la actividad económica, implicaba igualmente proteger a las familias y las empresas de las consecuencias de estas restricciones. Lo hicieron ampliamente con un conjunto de medidas, incluyendo principalmente transferencias directas, la subvención del desempleo parcial, la extensión del seguro de desempleo, préstamos garantizados, posposición de cargas, compensaciones de pérdidas de actividad y otras medidas de acompañamiento. Cuando lo esencial del choque inicial parecía haber pasado, estas medidas fueron a menudo progresivamente reorientadas hacia la reactivación de la actividad, a través, en particular, de la inversión pública y privada, y el apoyo al ingreso de las familias. Más allá de la diversidad de las modalidades, el principio de estas intervenciones fue ampliamente compartido, al igual que la voluntad de darles una amplitud a la medida de la crisis, a pesar de la amputación de ingresos públicos inducida por la baja de actividad. Como resultado, el déficit de las finanzas públicas aumentó en todos lados, alcanzando 10.8% del PIB a escala mundial (contra 3.6% en 2019). Se trató entonces de intervenciones masivas y rápidas, sin precedente en tiempos de paz, que fueron implementadas en los países desarrollados, así como en algunas economías emergentes (China y Brasil, por ejemplo), evitando con éxito que esta crisis incomparable desencadenara una espiral depresiva de gran amplitud. (Jean, S., 2021:9).

80 La relocalización hacia los países emergentes, con costos salariales débiles, ha originado la pérdida de industrias estratégicas y de empleos industriales: el peso de las importaciones, sin contar la energía, de la OCDE desde los países emergentes pasó de 2% del PIB en 1990 a 7% del PIB hoy; el empleo industrial de los países de la OCDE pasó en el mismo periodo de 20% a 11% del empleo total. Las relocalizaciones en los países de la OCDE de actividades previamente relocalizadas en los países emergentes son inflacionistas, ya que los costos unitarios de producción son en 2020 dos veces más elevados en los países de la OCDE que en los países emergentes, incluyendo China. Las relocalizaciones resultarán primero de iniciativas gubernamentales, por lo que toca a actividades estratégicas: medicinas, material médico, material de telecomunicaciones, equipos para energías renovables... pero provenirán también de la iniciativa de las empresas. En el caso de Francia, las ventajas de la relocalización son evidentes tanto en el plano micro como macroeconómico: una menor dependencia y creación de empleos sobre el territorio nacional. Pero el reverso de la medalla no debe ser subestimado. Además de los plazos para implementar tal política, resulta claro que ésta se traducirá, debido a los costos salariales engendrados por un nivel de remuneración más elevado en Francia, por un riesgo de inflación y una pérdida de competitividad (Artus, P. / Pastré, O., 2020:32-33, 34-35, 87).

y geopolíticos importantes. La crisis de la Covid tiene efectos geopolíticos negativos, por ejemplo, una fuerte tensión entre Estados Unidos (potencia declinante) y China (potencia emergente). Para Estados Unidos (Trump), China es el responsable del desarrollo de la pandemia, al no haber señalado suficientemente rápido su presencia en China; pero también efectos políticos positivos, por ejemplo, el lanzamiento de un plan europeo de reactivación con financiamientos mutualizados.

Se puede explicar lo esencial de los desórdenes creados por el capitalismo “neoliberal”, implementado desde finales de los años 1970, por una exigencia anormalmente elevada de rentabilidad de capital para el accionista (ROE). La diferencia entre el rendimiento de los fondos propios (ROE) y la tasa de interés a largo plazo pasó en los países de la OCDE de tres puntos a inicios de los años 1990 a 13 puntos hoy. Esta diferencia solo puede parcialmente explicarse por un alza efectiva del riesgo de la empresa; resulta sobre todo de una exigencia más fuerte de rendimiento del capital, corregido del riesgo. Ningún modelo puede justificar una prima de riesgo de 13 puntos.

Se puede evocar también el reparto del ingreso desfavorable a los asalariados, de ahí la debilidad de la demanda de las familias, que ha sido necesario compensar con el endeudamiento público. De 1990 a 2020, el salario real por cabeza aumentó 22% en los países de la OCDE, en tanto que la productividad por cabeza aumentó 50%. Como fue necesario sostener la demanda de las familias, la tasa de endeudamiento público pasó de 60% a 120% del PIB en el mismo periodo.<sup>81</sup>

Para aumentar su rentabilidad, las empresas demandaron a los Estados una presión fiscal baja, de ahí una competencia fiscal y una fiscalidad ineficaz, que se concentra en los factores de producción que no pueden relocalizarse, y en bases fiscales que no se pueden relocalizar (inmobiliario, trabajo poco calificado). Así, la tasa de imposición de los beneficios de las empresas en los países de la OCDE pasó de 42% a inicios de los años 1990 a 26% actualmente.

Finalmente, una de las componentes importantes del capitalismo es la reconstitución de monopolios, posiciones dominantes y rentas de monopolio, lo que caracteriza en primer lugar las grandes empresas de Internet, pero también todos los sectores de actividad: este capitalismo “neoliberal”, siendo monopolístico, se ve que no es liberal, ya que en el pensamiento liberal y, sobre todo ordoliberal, es necesario que haya competencia (Artus, P. / Pastré, O., 2020: 34-36).

<sup>81</sup> Las deudas públicas alcanzan niveles inéditos, del orden de 120% del PIB en numerosos países, es decir, el doble del nivel considerado como máximo según el criterio de Maastricht. La crisis epidémica no ha terminado, y no se pueden excluir medidas de apoyo y de reactivación suplementarias. Conviene notar la existencia de un consenso internacional en favor de medidas de apoyo a las economías nacionales. En el marco europeo, la activación de la GEC (*general escape clause*) es el signo de este acuerdo. Por ello, a la vez el déficit público y la deuda pública ya no serán compatibles con el tratado. La conservación de un criterio de deudas de 60% ya no tiene sentido, incluso como ancla de muy largo plazo. Además, las deudas públicas son elevadas en muchos países, según estimaciones de la Comisión europea, del orden de 160% en Italia en 2020, de 130% en Portugal, 120% en Francia, pero solo 75% en Alemania. Así, la crisis de la Covid-19 aumentó entonces las divergencias europeas en materia de finanzas públicas (Ragot, X., 2021:72).

Se constata entonces que el capitalismo “neoliberal” crea ineficiencias económicas. Se observa además que la productividad del trabajo se frenó desde los años 1980, por lo que se puede afirmar que el capitalismo “neoliberal” está asociado a un crecimiento potencial más débil: pasó en los países de la OCDE, de entre 3 y 4% por año en los años 1950-1960, a alrededor de 1% por año en los años 2010. Este juicio negativo sobre el capitalismo “neoliberal” está vinculado, entre otros, a su ineficiencia económica. Se podría también agregar una dimensión moral o ética, ya que el capitalismo neoliberal ha estado asociado a un alza de las desigualdades y de la pobreza en los países de la OCDE. El problema esencial, desde el punto de la eficacia económica, con el capitalismo “neoliberal” es entonces que las externalidades generadas por las empresas no han sido internalizadas, lo que quiere decir que nada se ha hecho para que las empresas, por su comportamiento, no degraden el bienestar de otros agentes económicos. Se trata de **externalidades sociales** (retroceso del empleo industrial, alza de las desigualdades, deformación de la repartición de los ingresos en detrimento de los asalariados, fiscalidad concentrada sobre factores inmóviles de la producción), **externalidades económicas** (relocalizaciones excesivas incluso de empresas estratégicas, aparición de monopolios, palanca de endeudamiento excesiva de las empresas conduciendo a su fragilidad excesiva), **externalidades climáticas y del medio ambiente**. La cuestión que se plantea es de saber si es posible modificar la naturaleza del capitalismo internalizando las externalidades. Dicho de otra manera, se trata de saber si, tras la crisis del coronavirus, se podrá esperar una nueva forma de capitalismo que tomará mejor en cuenta las necesidades de los asalariados, del medio ambiente, la independencia económica de los países, que aceptará la competencia, una fiscalidad más equilibrada y la estabilidad financiera. Las opiniones públicas lo esperan, los gobiernos dicen desearlo, pero los obstáculos son mayúsculos: incapacidad de los Estados para implementar las incitaciones necesarias, para coordinarse y tener una visión estratégica; dificultades financieras graves de las empresas tras la crisis, que las empujarán más bien a buscar costos más bajos y a rechazar nuevas reglamentaciones; papel ambiguo de la finanza que, por un lado, empuja a las empresas a volverse más virtuosas (acelerando la transición de las empresas en materia climática, de medio ambiente, social y de gobernanza) pero, por otro, exige una rentabilidad muy elevada del capital para los inversionistas (Artus, P. / Pastré, O., 2020: 36-41).

El primero de los cambios, de orden conceptual, al que hay que proceder es reconsiderar todo un conjunto de categorías que formaban el pan cotidiano de la política económica. Así, para comenzar, hay que admitir que las políticas convencionalmente denominadas de “reactivación” ya no tienen sentido si no incluyen, plenamente y de entrada, perspectivas de largo plazo y comprometen las reorientaciones indispensables de nuestro sistema económico. En efecto, hay que acabar con las concepciones “clásicas” de reactivación, como se practicaron –durante las recesiones– después de la Segunda

Guerra Mundial. Esto quiere decir, por ejemplo, que no hay que pensar las políticas públicas simplemente en términos de “oferta” y “demanda”. Dichas políticas (como, por ejemplo, favorecer la inversión de las empresas o estimular el consumo) se deben plantear en términos de utilidad social y ecológica. Igualmente, razonar en términos de reactivaciones sectoriales (automóvil, aeronáutica, turismo...), con el fin de “salvar” tal o cual sector, no puede constituir un fin en sí. Salvar, por qué, por cuánto tiempo y preparando un porvenir durable, deben ser cuestiones previas a las cuales hay que darse el tiempo de responder. Por otro lado, hay que tener claro que toda política “activista” e intervencionista no es necesariamente keynesiana. Desde siempre, los liberales se sirven del poder público y lo instrumentalizan en beneficio de su propia visión del mundo y de la economía. Se ha incluso pretendido que lo propio del neoliberalismo es el apoyarse fuertemente sobre la intervención pública, para asegurar la dominación y la primacía de las asignaciones y coordinaciones a través del mercado. En este sentido, en Francia, y en varios países europeos, se ha utilizado la potencia pública del Estado para alcanzar un nuevo umbral en las políticas neoliberales (Coriat, B., 2020:170-171,182-183).

Tras la crisis de la Covid-19, resulta claro que la polarización del mercado de trabajo va a acentuarse. A menos de un esfuerzo masivo de relocalizaciones, lo que es poco probable a corto plazo, se asistirá a una acentuación de las desigualdades entre empleo estable y empleo precario, y entre empleo calificado y no calificado. No hay que perder de vista que la dificultad de esta crisis proviene del hecho de que los empleos no van a ser recreados ahí donde van a ser destruidos, de ahí la necesidad de una formación profesional eficaz. Todo esto desemboca sobre una segunda certidumbre, una tensión social fuerte en los países europeos después de la crisis debido a tres razones: 1) Tras la crisis, la bipolarización del mercado de trabajo va a agravarse: empleos industriales van a desaparecer y a ser reemplazados por empleos muy calificados en los sectores tecnológicos, y empleos poco sofisticados y mal pagados en los servicios domésticos; esto quiere decir desigualdades de ingresos más elevadas y una menor movilidad social; 2) Las dificultades de las empresas (alza del endeudamiento, regresión de los beneficios, disminución de la productividad con las nuevas normas sanitarias) van a conducir a una austeridad salarial más fuerte, al aumento y no a la reducción de las relocalizaciones, a alzas de precios, luego entonces a bajas del poder de compra; 3) Ciertos sectores de actividad (automóvil, aeronáutica, transporte aéreo, distribución tradicional, restauración, cultura...) van a encontrarse en gran dificultad a pesar de las ayudas de los Estados,<sup>82</sup> con un alza inevitable del desempleo, en tanto

<sup>82</sup> Como sabemos el neoliberalismo no se confunde con ausencia de intervención del Estado cuando se trata de socorrer al mercado. Esto se pudo constatar durante la pandemia de la Covid-19 con la ayuda aportada a Air-France, sociedad privatizada en varias etapas desde 1994 y en la cual el Estado solo conservó una participación de 14%. La caída del tráfico aéreo perjudicó gravemente la salud financiera de Air-France-KLM (7 billones de euros de pérdidas en 2020). Y aunque el ministro de Economía y de Finanzas dice que “el Estado no debe substituir a un contrato de seguro cubriendo la pérdida de explotación”, la sociedad aérea obtuvo en 2020 un préstamo de 3 billones de euros en cuatro años transformado el

que otros sectores (tecnologías en sentido amplio, salud) conocerán, por lo contrario, un fuerte progreso de la actividad y cuellos de botella en materia de contratación (Artus, P. / Pastré, O., 2020: 57-58).

La cuestión del equilibrio entre las lógicas de flexibilidad externa (fundamentadas en los despidos y el recurso a contratos de duración limitada) y la flexibilidad interna (modulación de la duración del trabajo, polivalencia) se plantea en el contexto de la innovación tecnológica actual. La flexibilidad interna, combinada con la formación, puede en efecto permitir ajustes rápidos del nivel de actividad (como en Alemania durante la recesión de 2008-2009) y el mantenimiento de un “capital humano” que permite innovaciones y ganancias de productividad en las empresas. Sin embargo, hasta 2020, la lógica de flexibilidad externa fue dominante en Francia, ya sea con las reformas del derecho del trabajo, favoreciendo las rupturas o en el uso de los contratos existentes (contratos cortos). La crisis sanitaria puede contribuir a un reequilibrio si las empresas perciben los efectos positivos de la lógica de mantenimiento en actividad, lo que supone en particular que los asalariados desempleados desarrollen o al menos mantengan su “capital humano” gracias a la formación (Gaille, M. / Terral, P., 2021:184-185).

Sea como sea, los patrones, y sus voceros en Francia, piensan que después de la crisis será necesario trabajar más, lo que implicará adaptarse a las diversas situaciones de las empresas. Algunas de ellas sufren de una debilidad duradera de cifra de negocios. La solución en ese caso será más bien la moderación salarial. Otras conocerán un flujo de pedidos provenientes de la demanda diferida debido al confinamiento, por lo que será útil que la duración del trabajo aumente en esas empresas. Se sabe que las nuevas normas sanitarias provocadas por la pandemia, mientras estén presentes, reducen la productividad del trabajo;<sup>83</sup> en esas circunstancias, y dejando fuera las empresas cuya actividad se redujo, no resultaría ilógico aumentar las horas trabajadas. En todo caso, para los patrones frente al desplome del PIB será necesario trabajar más, al menos temporalmente (Artus, P. / Pastré, O., 2020: 58-59).

---

año siguiente en una participación, adicionada de 1 billón de euros, lo que debía hacer del Estado francés el primer accionista del grupo. Renault obtuvo, por su parte, un préstamo garantizado por el Estado de 5 billones de euros en junio de 2021. Según el patrón del Medef (Movimiento de las empresas de Francia), “se podría ir más lejos y no tener tabús cuando se trata de socorrer a las empresas en una situación financiera difícil” (Amable. B; 2021:291).

<sup>83</sup> La epidemia de la Covid-19 condujo a la implementación, en todos los países, de nuevas normas sanitarias en las empresas (distanciación física de los asalariados, desinfección de locales...). Es claro que, en la industria, la construcción, el transporte, la restauración, la distribución, estas nuevas normas sanitarias, mientras sean mantenidas, van a conducir a un retroceso importante de la productividad por horario del trabajo en las empresas, que se puede estimar de 10 a 15%. Incluso si las empresas negocian con los asalariados un alargamiento de la duración del trabajo, o una organización diferente del trabajo, o incluso si aceptan una baja de sus márgenes de beneficios, el alza de los costos unitarios de producción será al menos en parte transferido a los precios, apareciendo así una inflación por los costos (Artus, P. / Pastré, O., 2012: 88).

Una crisis tan violenta como la del coronavirus dejaría, como traza, un alza durable de la incertidumbre y la aversión al riesgo, lo que empujaría a las familias y las empresas al desendeudamiento, debilitando la inversión de las empresas, las compras de alojamientos y el consumo de bienes durables de las familias. Este mecanismo, apareciendo en todos los países, las importaciones se reducirían y, por lo tanto, el comercio mundial y las exportaciones serían débiles (Artus, P. / Pastré, O., 2020:86). Sin embargo, después de haber caído fuertemente, el comercio mundial (medido por el índice mensual del volumen de intercambios mundiales de mercancías) se recuperó espectacularmente. Para el intercambio de mercancías, el resultado fue una recuperación impresionante en V: tras una caída de 14% entre febrero y abril de 2020, su índice en volumen recuperó su nivel de antes de la crisis desde el mes de septiembre, y lo superó de cerca de 8% en abril de 2021, alimentado por la recuperación del consumo. Esta recuperación sorprendió por su amplitud, pero igualmente por su composición. Lejos de ser homogénea, fue marcada en un primer momento por la multiplicación de la demanda de productos necesarios para luchar contra la pandemia (cubrebocas, otros equipos de protección, reactivos, medicinas...), pero también por el fuerte crecimiento de la demanda de equipos electrónicos y de computación, alimentada en particular por el desarrollo del teletrabajo (Jean, S., 2021:12-13).

El neoliberalismo, actualmente cada vez más asociado en las conciencias a crisis económicas, financieras y ahora sanitarias reiterativas, a la desigualdad y a la exclusión, solo permite soñar a los accionistas de las grandes multinacionales o de los fondos especulativos. Su edad de oro, sin duda alguna, quedó atrás. La crisis sanitaria exige que la salud pública se vuelva un “bien común” en el sentido de Elinor Ostrom (Coriat, B., 2020:192, 206).

Muchos debates han tenido lugar hoy para saber, tras la crisis del coronavirus, si se puede pasar del capitalismo “neoliberal” a un capitalismo diferente, más inclusivo. Sin embargo, a este respecto cabe un cierto pesimismo. En efecto, a nivel de los Estados se puede esperar un endurecimiento de las políticas de austeridad anteriores a la pandemia, tanto en Francia como en el conjunto de países de la UE. Tal es el caso: la pandemia degradó fuertemente la situación de las finanzas públicas, debido al aumento del gasto público ocasionado por los planes de apoyo a la economía y la contracción de ingresos fiscales, resultado del cierre temporal de muchas actividades, provocando un aumento del déficit público, cubierto como siempre, con préstamos, lo que dio lugar a que creciera la deuda pública. Pero esta política de apoyo “cueste lo que cueste” al capital encontrará finalmente su conclusión y su contrapartida en un aumento de los impuestos y cotizaciones sociales sobre el trabajo, así como por una nueva baja del gasto público, es decir, recortes claros en los presupuestos relacionados con las necesidades sociales más elementales: alojamiento, transporte, educación e incluso salud. En síntesis, el conjunto de las políticas sociales se verán afectadas (Bihl, A., 2021 a:57-58).

## Europa frente al desafío de la Covid-19

La epidemia de la Covid-19 golpeó Europa de lleno. En orden dispersado durante la primera oleada, después de manera más homogénea durante la segunda. La sideración inicial, la interrupción física y mental del principio, aumentó primero el sentimiento de desorden e impotencia con una Unión incapaz de la menor iniciativa, mientras que los ciudadanos asistían estupefactos a imágenes como si estuvieran en el Tercer Mundo en Italia del Norte, y después al cuestionamiento de los grandes principios que organizan su vida común desde décadas atrás, como la libertad de circulación. La yuxtaposición de imágenes, mostrando los aviones chinos con el equipaje de bodega repleto de productos sanitarios destinados a los hospitales italianos, angustiados con los austriacos que cierran sus fronteras con Italia, los alemanes y franceses que prohíben la exportación hacia Italia de respiradores y otros materiales médicos de urgencia, fue devastadora. Una vez más la ausencia de reacción de solidaridad frente a la urgencia fue agravada por el espectáculo de los egoísmos nacionales. Pero esta vez se trata de vida o muerte: frente a las necesidades italianas más clamorosas, los vecinos manifiestan una cierta inhumanidad. La violencia y rapidez del choque sanitario se enfrentó a una lentitud mezclada con torpeza. Comenzando por el Banco Central Europeo (BCE), que bajo la presidencia de Mario Draghi había actuado de manera muy oportuna durante la crisis del euro. Observada desde Fráncfort, en febrero e inicios de marzo de 2020, la crisis sanitaria no mereció para nada las reacciones rápidas como lo hizo la FED, el Sistema de Reserva Federal estadounidense. La primera intervención de la presidenta del BCE, Christine Lagarde, pasará a los anales como el modelo de lo que no hay que hacer: medidas muy limitadas, envueltas en un discurso sobre el mandato del banco central que le prohibiría intervenir sobre los spreads de las tasas de deuda italiana. Si el BCE actuó mal, la Comisión no estuvo más inspirada. En Bruselas, la irrupción de una crisis radicalmente nueva suscitó primero respuestas convencionales radicalmente modestas: simple redespliegue de créditos que financian la constitución de un fondo de intervención de un alcance muy limitado. Mientras la epidemia se expande a toda velocidad y los hospitales italianos se llenan de muertos, se lanzan “reflexiones” sobre la soberanía sanitaria y se interroga sobre los útiles financieros para salir de la crisis. En resumen, la Comisión se muestra poco reactiva, lenta, vacilante, a la imagen de una Unión dividida en cuanto a la respuesta por aportar. Europa se divide. Algunos responsables alemanes incluso le solicitan al BCE no hacer nada, o, peor, aumentar las tasas. La palma del egoísmo mediatizado es para los checos, que requisan, que decomisan cubrebocas chinos destinados a los italianos.

Pero muy rápidamente la solidaridad entre Estados europeos comenzó a manifestarse. Los hospitales del Baden-Wurtemberg y de Baviera recibieron pacientes franceses e italianos. De una manera más general vino la respuesta, también espectacular por su amplitud y por la ruptura que constituía, con

respecto a los hábitos y letra de los tratados. Así es que, pasado el momento de sideración, de interrupción total de actividades, la maquinaria se puso en marcha: el BCE con un plan de varios cientos de billones de euros, la Comisión con la movilización de medios presupuestarios existentes, y el relajamiento de los criterios del Pacto de estabilidad y crecimiento. Se asiste incluso a una floración de proyectos con una nueva versión de los eurobonos, los corona-bonos. Después en julio de 2020, a raíz de una proposición franco-alemana que había dado el primer paso para cambiar de registro, la Comisión propuso un Fondo de reactivación de 750 billones de euros (alrededor de 5% del PIB de la Unión Europea), destinado en prioridad a los países más afectados, lo que representa una auténtica innovación institucional. La decisión de julio de 2020 de implementar un plan de reactivación de 750 billones de euros, financiado con emisión de una deuda común, es histórica por su significado simbólico, ya que podría augurar una verdadera política presupuestal común, sin embargo, por su amplitud, palidece frente a lo realizado en este terreno por Estados Unidos (Jean, S., 2021:20). Pero veamos esto con más detalle.

El programa NGEU (Next Generation *eu*) no es ciertamente un acto fundador de una Europa federal. El endeudamiento común es temporal y no retoma las deudas existentes (Bozou, C. *et al.*, 2022: 24). Si la Unión Europea no federalizó sus competencias en materia sanitaria, dispone de una institución cuasi federal, el BCE, garante de la política monetaria. Tras un arranque lento, el BCE acelera rápidamente e interviene paralelamente los gobiernos nacionales y la Comisión. Mientras que los Estados miembros responsables de las políticas sociales y fiscales toman medidas sobre el desempleo parcial,<sup>84</sup> sobre

<sup>84</sup> En toda Europa, el desempleo parcial o temporal fue el principal recurso de los gobiernos para disminuir las destrucciones de empleos. El desempleo parcial es más frecuentemente utilizado en Europa debido a una tradición de protección fuerte del empleo, relativamente a los países más flexibles como Estados Unidos. Con relación a los despidos, el desempleo parcial permite a las empresas disminuir sus costos como resultado de una baja de actividad, preservando la relación de empleo y, por lo mismo, el “capital humano” específico de la empresa. Esto facilita la reactivación de la actividad, evitando a la empresa tener que reclutar cuando la demanda se recupera. Este dispositivo fue particularmente adaptado al contexto epidémico en que muchas empresas, sobre todo del sector comercio y de los servicios, se vieron obligadas a interrumpir totalmente su actividad durante los periodos de confinamiento. La eficacia del desempleo parcial fue claramente puesta en evidencia durante la Gran Recesión de 2009, cuando su utilización masiva en Alemania logró preservar el empleo, a pesar de la recesión. Los niveles de desempleo parcial observados durante la crisis de la Covid-19 superan ampliamente los observados durante la Gran Recesión. Si, en 2009, 1% de los asalariados franceses fueron indemnizados por el desempleo parcial, en abril 2020, es más de un asalariado sobre 3 –35% de los asalariados– que accedieron al dispositivo (ocho millones). Su utilización fue igualmente importante en Italia y España, donde alcanzó un cuarto del empleo, y el Reino Unido con 31% de los empleos. Aparece claramente menos importante en Alemania, menos afectada por la primera ola de la epidemia. En lo peor de la crisis, los dispositivos del desempleo parcial se volvieron más inclusivos y más generosos para los asalariados con respecto a los seguros de desempleo (Reino Unido, Dinamarca, sobre todo, pero también Francia, Portugal o Bélgica) y para las empresas, trasladando una gran parte de la carga salarial a la colectividad. Igualmente, las modalidades para recurrir al dispositivo fueron muy flexibles. Al paso de los meses, sin embargo, con la reactivación de la actividad en los diferentes sectores afectados por la crisis de la Covid-19, los criterios de elegibilidad se endurecieron y el compromiso del Estado (y de los servicios

la tesorería de las empresas o la garantía de los créditos, el BCE comienza a inyectar la liquidez necesaria con montos de varios cientos de billones de euros que solo él puede desplegar. El 18 de marzo el consejo de gobernadores lanza un programa de urgencia de 750 billones de euros (NGEU), para sostener la zona euro frente a las consecuencias del coronavirus. Se trata de un nuevo dispositivo, el Programa de compra de urgencia pandémica (su acrónimo inglés es PEPP). El Consejo de gobernadores se mostró capaz, en unas horas, de modificar varias reglas en materia de compras de títulos antes grabadas en el mármol. Contrariamente a la post-crisis de los *subprime*, los países de la zona euro no quieren dirigirse a una consolidación presupuestal prematura. El BCE literalmente salió de su mandato, sin que nadie, o casi nadie, dijera algo. En particular, un tabú significativo se vino abajo: el banco podrá, si es necesario, comprar más de 33% de la deuda de un Estado. Saliendo de la reunión Christine Lagarde se expresó en Twitter: “Circunstancias extraordinarias exigen una acción extraordinaria. No hay ningún límite a nuestro compromiso en favor del euro. Estamos determinados a utilizar todo el potencial de nuestros instrumentos, en el marco de nuestro mandato.” Durante quince días las bolsas caen y los Estados, que van a sufrir un efecto de tijera (gastos suplementarios e ingresos fiscales en descenso), ven sus costos de financiamiento aumentar. Los *spreads* con el Bund alemán aumentan también rápidamente. El escenario es bien conocido: si no se hace nada, el estallamiento de la zona euro se perfila. De ahí el lado inmediatamente masivo del plan. Pero el PEPP de la institución de Fráncfort solo es una parte del dispositivo. Rápidamente la Comisión y el banco europeo de inversión se unieron al esfuerzo con un fondo de 540 billones de euros destinados a aliviar a los desempleados, ayudar a las empresas y apoyar a los países con mayor dificultad como Italia. Habiendo pasado el momento de urgencia y la crisis instalada, comienzan los intercambios entre los 27 para esbozar medidas de acompañamiento de una crisis que puede ser durable. Como de costumbre, cualquier nueva medida topa con las restricciones habituales: Pacto de estabilidad, reglas presupuestales, condicionamientos, etc. Se reencuentran las oposiciones entre los países del Norte, conducidos por los Países Bajos, defensores de la ortodoxia presupuestal, que intentan limitar al máximo la prodigalidad de los países del Sur, y los que demandan una solidaridad activa bajo la forma de un gran empréstito europeo puesto a disposición de los que más lo necesitan. Se descubre, en el verano de 2020, que lo que une a los europeos no puede fácilmente ser deshecho, que al ritmo de la crisis hay que ir más lejos en la integración, y que si no se construye en conjunto, al menos hay que evitar la destrucción, lo que supone cruzar las líneas amarillas que se habían fijado (Cohen, E. / Robert, R., 2021: 25-34).

**223**

del empleo) para hacerse cargo del desempleo progresivamente disminuyeron. Pero, por lo general, con la ocasión de esta crisis, los países plebiscitaron ampliamente el desempleo parcial, útil coyuntural, muy poderoso, gracias al cual esta recesión inédita solo tuvo un débil impacto sobre el empleo (Antonin, C. *et al.*, 2021: 24-29; Gaille, M. / Terral, P., 2021:184).

El programa NGEU, y en particular la “facilidad para la reactivación y la resiliencia” (FRR) dotada de 673 billones de euros, constituye un viraje en el proceso de integración europea, dado que por primera vez se introduce una cierta forma de **solidaridad** entre los países. Primero con la emisión de deuda común, de tal suerte que los países denominados virtuosos permiten, a los países que enfrentan condiciones de financiamiento más desfavorables de sus finanzas públicas, acceder a tasas de interés más bajas. Segundo, distribuyendo una parte de los fondos de la FRR bajo formas de subsidios (314 billones), en beneficio de los países que más sufrieron con la pandemia y que estaban ya debilitados después de la década perdida de la deuda soberana. En pocas palabras, el programa NGEU introduce por primera vez un reparto significativo de riesgos, constituyendo de hecho un reconocimiento implícito de que, en caso de choques mayores, una respuesta común es más eficaz que reaccionar de manera dispersa. Lo que vuelve el programa NGEU aún más significativo es la posición de Alemania, la cual, a pesar de que hasta entonces se había opuesto ferozmente a cualquier mecanismo de reparto de riesgos, dio todo su respaldo al programa. Además, el programa NGEU implica que la Comisión pueda emitir títulos para financiar subsidios y préstamos a los Estados miembros, en beneficio de los países que se financian a tasas superiores y más afectados por la crisis. De esta manera el programa NGEU debería favorecer la convergencia en Europa (Bozou, C. et al., 2022:25-26).

Tarde o temprano habrá que reconocer que, dejando de lado el problema de las vacunas, la Unión Europea ha sido eficaz en esta crisis: muy rápida eliminación de los límites a los déficits públicos, autorización de ayudas sectoriales, financiamiento del desempleo parcial y emisiones comunes de deuda de la Unión Europea. Con respecto a este último punto, la Comisión propone un Fondo de reactivación de 750 billones de euros afectado a las regiones, los sectores y los países que más sufrieron con la pandemia: Italia (20.4%), España (20.5%) y, en menor medida, Francia (11.6%), Polonia (7.1%) y Grecia (5.3%), entre otros (Bozou, C. et al., 2022:25).<sup>85</sup> Dicho Fondo, percibido por la Comisión, garantizado por el presupuesto, comporta una parte de subvenciones (390 billones) y una parte de préstamos (360). La implementación del fondo de inversión de 750 billones de euros invertidos en la transición energética, las industrias del futuro, la salud, la agricultura, cohesión social y territorial, etc., financiado por el exceso de ahorro de Europa, es una señal

<sup>85</sup> Con la crisis de la Covid-19, Europa acepta ser solidaria e Italia será el principal beneficiario del plan de reactivación europeo. Con una condición, agrega Wolfgang Schäuble, ahora presidente de la Bundestag, en una entrevista al *Financial Times* del 26 de enero de 2021: que la oportunidad no sea desperdiciada y que la ayuda aportada contribuya realmente a la inversión y las reformas estructurales que servirán para sacar a la península de la espiral de ausencia de crecimiento. Italia constituye entonces un nuevo ensayo o test. De su aptitud para hacer un buen uso de las transferencias que le son consentidas por sus socios dependerá la expansión del presupuesto europeo, y el crecimiento de los recursos propios de la Unión. No está de más recordar que, como resultado de la política de austeridad, Italia sufre de un envejecimiento del capital productivo, un déficit de inversión y una debilidad del esfuerzo de R&D, que originaron una caída continua de las ganancias de productividad (Cohen, E., / Robert, R., 2021:300, 308).

muy positiva del papel creciente de Europa. Sin embargo, inmediatamente la Comisión insiste sobre el carácter transitorio, excepcional, limitada en el tiempo de esta iniciativa. Insiste además sobre el carácter bien preciso de la iniciativa: se trata de una respuesta a la pandemia, los gastos debiendo reparar y ayudar a los sectores más afectados, respetando la orientación general de la doble transición en materia de medio ambiente y digitalización. Es decir, el plan europeo no se concibe como un útil clásico de reactivación económica para salir de la crisis. Su ambición es más amplia: se trata de movilizar medios significativos al servicio de la transición digital y la resiliencia económica.<sup>86</sup> Sea como sea, se trata de un progreso decisivo hacia un federalismo presupuestal que se explica de diferentes maneras: algunos evocan la voluntad de Ángela Merkel, de marcar el fin de su mandato como un progreso irreversible en la construcción europea; otros la perciben como una toma de conciencia progresiva, de parte de la opinión pública alemana, de los beneficios obtenidos de la pertenencia a la zona euro y los riesgos de su desintegración; otros la consideran como una reevaluación de las políticas de austeridad impuestas a los países del Sur, y la voluntad de reparar parcialmente los daños de estas políticas. La fecha de esta decisión conduce a privilegiar otra explicación: una sentencia de la Corte de Karlsruhe fragilizó el BCE, que hasta ese momento, más allá de sus responsabilidades, actuaba como garante político en última instancia de la Unión. Desde el momento en que el arma monetaria es parcialmente bloqueada, y como no ha cesado de solicitarlo el BCE, se necesitaba recurrir al arma presupuestal (Artus, P. / Pastré, O., 2020: 58-59; Cohen, E. / Robert, R., 2021 :39-42).

Tras una serie de discusiones que retardaron la firma del acuerdo, este finalmente fue aprobado el 10 de noviembre de 2020. Las querellas abordaron un eventual retiro de ayuda a los países que no respetan los “valores europeos” y violan los principios del Estado de derecho. Hipótesis que levantó la ira de las democracias iliberales (Hungría y Polonia), y nutrió un debate sin fin sobre las reformas institucionales constitutivas de un menoscabo comprobado a los valores europeos. Igualmente, los países “frugales” intentaron reducir al máximo la componente de subvenciones, no mutualizar la deuda e instaurar la **condicionalidad** estricta, lo que quiere decir que la implementación de “reformas estructurales” estaba en el centro del plan de la UE. Paralelamente, se intentó establecer una supervisión de los Estados beneficiarios de ayudas. El rechazo de toda intención de austeridad, cualquiera que sea el Estado de las finanzas públicas y de la deuda de los países beneficiarios, no era evidente. La reacción epidérmica de los países frugales fue de denunciar el laxismo pasado de los países del Sur, la necesidad de evitar el azar moral, y

<sup>86</sup> Haciendo de la resiliencia económica una consigna comunitaria, la Comisión abre la vía a una política más integrada apuntando a reducir la dependencia europea con respecto a aprovisionamientos lejanos. Esta política pasa por la constitución de inventarios o stocks de precaución, por la diversificación de proveedores, por exigencias nuevas de contenido local, e incluso por un bosquejo de política de relocalización de algunos segmentos cruciales de las cadenas de valor mundiales (Cohen, E. / Robert, R., 2021:42).

la facultad de dejar a los países del Norte suspender sus pagos en caso de deriva de los países del Sur. El conjunto de ayudas solo representa tres puntos del PIB europeo, lo que deja lo esencial del esfuerzo de adaptación a los planes nacionales (del orden de diez puntos del PIB en total) salvo para los países más afectados, Grecia, España y Portugal, que se beneficiarán de transferencias netas de la Unión estimadas entre cuatro y ocho puntos del PIB. Así, la Unión ayuda a los países más afectados, que tienen menos posibilidades de encontrar fácilmente financiamiento en los mercados, pero sin exonerarlos de hacer un esfuerzo propio significativo. Más allá del aspecto financiero, esta nueva deuda europea plantea cuestiones estimulantes sobre la construcción de un federalismo fiscal europeo. No se puede excluir un aumento de las deudas europeas mutualizadas,<sup>87</sup> cuyo financiamiento sería en parte asegurado por nuevos ingresos nacionales o por ingresos que compiten con los ingresos existentes (Cohen, E. / Robert, R., 2021: 44; Ragot, X., 2021:74).

### Por fin: las vacunas

La salida de la pandemia reposa sobre la limitación de la circulación del virus, y la inmunidad colectiva adquirida por contaminación o vacunación, así como sobre la capacidad de encontrar terapias eficaces. Tras año y medio de angustiosa espera, los países desarrollados y los países emergentes pudieron contar con vacunas para hacer frente a la crisis de la Covid 19. Una vez que se volvió evidente que, como lo hicieron los dirigentes de algunos países (Boris Johnson, Donald Trump, Narendra Modi, Jair Bolsonaro, Stefan Löfven), no se podía apostar únicamente por los estragos de la pandemia para lograr la inmunidad de rebaño, la única opción fue la vacunación masiva de la población.<sup>88</sup> Esto se puede lograr de dos maneras: tratando de convencer a la población con campañas de información y comunicación “sobre la necesidad y los beneficios de la vacunación, como lo han hecho la gran mayoría, con mayor o menor habilidad y eficacia. O bien, ante las dudas, reticencias o incluso la oposición más o menos resuelta de una parte de la población, que frena el

<sup>87</sup> Una deuda mutualizada no debe en ningún caso substituir las acciones del prestamista en última instancia. Se trata de dos operaciones completamente heterogéneas. La primera concierne un acuerdo entre países tendiente a economizar sobre el servicio de su deuda, insuficientemente de hecho para evitar las avalanchas de desconfianza que solo la segunda, de competencia del banco central, es capaz de contener con recompras de volúmenes astronómicos de deuda (Lordon, F., 2020).

<sup>88</sup> Cuando el primer ministro inglés Boris Johnson declaró, el 15 de marzo de 2020, que, debido a la peligrosidad de la enfermedad, “muchas personas van a perder sus parientes prematuramente”, formula una estrategia neodarwinista fundamentada en la adquisición de inmunidad colectiva, que reposa en la pérdida de algunos ciudadanos británicos en beneficio de la colectividad; o aun cuando el presidente brasileño Jair Bolsonaro cuestiona las medidas de distanciamiento físico, y llama a los gobiernos regionales a levantar las restricciones para salvar la economía: “Todos vamos a morir un día” afirma el 9 de junio de 2020, indicando que para él la vida de algunos cuenta menos que la buena marcha de la economía. Menos perceptible, a primera vista, es el efecto posible de un discurso que insiste sobre los grupos con riesgo (personas mayores, personas afectadas con tal o cual patología, etc.). Según el sociólogo brasileño Gustavo Matta, este discurso en Brasil trata de estigmatizar a estos grupos y de “naturalizar” la muerte de individuos que forman parte de ellos, según un razonamiento que indicaría que murieron porque tenían riesgo y no se protegieron suficientemente (Gaille, M. / Terral, P., 2021:165).

avance de la vacunación”, recurriendo “a medidas más o menos restrictivas, que van desde la simple presión que combina la restricción de la libertad y la estigmatización hasta la obligación legal de vacunar a determinadas categorías, o incluso a toda la población. El gobierno francés tomó esta última opción a mediados de julio [de 2021], haciendo que la vacunación fuera obligatoria para el personal médico en el sentido más amplio de la palabra, e instaurando un ‘pase sanitario’ a toda la población para acceder a un gran número de lugares públicos.<sup>89</sup> Desde entonces, han proliferado concentraciones y manifestaciones para protestar contra la ‘dictadura sanitaria’ y contra esas medidas. En esas manifestaciones convergen tanto opositores a la vacunación como ciudadanos preocupados por la defensa de la libertad individual y de las libertades públicas que consideran amenazadas” (Bihr, A., 2021b:3). Los anti-vacunación son un grupo plural con motivaciones múltiples y contradictorias. Las razones para oponerse a las vacunas son diversas: una oposición de principio a todo tipo de vacunas; una oposición a la vacuna anti-covid por considerar que fueron desarrolladas muy rápidamente y en secreto por laboratorios farmacéuticos preocupados, ante todo, por sus ganancias; una oposición de los corona escépticos que consideran que la pandemia no es más peligrosa que una “gripita”, y que solo amenaza a las personas de tercera edad o a las que tienen comorbilidades, o que se puede curar con medicamentos más o menos milagrosos como la cloroquina; una oposición de personas escépticas en general ante la ciencia y el método científico; una oposición de personas que deliran pensando que se trata de una conspiración, por ejemplo, cuando señalan que las vacunas ARN mensajero incorporan microchips que permitirán a Bill Gates controlar nuestros cerebros gracias a la 5G; una oposición de algunos políticos populistas de extrema derecha, como en Francia Florian Philippot, que aprovechan la ocasión para cosechar votos en futuras elecciones. “A menudo vinculados entre sí a través de redes sociales que consolidan sus posiciones, todos ellos viven la vacunación obligatoria como una verdadera violación individual de su intimidad física y psicológica, de ahí la virulencia de la reacción, que llega hasta la destrucción de centros de vacunación. A este conjunto se suman, en parte, personas que fueron vacunadas o partidarios de la vacunación que creen que ésta debe ser esencialmente una cuestión de elección personal y que la vacunación obligatoria es una violación intolerable a la libertad individual” (Bihr, A., 2021b:4).

Igualmente, dos investigadores encontraron razones variadas en el rechazo a la vacunación. Destaca un primer conjunto de razones posiblemente racionales: la libre elección, los potenciales efectos secundarios y enferme-

<sup>89</sup> La instauración del pase sanitario es perfectamente coherente con el conjunto de presupuestos de las políticas neoliberales que buscan “pilotear” los comportamientos sometiendo los individuos a un sistema de normas o reglas, pero dejándolos libres de arbitrar en este marco sus “elecciones” bajo restricción, en función de la percepción de sus intereses en las situaciones así creadas. En suma, que cada uno “escoja” vacunarse o no, así como cada uno “escoje” continuar sus estudios o incorporarse más rápidamente al mercado de trabajo, casarse y fundar una familia o quedarse soltero, contratar un seguro (automóvil, alojamiento, salud) todo riesgos o mínimo, gastar todos sus ingresos o ahorrar una parte, cambiar de sexo o conservar el que el nacimiento y la educación le atribuyen, aceptando y sufriendo las consecuencias en cada caso (Bihr, A., 2021a:33).

dades que desencadenaría la vacuna, la no eficacia de las vacunas propuestas o incluso la posibilidad de transmitir el virus a pesar de la inyección, lo que la volvería inútil. Otras lógicas son igualmente invocadas como el rechazo a las vacunas en general, las dudas sobre los sueros y su procedimiento de acreditación, su utilidad contra una patología considerada sobre todo benigna, su proveniencia y modo de acción, la certidumbre de estar ya inmunizado... Existen también razones asociadas al acto de la inyección como el miedo al dolor de las inyecciones, de una inyección incorrecta o de contraer infecciones. Aunado a lo anterior una variable resalta claramente: la desconfianza en las instituciones y en las políticas para salir de la crisis, que ya era manifiesta antes de que existiera la vacuna (Crié, D. / Quero. C., 2022).

Para todos los recalcitrantes “la salud es, ante todo, una cuestión individual, una cuestión de decisiones y elecciones individuales en términos de comportamiento, estilo de vida, uso (o no) de los sistemas sanitarios (y, por lo tanto, de vacunación) etc., en la medida que todo ello implica la relación de cada individuo con su propio cuerpo. Este presupuesto ignora, malinterpreta o niega totalmente la dimensión esencialmente colectiva de la salud, que la convierte en un bien público que depende, en primer lugar del estado fisiológico de toda la población, el que a su vez está en función de los ecosistemas en los que ella vive, de la higiene pública de los espacios que ocupa, de sus condiciones de vida (trabajo, vivienda, actividades de ocio, etc.), de su acceso al sistema social de salud, de los avances en los conocimientos y prácticas médicas resultantes de las políticas de investigación, etc. Tanto es así que, en última instancia, el estado de salud de cada persona depende en primer lugar del estado de salud de todos los demás antes que de sus propias decisiones” (Bihr, A., 2021b:4-5), como lo demuestra la pandemia que vive el mundo desde finales de 2019. Pero en un sistema de salud fuertemente privatizado –desde el médico de familia hasta las multinacionales farmacéuticas pasando por los laboratorios de análisis, las clínicas y los hospitales– se considera que cada individuo es responsable de mejorar y conservar su “capital de salud”, “haciéndose responsable de sí mismo (‘eligiendo’ controlar o no su higiene de vida, por ejemplo) y asegurándose (contratando un seguro médico privado de su propia ‘elección’: qué riesgos está o no dispuesto a correr –en realidad ‘elige’ en función de sus ingresos– como complemento o para sustituir el seguro de enfermedad público)”; las políticas neoliberales de salud “han reducido considerablemente el servicio público, dejando así el campo abierto a las compañías privadas de seguros o a las mutualistas, pero, claro, garantizándoles debidamente la ‘competencia libre y no distorsionada’, al tiempo que se privilegian las clínicas privadas con respecto al hospital público, etc.” (Bihr, A., 2021b:5). Esta noción de “capital de salud” está vinculada a la noción neoliberal de “capital humano”, que dice que el individuo solo puede contar consigo mismo, y se comporta como una especie de empresario de sí mismo, tratando de “valorizar su propia persona en sus relaciones con los demás y con el mundo en general, al igual que sus talentos (reales o no) como si fuera un capital. Por lo tanto, le corresponde a él y solo a él tomar las decisiones y elegir aquellas que considere más adecuadas para este fin, arbitrando entre

los riesgos y las oportunidades... En un mundo que se rige por el principio de 'cada uno para sí mismo y el mercado para todos', las voces que intentan decirnos que estamos unidos más allá de lo que nos constituye como individuos, que en una situación de pandemia... cada persona debe vacunarse tanto para sí misma como para los demás, al igual que los demás se vacunan tanto para los otros como para sí mismos, suenan, lamentablemente, en el aire" (Bihr, A., 2021b:5-6). Como ha señalado Christian Laval (2022), "los gobernantes han sido muy poco capaces de enunciar claramente y de animar prácticamente la corresponsabilidad de cada cual en el destino colectivo, lo común en sí mismo como principio de coexistencia en una sociedad. No han podido enunciarlo claramente ni animarlo, porque solo pueden imaginar relaciones de rivalidad, de competencia, de enfrentamiento de intereses entre los individuos. Profundamente corrompido por décadas de dogmas utilitaristas, de normas neoliberales, de representaciones individualistas, el discurso gubernamental no ha encontrado las palabras necesarias para decir que la solidaridad social era el primer tratamiento de la pandemia. Estos gobernantes han preferido jugar, en primer lugar, con el interés bien entendido de cada uno, como si la sociedad fuera un aglomerado de átomos aislados". En una actitud, hiperindividualista y burocrática-represiva, la política seguida en Francia "ha tendido a dejar de lado, e incluso a negar, la solidaridad social, incluso la más objetiva, la que une a unos cuerpos con otros en una población" (Laval, C., 2022).

Entre esperanzas de que la vacunación contra la Covid-19 permita un regreso a una vida normal, y temores de que las variantes conduzcan a reconfiguraciones, la economía mundial permanece suspendida a las evoluciones sanitarias. La pandemia de la Covid-19 golpeó la economía mundial como una deflagración. Un desastre que, por decirlo así, la paralizó en el segundo trimestre 2020. Una crisis tan atípica como inesperada, tan violenta como repentina. Desde entonces, la dimensión sanitaria continúa dando el tono, al ritmo de oleadas de contagios difícilmente previsibles y terriblemente mortíferas: la evolución de la pandemia sigue siendo incierta, la amenaza de las variantes disputando a la esperanza de vacunación. Desde el punto de vista económico, sin embargo, el choque de la crisis se reveló menos grave, en todo caso, por el momento, que lo que el impacto inicial había hecho temer. Las respuestas de política económica, excepcionalmente vigorosas y adaptadas en función de las evoluciones sanitarias y económicas, contribuyeron mucho para limitar los daños. La recuperación fue más vigorosa y más rápida que lo que se preveía, desde el momento en que las medidas de distanciamiento social fueron relajadas, incluso si apareció incompleta y desigual. Queda que esta crisis, de una amplitud excepcional, transformó profundamente el paisaje económico mundial. La incertidumbre sigue siendo mayor, no solamente por lo que toca a la evolución de la pandemia, y luego entonces de sus traducciones económicas directas, sino igualmente sobre la manera en que este episodio es susceptible de marcar durablemente los aparatos productivos, los comportamientos de las familias, los equilibrios macroeconómicos y las relaciones internacionales (Jean, S., 2021: 7-8).

## Efectos durables de la Covid-19 sobre la economía

Para Patrick Artus (2022), seis son, al menos, los efectos durables de la Covid-19 sobre la economía. El primer efecto duradero de la crisis sanitaria es la **fuerte alza de las tasas de endeudamiento público**. Esta tasa pasó, en la OCDE, de 116% del PIB a finales de 2019 a 136% a finales de 2021. Este nivel tan elevado va a influir sobre las políticas económicas en el futuro. Para asegurar la solvencia de las deudas públicas y de los Estados, o bien se deberá ya sea pasar a políticas presupuestales netamente más restrictivas, lo que tendrá muchas consecuencias en el momento en que numeroso gasto público nuevo (salud, formación, innovación, transición energética, reindustrialización...) sea necesario (lo es), o bien mantener políticas monetarias muy expansionistas, con tasas de interés muy bajas, cualquiera que sea la situación económica. El segundo efecto es la **fuerte alza de la cantidad de moneda**. Los bancos centrales monetizaron los déficits públicos, emitiendo obligaciones de Estado como contrapartida de la creación monetaria, para volverlos financiables, aumentando masivamente la oferta de moneda del banco central. Las familias y las empresas detienen así una cantidad anormalmente elevada de moneda, desencadenando un mecanismo para reequilibrar su cartera: los agentes económicos utilizan este exceso de moneda para comprar acciones y bienes inmuebles, provocando un fuerte aumento de los índices bursátiles y del precio de los bienes inmuebles (+12% en un año para los precios de los bienes inmuebles en 2021, +30% en un año para las acciones). Esta fuerte alza de la cantidad de moneda sumerge durablemente los países de la OCDE en una economía de burbujas. El tercer efecto aparentemente durable es la deformación muy fuerte de la estructura de la demanda en favor de los bienes a costa de los servicios. Desde el inicio de 2019, el consumo de bienes de las familias de la OCDE aumentó 17%, en tanto que el consumo de servicios bajó 1%. Esta fuerte alza de la demanda resultó de diversos factores: teletrabajo (compra de material de computación, aparatos para la casa), la digitalización de las empresas, el comercio en línea que facilita la compra de bienes, la transición energética que requiere mucho material. Esto se traduce por una fuerte alza de la demanda de materias primas, de semiconductores, de transporte, más necesarios a la producción de bienes que a la de servicios. De ahí el alza, que en parte va a ser durable, de los precios de la energía, los metales, la electrónica, el flete marítimo y aéreo. El cuarto efecto de la crisis sanitaria es el **cambio de comportamientos de los asalariados**. Estados Unidos conoce así una baja de la oferta de trabajo, con un retroceso de dos puntos de la tasa de participación de la población en edad de trabajar, en el mercado de trabajo. En todos los países de la OCDE, se observa una fuga de los asalariados de los empleos penosos, con horarios atípicos o intermitentes, que provoca dificultades de contratación para los sectores de la restauración, la hotelería, la construcción, el transporte, etc. Este cambio de comportamiento aumenta el poder de negociación de los asalariados que conduce a alzas de salarios más

rápidas, a un contexto más inflacionista, e induce a un nuevo enfoque del papel de la inmigración para apaciguar las tensiones. El quinto efecto es la **aceleración de la transición energética**. La opinión pública y los gobiernos piensan mayoritariamente que los atentados contra el medio ambiente son responsables tanto de crisis climáticas como de crisis sanitarias. Ahora bien, la transición energética va a tener efectos masivos sobre la economía: la fuerte alza de las necesidades de inversión requiere un esfuerzo de ahorro y una baja del consumo; la fuerte alza de los precios de la energía, debido a la intermitencia de la producción de energías renovables, inducirá un crecimiento de las desigualdades de ingreso. Finalmente, el sexto efecto duradero de la crisis de la Covid-19 sobre la economía debería ser el **aumento de las ganancias de productividad en las empresas**, debido al esfuerzo de digitalización, al fuerte progreso del financiamiento de la innovación y su reorganización en torno a estos instrumentos tecnológicos.

La pandemia pone al mundo frente al desafío de la solidaridad: la inmunidad colectiva solo será posible cuando la extensión de la vacunación limite suficientemente la circulación del virus, para atenuar la frecuencia de sus mutaciones y su peligrosidad. En pocas palabras, nadie estará durablemente protegido mientras todo mundo no lo esté, a tal punto que la solidaridad internacional no es solo un deber moral, sino también una condición de la eficiencia de la acción pública.

## Bibliografía

- Aglietta Michel y Espagne Etienne (2020). « Et maintenant, quel Green New Deal ? Perspectives d'une écologie politique », *CEPII L'économie mondiale 2021*, Paris, La Découverte.
- Algan Yann y Cohen Daniel (2021). « Les Français au temps du Covid-19 : économie et société face au risque sanitaire », *Les notes du conseil d'analyse économique*, n° 66, octobre.
- Amable Bruno (2021). *La résistible ascension du néolibéralisme, Modernisation capitaliste et crise politique en France (1980-2020)*, Paris, La Découverte.
- Antonin Céline, Riffart Christine y Verdugo Grégory (2021 a). «Le marché du travail malade de la Covid-19» en *OFCE L'économie européenne*, Paris La Découverte.
- Antonin Céline *et al.* (2021b). « Les plans d'urgence et de relance dans les quatre plus grands pays de la zone euro, au Royaume Uni et aux Etats-Unis » en *OFCE L'économie européenne*, Paris La Découverte.
- Artus Patrick (2022). «Six effets durables du Covid-19 sur l'économie» *Le Monde*, 6/7 de marzo.
- Artus Patrick y Aghion Philippe (2021). «La stratégie de zéro Covid a montré sa supériorité sur les plans sanitaire et économique» *Le Monde*, 23 de febrero.
- Artus Patrick y Pastré Olivier (2020). *L'économie post-Covid*, Paris, Fayard.
- Bihr Alain (2021a). *Face au covid-19 nos exigences, leurs incohérences*, Paris, Syllepse.
- Bihr Alain (2021b). « La pandemia de Covid 19: sus incoherencias y las nuestras » *Revista Viento Sur*.

- Blot Christophe y Hubert Paul (2021). «La BCE face à la crise de la Covid-19» *OFCE L'économie européenne*, Paris La Découverte.
- Boyer Robert (2020). *Les capitalismes à l'épreuve de la pandémie*, Paris, La Découverte.
- Bozou Caroline, Creel Jérôme y Saraceno Francesco (2022). «Next Generation EU: le grand défi» *OFCE L'économie européenne 2022*, La Découverte.
- Chesnais François (2020). «La originalidad absoluta de la crisis sanitaria y económica mundial» *Viento Sur*, 23 de octubre.
- Coriat Benjamin (2020). *La pandémie, l'anthropocène et le bien commun*, Paris, Les liens qui libèrent.
- Cotterlaz Pierre, Gaulier Guillaume, Sztulman Aude, Ünal Deniz, (2022). «Industrie pharmaceutique européenne : quand rentabilité rime avec vulnérabilité» *La Lettre du CEPII* N° 423, enero.
- Coupey-Soubeyran Jézabel, Perego Erica, Tripier Fabien, (2020). «Les banques européennes à l'épreuve de la crise du Covid-19», *CEPII, Policy Brief* N° 32 FR, mayo.
- Crié Dominique y Quero Christelle (2022). «Les 'anti-vax', analyse d'un public pluriel aux motivations contradictoires» *The Conversation*.
- DAP/Blot Christophe (2021). *OFCE L'économie européenne*, Paris La Découverte.
- Dosi Giovanni (2020). « Liberalismo desenfrenado y pandemia: la encrucijada entre el tecnoautoritarismo y una nueva organización social" *Revista de la CEPAL* N° 132, Diciembre.
- Gaille Marie y Terral Philippe (2021). *Pandémie Un fait social total* Paris, CNRS Editions.
- Gannon Frédéric, Le Garrec Gilles y Touzé Vincent (2021). «La crise de la Covid-19 dans une Europe vieillissante » en *OFCE L'économie européenne*, Paris, La Découverte.
- Guillén Romo Hector (2013). *Las crisis de la Gran Depresion a la primera gran crisis mundial del siglo XXI*, México, ERA.
- Jean Sébastien (2020). "Vue d'ensemble: état de choc" en *CEPII L'économie mondiale 2021*, Paris, La Découverte.
- Jean Sébastien (2021). "Vue d'ensemble: état de choc" : avec la Covid, en attendant l'après en *CEPII L'économie mondiale 2022*, Paris, La Découverte.
- Jean Sébastien, Reshef Ariell, Santoni Gianluca (2020). «Les chaînes de valeur mondiales à l'épreuve de la crise sanitaire» en *CEPII L'économie mondiale 2021*, Paris, La Découverte.
- Laval Christian (2022). «Neoliberalismo y pandemia» *Viento Sur*, 11 de marzo.
- Lordon Frédéric (2020). «Union européenne, zizanie chez les 'sages'», *Le Monde diplomatique*, junio.
- Ortmans Aymeric y Tripier Fabien (2021). "Quand la BCE a-t-elle stoppé la contagion de la Covid-19 aux marchés financiers ?" *La Lettre du CEPII* N° 416, marzo.
- Piketty Thomas (2019). *Capital et idéologie*, Paris, Seuil.
- Piketty Thomas (2013). *Le capital au XXIe*, Paris, Seuil.
- Ragot Xavier (2021). «Coordination budgétaire: de nouvelles règles ou un changement d'institution?» en *OFCE L'économie européenne*, Paris, La Découverte.
- Saint-Geours Yves (2020). «Rien à voir avec les crises du capitalisme» (Entrevista a Robert Boyer). *L'Histoire*, septiembere.
- Steigler Barbara (2021). *De la démocratie en pandémie, Sante, Recherche, Education*, Paris, Tracts Gallimard.